

nosotros

34

HERNANI MANDOLINI	El hombre en las obras de Gabriel d'Annunzio.
FERNÁNDEZ MORENO	Soneto contra casi todos mis críticos.
LUIS GALDAMES	Hostos: semblanza de una vida.
ARTURO MEJÍA NIETO	Hostos, un precursor americano.
JUAN B. VITAL	Versos del campo para la ciudad.

Actualidad: C. VILLALOBOS DOMÍNGUEZ: La Conferencia de Lima.

ENRIQUE LONCÁN	Una gloria franco - argentina: Paul Groussac.
CÉSAR VALLEJO	Tendencias de la escultura moderna: El escultor Fioravanti.
FELIPE COSSIO DEL POMAR	La poesía de González Prada.
PABLO PALANT	Dos cuentos.
MARÍA TERESA OROSCO	Romance de las madres.
BRAULIO SÁNCHEZ SÁEZ ...	Escritores viejos de España.
ATILIO DABINI	Exposición del libro argentino en Italia.
GASTÓN O. TALAMÓN	Teatro Colón y Teatro Nacional de Comedia.

E. SUÁREZ CALIMANO y GRACIELA PEYRÓ DE MARTÍNEZ FERRER
escriben sobre Libros Hispano - Americanos.

CRONICA

Lisandro de la Torre (*Roberto F. Giusti*). Teatro del Pueblo (*Marcelo Menasché*). "Nosotros", rechazada en Italia. Una carta de Jacinto Benavente. Varia.

BUENOS AIRES

Dirección y Administración: BARTOLOMÉ MITRE 811

Distribuidores Exclusivos en el Exterior:

EDITORIAL PAN - AMERICA

CALLE PERU 677

MARCA REGISTRADA
PATENTE Nº 023096

NOSOTROS

(SEGUNDA EPOCA)

Directores:

Alfredo A. Bianchi - Roberto F. Giusti



AÑO IV - TOMO IX



BUENOS AIRES

1939



**PIANOS
BLÜTHNER**



**SOLICITE
CATALOGO
DE
PIANOS**

★
La casa de PIANOS más antigua
de la República.

Unico representante de los
afamados pianos BLUTHNER.

★
Lottermoser

RIVADAVIA 851

U. T. 34 4900

NOSOTROS

REVISTA MENSUAL

(Segunda época)

Fundada el 1º de agosto de 1907



NOSOTROS es una tribuna libre. Las opiniones vertidas en sus páginas, no suscritas por la Dirección, no comprometen el pensamiento de ésta.

Los originales no se devuelven. La revista no mantiene correspondencia sobre las colaboraciones no solicitadas.



ADMINISTRADOR

DANIEL RODOLICO



**PRECIOS DE SUSCRICION
(ADELANTADA)**

Ciudad y Provincias

Semestre	\$	%	5.—
Año	>	>	10.—
Número suelto	>	>	1.—

República Oriental del Uruguay

Semestre	\$	o/u	3.—
Año	>	>	6.—
Número suelto	>	>	0.60

Exterior

Anual	Dólares	4.—
-------------	---------	-----



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
BARTOLOMÉ MITRE 811. 5º G.

U. T. (34) - Defensa 5012

N O S O T R O S

EL HOMBRE EN LAS OBRAS DE GABRIEL D'ANNUNZIO

EL siglo XIX, pródigo en la exaltación lírica y el *pathos* grandilocuente, finalizó en búsquedas inquietas sobre las ruinas de sus sueños fracasados. Personalidades originalísimas dieron un contenido a esa inquietud y a ese fracaso, tratando de buscarle un justificativo y un ideal. Pocos fueron los países que escaparon a la fiebre creadora de nuevas valencias filosóficas y sociales: Italia está entre ellos. Demasiado cerca del "Risorgimento", preocupada por el ajuste de sus destinos políticos, no respondió al llamado angustioso que venía del norte y trocábase en mística y trágica renovación en Rusia, deseo de sutilezas estéticas en Francia, y derrumbaba, en Inglaterra, la pacata y moralizante literatura victoriana. Josué Carducci, el más grande de sus poetas, carecía de arraigo fuera de la península: no entraba en la categoría de los creadores de carácter universal, ni siquiera europeo. El apasionado patriota, el erudito, el evocador de las glorias clásicas prevalecieron en su obra y limitaron su valor. Puede admirársele como al hombre representativo de un momento histórico y de un determinado país; pero en vano buscaríamos en él aquella amplitud que hace de Dante, por ejemplo, un hombre de todos los tiempos y de todos los países.

Italia necesitaba otro poeta: el que hiciera revivir, en plena monarquía burguesa, y con el ímpetu de las corrientes renovadoras, la grandeza literaria de las comunas medievales y de las pequeñas tiranías ilustradas del Renacimiento. Y apareció entonces Gabriel D'Annunzio, que a lo largo

de su vida y con todos los medios, trató de ser este hombre. Lírico, novelista, dramaturgo; doquier dejó las huellas de una personalidad superior, y más que eso: le arrebató la ansiedad del vuelo. Y sus obras quedan como señales de ese vuelo: alas rotas, pero de águila. .

Fundíanse en él las formas y los colores de sus Abruzos. Le arrebatava aquella sensualidad ardiente y casi primitiva que goza con las múltiples manifestaciones naturales: el mar, el cielo y el cuerpo de la mujer. Era ese algo inmediato e intenso que surge de los ojos ebrios de luz; del oído atento a las voces del agua, de la hierba, del bosque; de las manos que acarician un seno desnudo; de la nariz que goza con los perfumes errantes; de la boca que conoce el sabor de un fruto y el sabor de otra boca. La sensualidad revélase así, embriagadora y áspera, en los cuentos de *Tierra virgen*, en los versos de *Primavera* y de *Canto nuevo*, saturados de su pubertad en flor.

Mas he aquí que el veneno de los libros se resuelve en turbias sugerencias. Un aroma artificial de alcoba pasa entre las emanaciones de la hierba y del mar. Soplos de decadencia atraviesan la vida y corrompen la obra. Italiano, y de un rincón de Italia agreste y casi diría primitivo, se siente dominado por las escuelas literarias francesas donde disgrégase, en perversas inquisiciones y acrobacias verbales, la burguesía intelectual "fin de siècle". Considerad el *Intermedio*, tan puro en la forma y en el concepto parnasiano; pero ya intoxicado por deseos equívocos, y después de la evocación *quattrocentesca* de *Isotta Guttadauro* —donde hallaréis a Policiano y a Lorenzo de Médicis— su primer libro de combate: *El placer*. Título demasiado sugestivo que revela un nuevo programa ideológico: La vida no ha dejado de ser una exaltación de los sentidos; pero perdió su libertad y su pureza. Aún ensalzando, como en *Canto nuevo*, el júbilo pagano,

*la gioia,
questa magnifica donatrice,*

hará pasar desde ahora, a través de su obra —y sin darse cuenta de ello— un soplo cristiano. Vuelve el eterno ritornelo

de los epicúreos y de los místicos: El amor es bello, pero también es triste. La carne es santa, pero envejece y muere.

Las adolescentes pintadas con la espontaneidad y los colores de un Renoir en *Tierra virgen*, en *Primavera* y en *Canto nuevo* son sencillas y apetecibles en la lucha erótica y el ofrecimiento mudo. Parecen frutos sabrosos o flores que se abren al sol. Pasan ante nosotros como la misma vida, hecha plástica en una serie de imágenes soberbias:

*Oh bella, che freni il ritmo dei lombi stupendi
tra le prunaie rosse, giù per la china audace,
alta, schiusa le nari ferine all'odor della selva,
violata dal sole, bella stornellatrice!*

Pero de sus mujeres despréndense, ahora, sensualidades de atardecer. Diríase que viven para atormentar y ser atormentadas. El amor, simple urgencia del sexo, es para ellas un arma, y a menudo de doble filo. El áspero concepto de Schopenhauer, exaltado por Nietzsche y trocado en sistema científico por Adler, vuélvese aquí monstruoso: llega a la paradoja. Cuerpos, gestos, palabras, todo es en la mujer motivo para dominar al hombre. Acicate es su repulsa, conquista su abandono. Y huelgan en esto distingos de cultura. Deleites dominadores vibran en la aristocrática Helena Muti y en la burguesa Hipólita Sanzio.

Y Angizia, la criada; Basiliola, la meretriz; Fedra, la hija del connubio bestial, sensual hasta el paroxismo ella misma; tipos diversos que se reducen a uno solo: la mujer fatal de los melodramas, soñada y despreciada en una larga embriaguez erótica, aquella que los ascetas aborrecían, tal vez cuando más la deseaban. ¿No es ésta una tragedia hondamente cristiana? Eva, la tentadora, se confunde con la serpiente bíblica: dos formas que realizan una sola, dos símbolos que constituyen un solo símbolo. Un cuerpo de mujer y un espíritu diabólico que busca, con artimañas o violencias, desesperadamente, el dominio. El paganismo de D'Annunzio hállese mermado, arrebatado por este miedo y este deseo, y el perfil hosco de un monje medieval asoma bajo las semblanzas del esteta moderno.

Y si a veces sueña en la mujer buena, la ve desde lejos, como en un cuadro de Dante Gabriel Rossetti. Es Francesca da Rimini, llevada por el amor hacia la culpa y la muerte — “l’amor che a nullo amato amar perdona”— la heroica Silvia Settala de *La Gioconda*, con sus bellas manos deshechas por el sacrificio; o Vana Lunati, la pobre jovencita suicida de *Forse che sí forse che no*; o la dulce, incontaminada Ana María, que cae bajo las ráfagas monstruosas que vienen del pasado, en el grave silencio de la ciudad muerta...

Entre el choque de los hombres egoístas y las mujeres sensuales y dominadoras, estas criaturas de ensueño son vencidas y aniquiladas: se doblan, incapaces de reaccionar; vuelven, sin un solo gesto, a la sombra de donde salieron.



En la obra de D’Annunzio la mujer vive, casi siempre, una vida más fuerte que el hombre. Sobre un horizonte de fuego y sangre pasa, hecha un sexo, y más allá del sexo, una garra dominadora. Tras ella, incierto el paso, embriagándose con palabras, va el héroe, o más bien la sombra de un héroe. El héroe con su tragedia.

Fuera de los sueños y las cuitas de la honda lucha sexual, él busca *otra vida*. En una tensión espasmódica de su voluntad, se propone un fin: vivir y confundir con la vida, la obra. Todavía más: la vida sólo adquiere su verdadero sentido merced a la obra cumplida:

*che necessario è navigare,
vivere non è necessario.*

¿Pero dónde está esa vida? ¿Dónde esa obra? ¿Acaso se trata de artistas leonardescos, apóstoles tenaces, o dominadores que abren un surco en la historia? Muy al contrario. He aquí los héroes: Se llaman Andrés Sperelli, Jorge Aurispa, Stelio Effrena, Pablo Tarsis; los excita y sostiene el aristocrático orgullo del superhombre de Nietzsche; su gesto es de águilas, a punto de iniciar el vuelo hacia los montes más altos...

En la fría soledad de los altos montes, por encima de las luchas vulgares, venciendo con un silencio trágico su dolor más hondo, Zarathustra siente que un mundo palpita en él. Comprende que es un hombre, y más que hombre: una campana a rebato para aquellos que duermen arrellanados en su estúpida vida. Un anunciador que trae una palabra nueva, aquella que dice: ¡Supérate a tí mismo! Pero Andrés Spirelli, Jorge Aurispa, Stelio Effrena, Pablo Tarsis quedan pegados a la tierra. Ojos de mujer los fascinan, brazos de mujer los arrastran hacia abajo. Y ni siquiera tienen, como el místico caballero Tannhauser, la energía para substraerse al yugo de Venus. Fantoches literarios más que héroes, su sueño se marchita y muere en la pesadez aplastante de una alcoba. Algunos son diletantes en cosas de amor, escépticos, casi diría cínicos; otros llegan a lo trágico. Jorge Aurispa, torturado por la lucha entre el ansia de superación y las exigencias carnales, formula, frente a la mujer ruín, el problema que sólo tendrá una solución lógica: la muerte. "*Non potrò mai estirparla dalla mia carne. E da ora in poi non potrò vivere né con lei né senza di lei*".

Pero un aventurero primitivo, Marco Grático, desata en forma muy distinta el nudo que envolvió al intelectual Jorge Aurispa. Rompe el encanto de Basiliola y parte, redimido y vencedor de sí mismo, hacia los mares lejanos. La nave simbólica lo purifica de todas las abdicaciones y de todos los delitos: su vida, libre ya del cebo de la lujuria, hallará, en un acto heroico, su objeto. El mismo que sonríe a Pablo Tarsis cuando, en vertiginosa fuga, buscando la muerte, siente que en ese vuelo lírico, inolvidable, reside su más profundo motivo para vivir.



Y he aquí otro aspecto del héroe d'annunziano.

Una excesiva, penosa vanidad, que le sirve de compensación y de máscara, limita ese juicio crítico que todo hombre debe dar sobre sus actos. Amplía los gestos, envuelve en una nube retórica sus hechos más vulgares. Vive una vida artificial, desfigurada por la *pose*. Y ni siquiera frente a las in-

evitables flaquezas, o al delito mismo, como Tulio Hermil, tiene la plena conciencia de su caída.

He citado a Tulio Hermil. Pues bien, es en ese tipo de infanticida donde prodiga D'Annunzio su maestría psicológica; pero es también allí donde asoma el más arriesgado de sus sofismas: el del hombre que habla y obra más allá del bien y del mal. Un paso más, y en *Piú che l'amore* ya nos sofoca la turbia atmósfera del "crimen necesario". ¿Los métodos rápidos, empleados por muchos dominadores de pueblos, no rezan para el individuo que se propone un gran fin? ¿Por qué una justificación análoga a la "razón de Estado" no disculpa y alienta al hombre superior que quiebra la ley de los mediocres? Se habla de escrúpulos... ¿Pero acaso Napoleón habría sido Napoleón si hubiera tenido escrúpulos? Hay una moral para el vulgo, destinado a obedecer, y otra para los superhombres, nacidos para mandar. He aquí el sofisma de Raskólnikov, el extraño personaje de Dostoyewski, repetido y aceptado como un credo ideológico por el más rígido y declamatorio de los héroes d'annunzianos: Conrado Brando. Y en ambos asoma como un pretexto anticipado y una preparación al crimen. Raskólnikov, para probarse a sí mismo de que es capaz de algo grande, asesina y roba. Conrado Braudo asesina y roba también él, en busca de medios para su obra "superior". Y cuando advierte en el amigo la repugnancia natural por aquel hecho, yérguese, orgulloso, con un grito que es un desafío: "*Se questo mio é un delitto, io voglio che tutte le mie virtù s'inginóchino dinanzi al mio delitto*".

Así se revela el superhombre de D'Annunzio, sin la máscara de sus primeras reticencias. Ya lo conocemos: Lo hemos seguido a través de esa corriente literaria que nació de la épica realidad napoleónica. Es el hijo espiritual de aquellas criaturas ambiciosas y sin escrúpulos, plasmadas por los deseos reprimidos de sus creadores; primero entre todos, Julián Sorel, que pasa, con su perfil maquiavélico, a lo largo de las páginas de *Rojo y negro* de Stendhal. Diríase un feroz egoísmo, hecho plástico; una voluntad siempre en acecho, dispuesta a dar un salto y acabar con la presa. Un ansia de domi-

nio que reduce a los demás hombres al rol de simples medios para lograr un fin. “Para el dominador de hombres, —dijo Napoleón—, los hombres no son hombres, sino instrumentos”.

Ahora bien: arrancad a este héroe sus ricas vestiduras literarias, su manto constelado de justificaciones filosóficas, y vedlo desnudo, a plena luz. Os hallaréis frente a un aventurero más o menos cínico —un Aretino o un Cagliostro— peor todavía: un delincuente que posa para dominador. Llevadlo luego al tablado de la historia, entre luces y oropeles que embellecen la escena: Ya se ha convertido en héroe. Pero el que atisba desde las bambalinas, malicioso e irónico, sabe de qué estofa son aquellos pretendidos superhombres, audaces y astutos, a veces inteligentes, de una inteligencia completamente práctica, que logran imponerse sobre la ignorancia, la apatía y el miedo de los pueblos.



Sin embargo, mucho difieren los personajes d'annunzianos de estos hombres resentidos y embriagados por el ansia de poderío. Son, en realidad, auténticos y grandes señores frente a los advenedizos de la política. Odian la *pose* vulgar, el tono grosero, los gestos de plaza pública y de mercado. La palabra culta, la actitud desenvuelta están en su naturaleza. Comprenden el ritmo, la forma y el color. Y hallan un goce, que llamaría sensual, algo que sabe a caricia y a sueño, en la armonía plástica de un viejo torso de marmol, en una pintura, en un fondo de cielo o en las líneas ondulantes de un cuerpo de mujer. El mejor D'Annunzio está en ellos. El artífice que en sus versos ha evocado las imágenes clásicas, sombrías o rientes; el alma de las ciudades dormidas, el silencio de los jardines cerrados, la expresión de las manos femeninas; la lluvia que cae suave, lenta y rítmica sobre el pinar...

Fusión de poesía y música. Un solo sentido, un alma sola. Aquella que se desprende de la evocación inolvidable de Pablo Malatesta:

*Io fui talvolta
nella casa di un sommo cantore
nominato Casella,*

*e quivi convenivano taluni
gentili uomini. Guido Cavalcanti
tra gli altri, cavaliere dei migliori,
che si diletta nel dir parole
per rima, e ser Brunetto,
dottissimo rettorico
e un giovinetto
degli Alighieri nominato Dante.
E questo giovinetto mi divenne
caro, tanto era pieno
di pensieri d'amore e di dolore,
tanto era ardente in ascoltare il canto.
E alcuna volta ebbe da lui un bene
inatteso il mio cuore
che sempre chiuso era, perché la troppa
soavità del canto
alcune volte lo sforzava a piangere
silenziosamente
e, vedendolo, anch'io con lui piangeva.*

Y del mismo modo que su creador, también los personajes se deleitan —y a veces demasiado— con la belleza del sonido. Los estremece la voluptuosidad de la palabra. La palabra en sí, libre de su significado, que crea y fluye en una mágica corriente melódica, vibra y estalla en la invocación y el apóstrofe. Son retores natos, vencidos por el encanto de aquella literatura musical, propia de las épocas de decadencia. Recuerdan a los alejandrinos, a los poetas latinos de los últimos siglos —desde la *animula vagula blandula* de Adriano—, a Góngora, a Marino, a los decadentes modernos. Y ni en los momentos de pasión olvidan, con el gesto teatral, la frase bella, —que es también un gesto.

Estetas en la vida y frente a la muerte. Un personaje d'annunziano no podría suicidarse con un pistoletazo, como Werther o un banquero fraudulento. Más digno de él es el abismo donde precipita Jorge Aurispa —un recuerdo del Rommelsholm de Ibsen— arrastrando consigo a la criatura amada y odiada con un odio más fuerte que el amor.

Para las mujeres, como una segunda naturaleza es el gesto teatral. Tan adentro está en ellas que ni lo olvidan ante la muerte, y su desesperada y suprema súplica es la de Basiliola vencida:

*Pel mio bacio
d'amore e d'odio che valeva il Mondo,
dammi la morte bella!*

Aún más elocuente, si cabe, es la hija de Iorio, hembra de todos, santificada, como Katuschka, por el amor. Se condena, mintiendo. Vence con su grito de júbilo el tumulto de las turbas:

¡La fiamma é bella ! ¡La fiamma é bella!

Y ahora, poco a poco, resbalamos hacia los abismos donde el amor se hermana con la crueldad y la muerte. La sombra del Divino Marqués cae sobre aquellos hombres y mujeres que buscan en el dolor y el terror un goce turbio, un espasmo casi sexual. Desde Andrés Sperelli que humilla a María Ferres hasta Basiliola que mata a flechazos a los prisioneros, locos de amor por ella, en la Fosa Fuia.

Y es también un acre placer de los sentidos, para D'Annunzio, la guerra. Atracción por la carne mutilada o moribunda, por la sangre que fluye. Algo de lo que sintieron Iván el Terrible y los *procónsules* de la Revolución Francesa. Al deseo de gloria, al desafío del peligro mézclase, en las honduras del inconsciente, este gusto salvaje, indiscutiblemente mórbido, por todo lo que sacude nuestros nervios. Muchos de sus personajes guardan una huella criminosa. En ellos, como en el Sagitario mítico:

*tranquilla
ride nel cor la gioia delle future stragi.*

Este amor por la violencia física revela lo que hay de bárbaro bajo la máscara de aquellos estetas. Refinados en la pose literaria, tienen, muy en el fondo, ansias de primitivos. Recuerdan a esos hombres del Renacimiento, que leían a Platón, admiraban las pinturas de Leonardo y las estatuas de

Donatello, y mataban, con puñal o veneno, al enemigo. Sigismundo Malatesta es su héroe.



D'Annunzio no puede conceptuarse como un creador de hombres. No es un Balzac ni un Stendhal, mucho menos un Shakespeare o un Dostoyewski. Esbozó fantasmas con uno que otro punto de humanidad: Tebaldo, Aligi, Silvia Settala; o simples comparsas: Pablo Malatesta, Hipólito; pero no hombres de carne y hueso. De sus tipos, el único que tiene nervio y vida es una proyección de sí mismo: hombre, o más bien superhombre; es decir: mitad hombre, mitad símbolo. Héroe —o heroína— que revela instintos, deseos, vuelos líricos perdidos en una brillante —y a menudo vacía— nube retórica.

La *pose* los aminora. La *pose* externa, visible, y más, mucho más la interna, esa adaptación forzosa a un esquema que los vuelve rígidos. Poseen en ellos y fuera de ellos un espejo en el que se contemplan, narcisistas incorregibles, incesantemente. Y lo que advertimos, al acercarnos, no es el hombre, sino la imagen del hombre en el espejo. Desfilan ante nosotros, con perfiles análogos, aquellas proyecciones estéticas que se llaman Andrés Sperelli, Jorge Aurispa, Stelio Effrena, Leonardo, Conrado Brando, Marcos Grático, Pablo Tarsis, y tras ellos, como un símbolo, el menguado y fantástico Claudio Cantelmo, una sombra entre sombras, en la pesadilla esteril de *Las vírgenes de las rocas*.



Gabriel D'Annunzio no pudo plasmar al hombre en la vida del arte, por faltarle esa humildad y comprensión que toda vida requiere.

Hay en sus arrebatos líricos un sentido panteísta admirable, desde aquella invocación:

*Natura, mia Madre immortale
che anche tu mi dai vita breve
e immensi disegni mi poni
nel cuore...*

Hasta el himno magnífico a Pan, la fuerza cósmica, el gran Todo:

La sostanza del sole era la mia sostanza.

*Erano in me i cieli infiniti, l'abondanza
dei piani, il Mar profondo.*

*E dal culmine dei cieli alle radici del mare
balenó, risconó la parola solare:*

"Il gran Pan non é morto!"

*Tremarono le mie vene, i miei capelli, e le selve,
le messi, le acque, le rupi, i fiori, le belve.*

"Il gran Pan non è morto!"

*Tutte le creature tremarono come una sola
favilla, sotto il lampo e il tuono della parola:*

"Il gran Pan non é morto!"

Pero este incomparable vuelo hacia la vida no toca el corazón de la vida misma: goce dinámico, lucha incesante y deseo de conquista es para D'Annunzio la vida. Abandónase al flujo y reflujo de las cosas, hasta sentirse una parte del todo, una gota en el mar infinito del ser; pero al advertir la vida verdadera, en su realidad desnuda, dolorosa o ridícula, se crispa bajo el latigazo de sus instintos dominadores. Y la criatura que tiene ante sí conviértese en una presa.

Y es así cómo, desarrollándose, adquiriendo un valor práctico, inmediato, aquel pretendido panteísmo desemboca en el esfuerzo agresivo de Nietzsche. Nada de misticismo apostólico en esa ofensiva dominadora. D'Annunzio busca la exaltación dionisiaca, el espasmo, la voluptuosidad que puede trocarse en odio; ignora aquel amplio y admirable sentido que abarca todas las cosas y advierte —hasta en el ser más humilde— un hermano.

Cuanto más se le estudia, más se nota este vacío en su vida y en su obra. La sexualidad elemental, la crueldad, el aristocrático desdén, en una palabra: el egotismo llevado a su máximo ocupa en ellas un lugar muy por encima del amor: hasta los mismos afectos familiares asoman como gestos de cansancio. Nunca tuvo —ni pudo tener— aquel simpático arrebató del corazón y de la inteligencia, por el que

salimos de nosotros mismos, convirtiéndonos en eco sincero, espontáneo de las múltiples voces del mundo. Para ser un gran creador le faltó sinceridad y amplitud de miras. Para ser un gran hombre le faltó rectitud y severidad en su conducta. En síntesis: No es un héroe, sino la *pose* de un héroe. Habla, escribe y lucha, manteniéndose siempre en primera fila, desde sus años mozos hasta su culminación política. Evoca el lírico vértigo de Pablo Tarsis en su vuelo sobre Viena, asombra con la arriesgada pillería de la "beffa de Buccari", prodigase como *condottiere*, animador, legislador, esteta magnífico en el episodio de Fiume. Pero tras él y con él va siempre el literato nietzschiano, el gran señor de la vida y del arte, que estudia y registra, con miras a la posteridad, todos sus actos. He aquí una página para añadir a la historia o un poema digno de ser cantado como ha sido vivido, o un bello gesto en la vasta escena del mundo. Siempre y doquier se hallará en D'Annunzio un fondo melodramático, algo que recuerda al prestidigitador y al tenor de ópera, aún en los momentos de más trágica sinceridad, en su desafío al peligro o frente a la muerte.

Y en cuanto a su obra, se la estudiará mañana como a la de un romántico, tal vez el último, por el predominio lírico, la exaltación desenfrenada del yo, la actitud de desafío ante el mundo. Hay en esa obra un eco de la *pose* aristocrática de Chateaubriand, pero con un sentido más primitivo y áspero: Chateaubriand a través de Nietzsche. René a través de Zarathustra, con algo del Sorel de Stendhal y hasta del Vautrin de Balzac. Así recordará el futuro al D'Annunzio de los libros: Stelio Effrena o Pablo Tarsis.

HERNANI MANDOLINI.

SONETO CONTRA CASI TODOS MIS CRITICOS

AUNQUE yacente, indómito Lugones,
berbí junto a la seda de Darío,
el que escribió sobre un libreo mío
una columna y media de renglones.

Tú sabías voltear entretelones
y remar con el río o contra el río:
tras de tu voz ha sido todo un pío,
un entreabrir de picos de pichonés.

Si alguno escribe sobre mí, ya cano,
debe leerte a oscuras en su altillo
y sofrenar mi libro con la mano.

Todo es *trivial*, todo es *vulgar*, *sencillo*;
el vivir y el morir, *lo cotidiano*:
labio purpúreo o fémur amarillo.

FERNÁNDEZ MORENO.

HOSTOS: SEMBLANZA DE UNA VIDA

EL ilustre pensador portorriqueño tuvo y conserva un alto prestigio en las Antillas, en todos los países del Caribe y en general en todo el Continente. Prestó también largos y fructíferos servicios a Chile, a nuestra cultura y enseñanza; pero, pasada ya una generación después de su fallecimiento, aparece entre nosotros poco menos que olvidado, y aún casi podríamos decir, poco menos que ignorado. Sucede así también con varios de nuestros principales valores.

Sin embargo, en los libros de conjunto acerca de la vida intelectual hispanoamericana, están calificadas las obras de Hostos entre las de los grandes maestros; al lado de Bello y de Sarmiento, y aún como escritor, al lado de Juan Montalvo y del peruano González Prada. En general, es ya un hecho reconocido que en el curso del último tercio del siglo pasado, fué él uno de los pensadores más originales, más profundos y de mayor influencia.

Murió en 1903 y por eso he dicho que ha pasado ya una generación después de su fallecimiento. Y murió en Santo Domingo, que, como se sabe, fué el primer baluarte y la primera ciudad española en América, aunque no ha mucho haya cambiado su nombre por el de Ciudad Trujillo.

Hostos nació en el pueblo de Mayagüés, a no larga distancia de la ciudad de San Juan de Puerto Rico. Sus padres eran de estirpe española, sin ninguna mezcla de "sangre de color", como se dice al norte del Itsmo, para referirse a los descendientes en que participa en cualquiera proporción sangre negra. Se educó en la misma isla de Puerto Rico, en San Juan, hasta los 13 años de edad.

Entonces era Puerto Rico una de las colonias españolas de mayor atraso y abandono. Además, según refieren los cronistas de la isla y según recuerdos personales del propio Hostos, allá el Gobierno de la monarquía española envió a menudo agentes poco discretos y

aún poco honrados, de manejos violentos y hasta crueles con la población nativa. De modo que este joven, este niño diré mejor, ya a los 13 años no encontró ambiente ni medios en su tierra para continuar el perfeccionamiento de su espíritu. Sus padres lo enviaron para eso a España.

Estuvo algunos años en colegios de Bilbao; y después de haber hecho irregularmente lo que se llamaba entonces, —como se suele llamar hoy,— las humanidades, fué a Madrid, donde como tantos jóvenes de su calidad y de su tiempo, ingresó en los cursos de la Facultad de Derecho; pero tampoco los terminó. Lo cogió en hora temprana el movimiento literario español, mezclado al movimiento político de avanzada que, ya a mediados del siglo, estaba propiciando el advenimiento de la República.

Son conocidos los nombres de los propagandistas más destacados entre los republicanos de aquel tiempo, a cuya cabeza figuraban Emilio Castelar, Nicolás Salmerón y otros que fueron enrolándose en seguida en la noble y peligrosa cruzada. Entre ellos estaban realmente los jóvenes de mayor cultura y de más moderno espíritu de la Península.

Hostos se relacionó con esa juventud luchadora y concibió la idea de que sus aspiraciones democráticas serían propicias para la emancipación de Cuba y Puerto Rico. Bajo la impresión de esta idea, escribió y publicó en Madrid, en 1863, un breve libro, mitad novela y mitad libelo político, de género inclasificable y que lleva el título de *La Peregrinación de Bayoán*, nombre dado por él a la obra y con el cual bautizó más tarde a uno de sus hijos. Esta publicación contribuyó también a señalarlo entre los intelectuales jóvenes del país; y de acuerdo con las costumbres de entonces y que hasta hace poco han perdurado en España, lo acercó a las diarias tertulias de los escritores más destacados. *La Peregrinación de Bayoán* fué para ellos como una profesión de fe democrática y emancipadora a la vez de las últimas colonias de la metrópoli española en América. Tendía a prevalecer entonces en Europa la teoría de las nacionalidades, que Pi y Margall expuso con tanto brillo en su conocida obra al respecto.

Arreció en seguida el movimiento republicano y sobrevinieron las vicisitudes de 1868 y 1869, que arrojaron fuera de la Península a muchos de los comprometidos en él. Hostos se instaló algún tiem-

po en París, como hubieron de hacerlo algunos de sus camaradas españoles.

Allí Hostos tuvo varias entrevistas con los líderes republicanos, de los cuales recogió la primera experiencia amarga de su vida política. A Castelar le habló francamente de que se proponía cooperar en la revolución que emanciparía a Cuba y Puerto Rico de la antigua metrópoli y de que esperaba contar con su concurso, como buen demócrata y republicano. Castelar le contestó sentenciosamente: "Primero soy español y después soy republicano". De modo que no consentiría en ningún desgarramiento del imperio colonial que aún conservaba la monarquía española.

En sus conversaciones con otros de aquellos republicanos, Hostos terminó por persuadirse de que no le quedaba ya nada qué hacer por su ideal emancipador en España ni en Francia. Entonces regresó a América y fué a establecerse, allá por el año 69, en Nueva York.

En aquella grande urbe, Hostos se ganó la vida traduciendo del inglés al español algunos textos o manuales didácticos sobre física, química, botánica, zoología, etc., que la casa Appleton expendía para el uso de los estudiantes en colegios secundarios o primarios de las repúblicas hispanoamericanas.

No fué indiferente para Hostos ese trabajo, pues le permitió adquirir una cultura científica sistemática, que llegó a ser enciclopédica; y ello sin perjuicio de sus lecturas de los clásicos franceses del siglo XVII y de los filósofos del siglo XVIII. Fué una provechosa labor de autodidacta. Al mismo tiempo redactaba el periódico *La Revolución*, en comunidad con otros antillanos eminentes a quienes unía allí el mismo ideal emancipador.

En Nueva York se hizo Hostos el propósito de auspiciar en todo el continente la causa de la independencia de Cuba y Puerto Rico; se prometió a sí mismo consagrar la vida a esta causa y ser él quien la propagase entre todas las repúblicas surgidas del común tronco ibero, mientras llegaba la hora de la acción directa sobre el terreno de la lucha revolucionaria. Después de un año de permanencia allí se dirigió entonces al Sur. Apenas se detuvo en Cartagena de Indias y en Panamá; y siguió viaje a Lima, donde trabajó un año también, hasta los últimos meses de 1871. Allí redactó el diario *La Patria*, con una probidad periodística de que hay pocos ejemplos.

A fines de 1871 llegaba a Valparaíso, desde donde luego vino a

instalarse en Santiago. Hostos permaneció en Chile hasta setiembre de 1873, escribiendo en los diarios y revistas de la época.

En 1872 era un joven de 33 años; usaba una patilla cerrada de color castaño; su abundante cabellera era castaña también; y sus serenos ojos azules brillaban bajo unas cejas espesas. Era de estatura mediana, delgado y lento de ademanes. Inspiraba confianza con la seriedad y con el reposo de sus expresiones. Había gente que sentía por él cierta atracción, porque le reconocía un espíritu superior, cultivado y discreto.

Fué amigo de Lastarria, que en 1873 organizaba el "Círculo de los Amigos de las Letras", dentro del cual actuó Hostos, por cierto. Pero fué más amigo de Guillermo Matta, el lírico en boga, y de Eduardo de la Barra, entre los poetas jóvenes de aquella época.

Sus trabajos escritos le daban lo indispensable para llevar una vida muy modesta. En aquel entonces escribió un trabajo sobre las posibilidades económicas y particularmente industriales de Chile. Este trabajo fué presentado al certamen abierto el año 1872, con motivo de la celebración de la Exposición Industrial de setiembre de aquel año y obtuvo un premio de cuatrocientos pesos.

La Exposición fué organizada por Vicuña Mackenna, que, era por ese tiempo intendente de Santiago; y el estudio se encuentra publicado en el volumen relativo a la Exposición. Se trata de un ensayo serio, no tanto económico como sociológico, tomando en cuenta las condiciones geográficas del territorio, los caracteres raciales del pueblo y una porción de circunstancias relativas también a la política económica, para llegar a la conclusión de que Chile era un país de grandes posibilidades industriales en determinados aspectos. Esta monografía resulta ahora, al consultarla, de cierto relieve profético, porque, justamente, las industrias para las cuales él encontraba que el país estaba más acondicionado o tenía mejores posibilidades, son las que han prosperado más tarde.

Y cuando se daba a luz la obra mencionada, ya el autor había ganado sólido prestigio con la publicación de sus novedosas críticas acerca de "Plácido", el poeta cubano, y del *Hamlet*, la tragedia de Shakespeare. En 1873 publicó además en Santiago una edición nueva de *La Peregrinación de Bayoán*, más cuidada y completa, porque la censura de prensa había suprimido muchos párrafos de la edición hecha en Madrid diez años atrás.

Pero la producción de más valor que acreditó por entonces a Hostos fué su juicio crítico de *Hamlet*. Las pocas personas que a la sazón había en Chile capaces de apreciar este ensayo, comprendieron que estaban delante de un escritor de grandes condiciones, un hombre superior al ambiente literario que aquí se respiraba.

No se equivocaron los que así pensaron de este ensayo sobre *Hamlet*. Ha sido reeditado muchas veces y hasta tuvo el honor de ser plagiado en Inglaterra. Aún se le ha comparado con uno análogo de Goethe, nada menos, y hay quienes opinan que el ensayo de Hostos es superior al del genio de Weimar. Esta apreciación, sin embargo, ha venido mucho más tarde. Hay detalles del *Hamlet* de Hostos que contribuyen a explicar la superioridad de la obra, detalles que todavía son absolutamente desconocidos, porque no se han publicado referencias al hecho a que ahora aludiré y que se conecta con su preparación y su elaboración.

Hostos empezó a escribir sus memorias, que él llamó *Diario de mi vida*, en Nueva York. Y en algunos períodos de sus largas andanzas por América, este diario lo llevó, como su nombre lo dice, día a día. Otras veces lo interrumpía durante meses enteros, con ocasión de sus viajes, para volver a reanudarlo con minuciosidad durante meses enteros.

De su permanencia en Chile, este diario, que por cierto está inédito, da cuenta acabada; y principalmente se refiere a aquellos días en que preparaba su interpretación de *Hamlet*. Hostos estaba entonces decididamente enamorado. En emocionados párrafos deja constancia de sus impresiones, con ocasión de las visitas a casa de la niña objeto de sus amores, noche a noche; y conecta estos soliloquios con su trabajo sobre *Hamlet*. Así, por ejemplo, dice: "Hoy he escrito algunas páginas de mi *Hamlet*, antes de ir a casa de Isabel". En otros acápites agrega: "Son las dos de la mañana. He escrito tal o cual episodio, el cuadro o la escena tal o cual. Va saliendo bien este trabajo. ¿Cuándo lo terminaré? Isabel tiene mucho interés en conocerlo y yo tengo a mi vez mucho interés en que lo conozca. Hay que apurarse". Después de todo, escribe: "Varias noches sin sueño me va costando este trabajo y mientras más avanzo en él más me apasiona el tema. Yo no sé si me estoy volviendo loco; pero hay momentos en que yo mismo me siento *Hamlet*. Sí, yo soy *Hamlet*; e Isabel es *Ofelia*".

Estos detalles del diario íntimo permiten comprender hasta qué punto aquel ensayo fué hecho a base de cierta identificación del autor con la personalidad del drama a que se refería. Revela también que fué escrito con pasión y en las horas ardientes de las preocupaciones amorosas, a que dedicaba sus mejores pensamientos. Es, en realidad, el trabajo de Hostos que más se ha leído. Tal vez sea en definitiva el que logre sobrevivirle más, obra de juventud y de impulsos sinceros.

Este episodio sentimental de Hostos concluyó dramáticamente. Sus relaciones con la familia de Isabel se fueron haciendo cada vez más inmediatas y de mayor confianza, hasta llegar a tomarse al joven extranjero como novio oficial de Isabel. Llegó un día en que algunos de sus amigos, principalmente Eduardo de la Barra, le hablaron con franqueza del asunto y le propusieron quedarse en Chile. Aquí podría constituir su hogar y se le buscaría una situación segura, un empleo de Gobierno como diríamos ahora, para que subsistiera en condiciones de decencia y bienestar.

Hostos, patriota vagabundo de una patria que aún no nacía para la libertad, se hizo en cierta noche un examen de conciencia, del cual dejó constancia en su diario. Dice más o menos: "He aquí una oportunidad para que yo siga regularmente el curso de mi vida. Amo entrañablemente a Isabel y sé que ella me ama. Seríamos un matrimonio feliz. Mis amigos me han ofrecido una buena situación a corto plazo, y de seguro, su influencia la obtendrá. De este modo puedo ser un hombre feliz en Chile, y llevar una existencia honorable; pero yo he jurado en Nueva York consagrar mi vida a la causa de la emancipación de Cuba y de mi tierra natal. Tengo una misión superior que cumplir. Yo no sé bien si soy un pobre diablo o un revolucionario loco; pero yo me siento ligado a la ejecución de ese proyecto emancipador; y si me caso y me establezco en Chile, ya seré un hombre perdido para aquella gran causa. No podré ir a aventurar en afanes revolucionarios; y quien sabe, si una vez casado, al intentar hacerlo, cause la desgracia de una mujer y de una familia entera. ¿Qué hacer en este dilema? O cedo a la pasión absorbente de mi vida, o me sobrepongo a ella, para poder cumplir la misión histórica que yo mismo me he dado."

Y en esta lucha solitaria e íntima, este hombre permaneció las dos otras semanas que salió fuera de Santiago, invitado a algún

fundo de los alrededores, principalmente el de Aculeo, cuya laguna describió magníficamente en una de las páginas de su diario. Por último, se decidió. Triunfó en su ánimo el ideal superior, esa misión histórica a que había jurado consagrar la vida; y entonces escribe: "Pero debo salir inmediatamente de Chile; ya no puedo soportar esta situación."

Buscó, pues, manera de embarcarse en Valparaíso con dirección a Buenos Aires. Pocas personas advirtieron la resolución de su viaje; pero quien estaba más cerca de él, de la Barra, fué a encaminarlo hasta el Puerto, para despedirlo a bordo. Y allí, cuando ya iba a embarcarse, una mano amiga le entregó un ramo de violetas con una tarjetita de Isabel, de la cual no había tenido valor para despedirse.

Cuenta en su diario que guardó en su camarote aquel ramo de violetas, puesto en agua para conservarlo fresco y fragante el máximo de tiempo posible. Las violetas le evocarían el recuerdo de sus mejores días en Santiago, a lo largo del viaje, que fué muy accidentado. Sorprendió al barco una tempestad frente al golfo de Penas y hubo de refugiarse en los canales del Sur, lo que le proporcionó oportunidad para hacer una descripción de la Patagonia chilena, de exactitud admirable. En esa descripción afirma que la explotación de las maderas y de las campos de la zona haría de ésta, con los años, uno de los emporios de Chile. Ha transcurrido muchísimo tiempo desde entonces; y sólo hace unos diez años que esa región ha comenzado a poblarse. La explotación de sus tierras es, justamente, la que Hostos previno con mirada certera durante sus aventuras en torno de los canales.

Aún en el paso del Estrecho los temporales sacudieron fuertemente el barco. No obstante, él conservaba todavía las violetas y les dedicó en su diario un párrafo especial, cuando ya marchitas, secas y sin aroma, hubo de arrojarlas al mar, con sagrada unción, pero no sin sentir como un desgarramiento. ¡Adiós, Chile! ¡Adiós, Isabel!

En Buenos Aires, Hostos estuvo algunos meses como periodista y se relacionó con gente de calidad intelectual, entre otros con Mitre, quien le proporcionó la oportunidad de escribir en *La Nación* sobre temas relativos a su propaganda emancipadora. Escribió también sobre la necesidad de construir un ferrocarril trasandino, que uniese a Buenos Aires con Valparaíso y Santiago. Como se sabe,

transcurrieron muchos años, cerca de cuarenta, antes de que esa obra se llevara a cabo. Por eso, la primera locomotora del ferrocarril trasandino, que se conserva como objeto de museo, lleva el nombre de Hostos, el visionario anunciador de esta obra de confraternidad continental.

La peregrinación de Hostos lo llevó al Brasil, en la época del Emperador Pedro II, donde no fué muy bien acogido y hubo de continuar otra vez rumbo a Nueva York, y de mezclarse en nuevos planes revolucionarios con los emigrados antillanos que allí se complotaban para tales fines.

Todos esos planes fracasaron. Por primera vez, el año 1875, Hostos apareció en la costa norte de la isla de Santo Domingo, en Puerto Plata, donde gobernaba el general Luperón, hombre culto y entusiasta que acogió a Hostos favorablemente y le proporcionó los medios para que publicase un periódico de propaganda, que llamó *Las Tres Antillas*. En esta hoja bosquejó su ideal de unidad y de confederación antillana, a base de la emancipación de Cuba y Puerto Rico. De ahí partió a Venezuela, donde se dedicó a la enseñanza, con poca fortuna. Dirigió un colegio, pero no pudo avenirse ni con el Gobierno ni con los profesores. En 1877 contraía matrimonio en Caracas, con la hija de un doctor cubano de apellido Ayala; y al año siguiente se encontraba en Santo Domingo.

Hostos permaneció en Santo Domingo desde 1878 hasta 1888, diez años completos dedicados a la organización de la enseñanza primaria y normal; él formó a los primeros profesores de la isla. Enseñó pedagogía y distintas ciencias; en la Escuela de Derecho enseñó también Derecho Constitucional. De esta dedicación resultó la obra tan conocida y apreciada en América, *Lecciones de Derecho Constitucional*, publicada en Santo Domingo en 1887.

Sus discípulos de aquella época guardaron de él una opinión altísima. Pocos, muy pocos, le sobreviven todavía; pero esos pocos se expresan en los términos más encomiásticos y en el tono más sincero acerca de la capacidad y el carácter del maestro genial. No obstante, las revoluciones dominicanas arreciaban muy a menudo entonces; y una de ellas lo puso en la necesidad de alejarse del país en 1888.

Vino de nuevo a Chile. En 1889 era Ministro de Educación Julio Bañados Espinoza, quien tenía asimismo una alta opinión de

Hostos, principalmente por su obra de derecho constitucional, que consultaba con mucho interés como profesor del ramo en la Universidad.

Hostos llegaba por segunda vez a Chile para frecuentar sus antiguas relaciones. Algunos de sus viejos amigos habían fallecido, pero otros estaban ocupando situaciones espectables. Con el concurso de Bañados Espinoza, se le dió una colocación como Rector del Liceo de Chillán; y el año 1890, al fundarse el Liceo Miguel Luis Amunátegui, se le trajo de Chillán a Santiago, para regentar este último colegio. Hostos había recuperado su antiguo prestigio entre los intelectuales chilenos con otras publicaciones y con la intervención que tuvo en una polémica entablada acerca de la reforma de la Escuela de Derecho, en que participaron Valentín Letelier, Julio Bañados y él mismo.

En el Liceo Amunátegui le correspondió a Hostos la implantación del llamado sistema concéntrico, que entonces se discutía mucho, y la adopción de una disciplina de libertad y de cariño para con los alumnos, la cual disciplina pareció un poco rara, porque en ese tiempo habían vuelto a Chile los profesores que fueron a estudiar a Alemania en 1886 y habían también llegado los maestros alemanes contratados para el Instituto Pedagógico y para algunas Escuelas Normales, que traían una disciplina escolar más rígida, un tanto a la prusiana, para aplicarla al régimen interno de los colegios. Ante esta disciplina, cuya implantación se iniciaba en las escuelas y colegios chilenos, el régimen de Hostos, de bondad y libertad para con los alumnos, aparecía fuera de ambiente. Pero sus enseñanzas así como su carácter, en cierto modo apostólico, y su consagración exclusiva al estudio y a las funciones de su cargo, lo rodearon invariablemente de las simpatías y del respeto de los discípulos. En la dirección era como un padre comprensivo; y era un sabio en la cátedra.

La revolución del 91 lo sorprendió, justamente, desempeñando las funciones de Rector del Liceo Amunátegui. Su amistad con Bañados Espinoza y su actitud hacia el gobierno de Balmaceda, no se opusieron para que los revolucionarios triunfantes lo respetaran; porque reconocían en él la superioridad moral digna de toda consideración. Continuó, en consecuencia, sirviendo las funciones administrativas y docentes hasta 1898.

No había descansado tampoco en su labor de propaganda en favor de la independencia de Cuba y Puerto Rico; y cuando el año 97 sobrevino el conflicto de España con los Estados Unidos por la intervención de este último país en la lucha emancipadora de Cuba, Hostos escribió una larga serie de cartas abiertas que vieron la luz en *La Ley*, dirigida por el senador Guillermo Matta, para informar a la opinión del país acerca de los fundamentos jurídicos en que descansaba la independencia de las dos Antillas en que aún tremolaba la bandera de la monarquía española. Estas cartas se han recopilado después en Santo Domingo, bajo el nombre de *Cuba ante América*; y tienen un positivo valor histórico por los argumentos de hecho y de derecho en que el autor funda la defensa de la causa emancipadora.

Liberada Cuba y reconocida por los Estados Unidos como nación independiente, en 1898 abandonó Hostos sus cargos docentes en Chile, para trasladarse a Puerto Rico, a fin de agitar la independencia de ésta su isla natal, retenida por la gran república del Norte en calidad de colonia. Entonces, ya próximo a los 60 años, se reanimó con fuerza en su espíritu el concepto de aquella misión que treinta años atrás se había señalado él mismo como razón primordial de su existencia; y todo fué en él fervor patriótico.

En Puerto Rico muy pocos lo conocían. Habían pasado larguísimos años sin que él visitara ni una sola vez el país. Sus padres habían muerto y sus familiares, desaparecido. De modo que él llegaba sin relaciones, pero precedido de la fama de publicista, de maestro y pensador. Sin embargo, tan ignorado estuvo en un principio que en cierta asamblea que se celebraba en San Juan, justamente para discutir la gestión emancipadora ante el gobierno norteamericano, se sentó él en un extremo de la sala como un ciudadano cualquiera, para presenciar el debate sin el ánimo de intervenir en él.

Transcurrió una hora o más durante aquel debate, cuando a uno de los presentes se le ocurrió decir: "En esta sala hay un hombre que tiene un prestigio americano y que es hijo de nuestra isla. Ese hombre está allí (señalando el sitio ocupado por Hostos); se llama Eugenio María de Hostos; y tiene el deber de ilustrarnos acerca de la causa que estamos sosteniendo." En medio de una gran expectación, la concurrencia volvió la vista hacia donde se sentaba ese hombre, modesto y ya anciano; lo obligó a subir al estrado y a ha-

blar, a hablar acerca de la independencia de su isla; y en tal forma habló aquel hombre, que desde ese momento pasó a ser el líder de la emancipación portorriqueña.

Fué su mejor consejero, el de mayor respetabilidad que tuvo el Comité Patriótico que propiciaba la emancipación de Puerto Rico. Organizó Hostos una serie de instituciones en los varios pueblos de su isla, que recorrió entera; y despertó en todas partes el entusiasmo por sostener la causa de la liberación. Por eso, en 1899, como resultado de ese movimiento se constituyó una Misión, compuesta de tres portorriqueños presididos por Hostos, para ir a tratar en Washington con el Presidente McKinley el gran problema de la isla.

Naturalmente, Hostos tenía un perfecto dominio del inglés, adquirido durante sus permanencias anteriores en los Estados Unidos, por lo cual debía llevar la palabra ante el presidente. Mucho le costó a esta Misión ser recibida en la Casa Blanca de Washington, pero por fin lo fué, y la entrevista que se había previsto de media hora, se prolongó a dos horas.

Hostos expuso, con la mayor serenidad, pero a la vez con suma firmeza, toda la argumentación jurídica en que se basaba la independencia de Puerto Rico. Hizo ver al Presidente que una democracia como la de los Estados Unidos no podía sojuzgar a un pueblo, y en cambio, debía otorgarle los mismos derechos de que disfrutaban los ciudadanos norteamericanos, y que estos derechos democráticos se fundaban desde luego en la libertad.

En fin, larga fué su argumentación. Existe una obra en que se contiene el discurso de Hostos ante el Presidente McKinley, por la causa de Puerto Rico, y de él hay versiones en inglés y en español. *El caso de Puerto Rico*, se llama el libro. Por el momento, se dejó en estudio la cuestión; y en seguida no se dió lugar a las peticiones portorriqueñas. La Misión había fracasado. Pero Hostos pudo, a los sesenta años de su vida, terminar su carrera de propagandista de la emancipación antillana, representando a su tierra natal en la hora más difícil de su existencia histórica.

En la imposibilidad de llevar a cabo sus planes emancipadores, Hostos volvió a refugiarse en Santo Domingo. Vivió allí cuatro años consagrado a la tarea de educar, la misma función que había desempeñado anteriormente, entre los años 78 y 88; pero ahora

con mayor relieve. Fué Director General de los Servicios Educativos. Ejerció una autoridad incontrastable en esta materia, mientras hubo gobiernos que lo dejaran hacer.

La organización educacional en Santo Domingo permanece todavía bajo la influencia hostoniana y son discípulos de Hostos, en este último período, los hombres de mayor representación intelectual de la isla. Allí se pronuncia su nombre con veneración y con orgullo, como en Puerto Rico, en Cuba y en todas las costas del Caribe, como en Chile también, durante los últimos años. Pero este prestigio se funda todavía en otras actividades y en otras obras.

Aparte de las publicaciones ya mencionadas, Hostos escribió en Santo Domingo y profesó también allí una cátedra con el nombre de *Moral Social*. Así se llama el libro que más circula en varios países del Continente. A esta obra, que es acaso la más importante de cuantas escribió y revisó por sí mismo el autor, se añadió en 1904, después de su muerte, un volumen titulado *Tratado de Sociología*, resumen de las clases del ramo dictadas por Hostos, durante los cursos del último período de su permanencia en Santo Domingo.

Cuando el maestro murió, sus discípulos le rindieron los homenajes que se merecía. Y entre estos homenajes acordaron publicar las lecciones de sociología de acuerdo con los apuntes que ellos conservaban, comparando unos textos con otros, y editaron en Madrid el volumen de mi referencia. Este libro es poco conocido fuera de Santo Domingo; pero no tan poco que no haya circulado también en todas las Antillas. Yo mismo no tenía noticias de él y no las tuve sino hace algunos años, cuando me obsequió un ejemplar uno de los discípulos más fervientes de Hostos, que encontré en Méjico, como representante diplomático de Santo Domingo.

Este libro de Hostos, resultado de sus lecciones y obra póstuma suya, es en realidad un resumen de las clases profesadas por él, allá en los años 1885 al 88 y renovadas más tarde, desde el año 1899 al 1903. De modo que Hostos, que propiciaba en Chile, en sus polémicas sobre la enseñanza del Derecho, la implantación de la enseñanza de la Sociología (apoyando en este punto a Letellier), en la práctica él ya había desempeñado la cátedra en la ciudad de Santo Domingo y en la Escuela Normal que allá él había fundado. Aún en la fecha en que apareció, en 1904, esta obra represen-

ta uno de los primeros ensayos, tal vez el primero de todos los ensayos hechos por un pensador de habla española, para sistematizar la Sociología en una forma asequible para estudiantes y para el común de los lectores. No sólo por la prioridad, sino también por su valor intrínseco, la obra es digna de ser señalada a los estudiosos de las Ciencias Sociales. En la historia de la formación y desarrollo de la Sociología, significa además un aporte de consideración.

La última parte de este tratado se titula "Sociopatía", palabra equivalente a lo que los autores franceses y norteamericanos llaman "patología social". Hostos llamó a este estudio más brevemente "sociopatía" y bajo este rubro analiza las condiciones políticas, sociales, económicas, intelectuales y religiosas de los pueblos hispano-americanos, a través de las repúblicas constituídas sobre las antiguas colonias, desde Cuba por el Norte hasta Chile por el Sur. El conoció la mayor parte de estos países, los había visitado y había permanecido en varios de ellos largo tiempo. De modo que el examen científico de esos factores, hecho por el pensador en la plena madurez de su mentalidad, tiene hasta hoy un interés indiscutible.

Cuanto vicio o falla social subsiste hasta ahora en el continente ibero-americano, es objeto de un frío análisis y de una exposición descarnada por parte del sociólogo. Y a continuación señala en ese libro algunas medidas tendientes a remediar esos defectos típicos de las sociedades ibero-americanas. Hay páginas que realmente conmueven en este análisis franco y minucioso de lo que llamaríamos nuestras lacras colectivas, o elementos de desintegración social. No raya a la misma altura el capítulo relacionado con las medidas posibles de adoptar para corregir esos males; pero el análisis de los mismos, desde cinco o seis aspectos diferentes, queda como definitivo o poco menos.

Quien haya conocido esa obra y quien haya podido darse cuenta de las proyecciones de aquel análisis, habrá de convenir en que existía en Hostos uno de los más altos pensadores de la escuela filosófica positiva, como lo revela también su *Moral Social*, que es una ética racional. Los críticos más modernos de la obra de Hostos han señalado, sobre todo, su intento de constituir esa ética emancipadora de los espíritus, extraña a toda confesión dogmática. De suerte que Hostos aparece, en la trayectoria de este Continente, como

doble emancipador; el emancipador de los pueblos subyugados y el emancipador de los espíritus abatidos por fuerzas seculares. Y así se revela en todas sus actividades de maestro, de moralista y de sociólogo.

Hay todavía un aspecto más que considerar en la vida de Hostos, y es su profundo sentido de la unidad de los pueblos de América. Propiciaba él una confederación antillana; pero no pensaba que esta confederación de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo fuese una forma definitiva de convivencia entre los pueblos del Continente. El auspiciaba una unión mucho más vasta: una confederación iberoamericana al estilo de la soñada por Bolívar, pero en condiciones un poco diferentes, por confederaciones parciales, así como la antillana, que se irían formando con grupos de naciones de las más próximas y más unidas por vínculos espirituales y económicos. Y esta serie de confederaciones vendría a fundirse, a lo largo del tiempo, en una confederación más amplia que comprendiera todo el continente iberoamericano. En este sentido, fué un precursor ilustre de lo que hoy llamamos el panamericanismo.

El relieve de su personalidad, fundado en las obras de que he dado cuenta, principalmente en la *Moral Social* y en las *Lecciones de Derecho Constitucional*, en el ensayo sobre Hamlet y en muchos otros ensayos de índole literaria; y por último, en su *Tratado de Sociología*, ha conducido a que se le juzgue ahora, al valorizar en conjunto su obra y su vida tan fructífera de maestro, como uno de los más recios pensadores antillanos, al lado de José Martí, otro de los grandes prestigios de aquellas naciones de América. Pero Martí terminó su obra trágicamente; y murió demasiado joven para las letras.

Al celebrarse, pues, ahora, el centenario del nacimiento de Hostos, los variados aspectos de su personalidad van a ser señalados en muchos libros, ensayos y revistas que recorrerán toda la América. Cuando se habla de Hostos, se habla de un hombre que en realidad ha hecho honor al continente americano, a la espiritualidad y al criterio de sus hombres de selección. Chile tuvo la suerte y la honra de contarle entre sus más meritorios cooperadores a la causa siempre actual de la educación y la cultura. Por eso debe gratitud a su memoria.

LUIS GALDAMES.

HOSTOS, UN PRECURSOR AMERICANO.

EUGENIO MARÍA DE HOSTOS, portorriqueño de nacimiento, constituye una de las figuras señeras de este continente. Desempeñaba una función de cogitativo, adelantándose muchos codos arriba de la órbita de su tiempo. Fué, con otros, un precursor. Al conocerlo a fondo uno se sumerge en él como en un paisaje humano, de sorpresa en sorpresa. Y pásmase de mayor sorpresa ante la propia ignorancia que se tiene de su obra y de su don de vidente. "Hostos ha sido —declara uno de sus críticos— una de las voces más altas de la conciencia colectiva de Hispano América". Nace, como decimos, en Puerto Rico; edúcase luego en la madre patria, que lo nutre y plasma de una vez para siempre su espíritu. Más tarde, dueño de si mismo, se alza abandonando a los tres años su carrera de abogado por no querer recibir diploma de una monarquía y eleva su voz en favor de la emancipación de las Antillas. Nada del verdadero Hostos hemos visto aún, a pesar de tener ya una suerte de político. Echanlo de casa por ese aire de gritón y recorre Francia, luego Inglaterra y en el camino su espíritu entre tanto se va formando como una telaraña interiormente. Se establece en Nueva York, en donde forma parte activa como director del movimiento emancipador de Cuba. En 1871 se traslada por primera vez a Chile y siempre empujado por el propósito de hacer propaganda en favor de la revolución. Allí forma parte de la Academia de Bellas Letras y sírvese de la pluma para subsistir. Es en esta época en que el vidente pone de manifiesto sus valiosas virtudes al promover, antes que lo hiciera Europa, un movimiento social en favor de la educación científica de la mujer. Pero unido al precursor está el crítico que por esta época compone *Ensayo crítico sobre*

Hamlet y su *Plácido*, además de una descripción histórica acerca de Puerto Rico y numerosos estudios políticos y literarios. En 1873 se traslada al Brasil, pero antes ha estado igualmente en Colombia y Venezuela. De Brasil se traslada a Santo Domingo, en donde conságrase a la enseñanza, posiblemente la función que más participaba de su intimidad y vocación. En Santo Domingo, aspirando el perfume cercano del techo nativo, publica sus notables obras *La moral racional* y *Cuestiones de derecho constitucional*, que le vale una invitación de un congreso de juristas que a la sazón se celebra en Portugal. Entre tanto lucha por la emancipación de las tres islas antillanas. A principios de 1889 regresa a Chile, que no en balde le ha tomado el pulso de maestro. Nómbralo ahora rector del Liceo de Chillán y allí pasa horas de estudio y de labor en bien de las reformas educacionales y sociales. Ocúrresele, precisamente, la implantación del ferrocarril trasandino y recomiéndalo, como antes en Venezuela aconseja lo que llamó Proyecto de ley de Normales. No se olvida, a todo esto, de sostener las ideas liberales de su época, y ayuda por todos los medios los principios republicanos. Es un hombre de grandes convicciones, es valiente y defiende con igual decisión su pellejo y sus creencias. Es, además, limpio de alma y su vida pública, según sus biógrafos, se reflejaba en la privada, pues que una era prolongación de la otra. Unido al político que vamos viendo, está el educador y el sociólogo, además del filósofo. Despertaba conciencias y estimulaba espíritus por donde quiera que pisaba y casi siempre era tierra y polvo de nuestro continente. Lo mismo hacía así en Nueva York que en Bogotá, Caracas, Cartagena o Río de Janeiro. Era, en verdad, una personalidad rica en matices y lo que pudiéramos farfullar aquí apenas nos conduce a un pálido reflejo de su acción de hombre de ideas verdaderamente trascendentales para la formación social y política de nuestros pueblos. A fuerza de renunciación y abstinencia, por lo demás, habíase —¡a Dios gracias!— formado un alma que se imponía y conseguía —o consiguió— mucho ascendiente moral entre sus discípulos. Pero —como se ha dicho— fué más bien un crítico de las ideas que de las bellas letras. En general, como Sarmiento, no opinaba gran cosa de los versos. En éste predominaba lo ético. Sarmiento y Hostos —que tanto se parecen a pesar de la genialidad a base de impulsos certeros del primero

en oposición a las conclusiones a base de rigurosas deducciones fríamente calculadas del segundo— no sólo renunciaron a ser poetas en un mundo atestado permanentemente de tal hierba, fácil de propagarse por razones de clima y de lengua, sino que hablaron mal de los literatos, siendo, ellos mismos hábiles expositores de sus propias reflexiones.

Pues bien —como él mismo declaró—, el hombre no vive para morir, sino para llenar los fines de su existencia y en este caso, ya en su categoría de político, de educador, de moralista, de sociólogo y de institucionalista, ha llenado el vino de su ser hasta los bordes en su función de precursor. El tiempo y el medio ambiente americano no daban para la especialización, quizás ahora mismo no den. Hemos dicho que la extensión en oposición a la intensidad en la función de la facultad creadora ha sido carácter de la inteligencia americana (léase hispanoamericana), al revés de lo que sucede en Europa. Sarmiento, Hostos, Martí, todos políticos, todos escritores de raza, todos videntes, todos apóstoles, se han salido de madre como los grandes ríos de América en vez de ahondar el propio cauce y perforar más la rama de sus especulaciones. ¿Pero era ello posible? ¿Es ello posible? No, como en Europa. Sarmiento habría sido mayor escritor en densidad y popularidad si su tiempo no hubiese sido robado por las otras actividades. Lo propio conviene repetir de estas otras águilas caudales, que siendo las mejores, tenían a su cuidado todo el mundo nuestro por hacer. Crear, organizar y llevarlo a la realidad como peones. No es dable pedir más. Allá las generaciones coterráneas que no sepan, al trazar las biografías, considerar el pináculo de inquietudes que esperaba a estos hombres, vaciados todos en un molde que apenas se diferencia —por la época y el grado de cultura— de uno a otro. En el caso del héroe civil de que hablamos, bueno es tener en cuenta su carácter de precursor, ya señalado, su índole de inteligencia científica, su don de visionario y su tacto al dar expresión a su juicio, que como certero tenemos hoy.

Hoy, en ocasión del centenario de su natalicio, América toda, por medio de la tribuna pública, de la página del diario y del recuerdo callado, rinde a Hostos el homenaje tanto tiempo esperado. Por todas partes vemos, eso sí, ignorancia y desconocimiento absoluto de las obras y la fisonomía moral e intelectual del héroe. Culpa

es de unos y otros. Hostos merece un estudio serio, un estudio orgánico ya en su función de educador, de filósofo, de historiador, de escritor o de sociólogo. Muchas de las instituciones ahora inamovibles entre nosotros, muchos de los principios e ideales ahora florecidos, débense a la simiente echada por él al surco. Débense a este varón aristotélico que no llamó o no suscitó la inquietud, a pesar de las ideas e ideales que animaron su espíritu y la esencia de su pensamiento medular vaciado en la ya citada *Moral Social*, acontecimiento sin precedente en nuestro medio, su *Derecho Constitucional*, su *Lógica* y su *Ética*. ¿Fué entonces —diríamos— un creador, un pensador o un suscitador de inquietudes? Su fisonomía es más bien de maestro. Pero dentro de esa modalidad conviene observar que era hombre de muchas disciplinas, que no fué —a la manera hispanoamericana— un intuitivo o mejor un instintivo, sino un sereno espíritu que pedía a las ideas su realidad de cuerpo entero antes de tenerlas como existentes. Se ha dicho —pertenece a Henríquez Ureña— que después de Bello constituye el primer espíritu filosófico de América y bueno estuvo que así se lo endilgaran a Francisco García Calderón, cuando en un resumen de ideas filosóficas en este hemisferio, dejase por fuera —como era dable esperar— a este insigne pensador.

Su función, pues, es múltiple; su carrera movediza; su acción arrolladora; su cátedra —no otra cosa constituye su vida— llena de enseñanzas perdurables. Hombre para todo, dicta una lección, señala la necesidad de construir el ferrocarril trasandino entre Chile y Buenos Aires, escribe un artículo acerca de las ideas liberales, tan en boga en su tiempo y vase a su hogar allí mismo en Chile y escribe su admirable *Ensayo crítico acerca de Hamlet*, que —ya sabemos por boca de Bartolomé Mitre—, no está mal. ¿Pero de dónde, en medio de una sociedad retórica, ha extraído su don de análisis y de síntesis? Su sentido de la raza, su instinto de la hispanidad pónense en claro al luchar en favor de la emancipación, pero —dice— “que la independencia no sea rompimiento de relaciones, sino creación de lo que no existe hoy; de las relaciones del afecto y del interés material, moral y etnológico.” Pide, pues, la libertad individual, el derecho a gobernarse, pero dentro de la órbita racialmente hispánica, que es la segunda patria, y el segundo atributo de todo hombre que de veras reconozca los halagos y grandezas de la cultura dentro de la cual nació.

Si hemos de precipitar el pensamiento que nos anima desde el inicio de esta silueta malamente pergeñada, lo concretaremos reiterando que su índole de precursor es lo que salta a cada momento. Y veamos: la idea del panamericanismo fué el meollo de gran parte de su vida. Adaptábase al país al que llegaba, tomaba parte en su vida interna y hablaba de panamericanismo cuando éste no existía en su forma jurídica, pero que él adivinaba en su función moral. Lo propio hizo con el problema de la esclavitud negra, que él combatió; igualmente aconteció así con muchas críticas lanzadas por él al sistema de colonización española y concretadas en su primera obra, de gran intención política: *La Peregrinación de Bayoán*. Y ya hemos hablado de su visión certera ante la liberación de la mujer, que él aconsejó en épocas de absoluta tranquilidad social en este orden de cosas. También hemos reconocido su don de visualización con respecto al ferrocarril trasandino, que por cierto llevó su nombre.

No podemos sino dejar al juicio del lector la suma de estos hechos concretos que tanto hablan de la inteligencia para la cual la América como problema institucional, como conciencia moral tiene irremediablemente que estar en deuda y para saldarla, en parte, para bien de nuestro crédito, es que la inteligencia americana aporta su esfuerzo en ocasión de cumplirse cien años de su natalicio. Ojalá que su conocimiento empiece con este suceso cardinalmente histórico.

ARTURO MEJÍA NIETO.

VERSOS DEL CAMPO PARA LA CIUDAD

I

TRAS de mucho bregar, en esta pampa mía
—donde todo es tranquilo como la luz del día,

anda suelto el amor, en libertad las aves,
y así crían sus hijos de plumajes muy suaves

bebiendo el aire puro, del campo los aromas,
y se oyen los susurros de las tiernas palomas—

tres lustros he pasado de mis mejores días,
y encarrilé mi vida por afirmadas vías

a manera de puente metálico y muy fuerte
donde pasé tranquilo a unirme con mi suerte.

Después de trasponerlo —¡dulce dicha anhelada!—
en un jardín de ensueño me encontré con mi amada.

Unidos contemplamos, de dulzor extasiados,
las auroras radiantes y los pastos mojados,

ese vuelo inseguro que algún pájaro intenta;
las noches estrelladas; la espantosa tormenta;

las flores en sus tallos de pétalos sensibles,
las copas de los árboles, blandas e inaccesibles,
y el misterioso nido del pájaro cantor,
mientras llega distante la endecha del pastor . . .

II

Lejos de la ciudad, del mundanal ruido,
sólo se oye en la pampa de la res el mugido;
el crujir de los carros cargados de semilla
de trigo, que da el pan, de avena, de gramilla,
útil pasto de invierno de verde amarillento,
que alimenta las bestias que nos dan el sustento
con su carne apreciada; carne tierna y sabrosa
y que está en toda mesa, la sencilla o lujosa;
el silbido del viento con su tono variado,
y el llanto de la tierra que rotura el arado.
En las tardes serenas, cuando pasan graznando,
se oye el suave ruido de los cisnes volando,
ese grito de alerta siempre igual de los teros
y el balido tan dulce de los tiernos corderos;
los variados gorjeos de las aves canoras;
la campana que tañe para anunciar las horas
en que los peones deben abandonar la brega
tras haberle arrancado lo que la tierra entrega
para el sustento humano, convertida en mil frutos
toda manutención; manjares absolutos,

que para conseguirlos, menester es que el hombre
emplee sus energías; pero a nadie le asombre

que la Naturaleza, cuando nos da el sustento
exija de los hombres su justo emolumento.

III

Aquí, al contacto abierto del aire y de la tierra,
han nacido mis hijos; y cada uno encierra

una incógnita grave. ¿No será una promesa?
¿Una bella esperanza? ¡Qué hermosa ilusión esa

que a nosotros, los padres, nos tiene preocupados
al anhelar que triunfen nuestros hijos amados! . . .

Mis hijitos amados, que son como querubes,
aunque felizmente no han nacido en las nubes,

sino aquí, en esta pampa de mi patria querida,
tierra de mis mayores, que por Dios bendecida,

sus ubérrimos campos la harán grande y potente
como es ya la primera de nuestro Continente.

JUAN B. VITAL.

Los Gauchos, diciembre 1938.

ACTUALIDAD

LA CONFERENCIA DE LIMA

EL tema central de la conferencia limeña era buscar puntos de coincidencia para una acción continental conjunta en sentido preventivo de las guerras que pudieran hacer partícipe de ellas a cualquier nación americana.

Está claro que el tema exigía, para que la reunión fuere eficaz, adoptar alguna o algunas resoluciones de carácter contractual y ejecutivo, y que la Conferencia estaba inhabilitada para tomarlas, pues cualquiera de sus acuerdos no podía pasar los límites de una *recomendación*, puesto que los delegados en Lima lo eran no más que de *poderes ejecutivos* de países democráticos, donde resoluciones con fuerza de ley sólo pueden emerger de los parlamentos y *luego* sancionadas por los poderes ejecutivos correspondientes.

Aun en ese carácter de simples recomendaciones o, a lo sumo, convenios *ad referendum*, difícilmente podrían ser categóricas y definidas en el grado requerido para determinar una acción eficaz, por cuanto la regla presupuesta de la *unanimidad*, excluye resolver nada que no sea excesivamente amorfo e inoperante, es decir, declaraciones vagamente platónicas y sin obligación concreta de alguna trascendencia, como lo ha sido la principal de las que allí fueron firmadas. Sobre un tema de tanta gravedad como el planteado y que a tantos diversos e ingentes intereses afecta, ¿cómo podría surgir alguna propuesta consistente que no chocara con la disconformidad de una, siquiera, de las delegaciones?

Es así como las actuaciones de aquella Conferencia y sus análogas sólo pueden conducir a consignar el acuerdo de todos los delegados sobre la base del máximo de coincidencias posibles, que, naturalmente, dentro de la condición de la *unanimidad*, son mínimas.

Ha servido, por eso, la Conferencia, para ratificar una vez más que no se puede pasar de un acuerdo mínimo inoperante, y

cuál es, actualmente, el máximo de coincidencias sobre la cuestión, *entre los poderes ejecutivos* de los estados americanos.

No significa esto que ese máximo sea el que *los pueblos* americanos estarían dispuestos a suscribir, pues nada nos asegura de que los delegados oficiales representaran, en la ocasión, la opinión pública de los respectivos pueblos.

Hay, por el contrario, vehementes motivos de convicción para resolver negativamente la duda. En el caso concreto de la República Argentina, podemos afirmar que en asunto de tanta monta como lo es el de las directivas generales de su política internacional, que pueden algún día hacerle asumir las tremendas contingencias de una guerra, tuvo que esperar todo ciudadano argentino, todo componente del "pueblo soberano", a conocer la exposición del Ministro de Relaciones Exteriores en la Conferencia, para saber cuál es y de qué naturaleza, la política que el pueblo argentino sostiene y está sosteniendo... sin haberse percatado.

Lo anunciado allí fué no más que la opinión del señor Presidente de la República Argentina y del señor Ministro de Relaciones Exteriores y, probablemente, de la mayoría del Ministerio (puesto que para los acuerdos de gabinete no se requiere unanimidad), pero no en modo alguno la opinión *de la República Argentina*.

Otra cosa sería si el Poder Ejecutivo hubiera, con antelación, dado a publicidad sus vistas y ocasión para que fuesen públicamente analizadas, y el Congreso las hubiera discutido y adoptado, o bien si el Poder Ejecutivo, al ser elegido por el pueblo soberano, hubiera llevado formulada en su plataforma partidaria la política que en Lima ha revelado.

Pero nada de eso había sucedido, como ha sido el caso general en cuanto a las demás naciones representadas; y eso entraña mucha relatividad de autorización para lo que se hizo en Lima y para lo que no quiso hacerse.

El eje y motivo especial de la Conferencia consistía en celebrar un acuerdo para defensa de la paz en el continente. Sobre ello planteó la delegación norteamericana la conveniencia de suscribir *un pacto* interamericano de defensa mutua, dado que como anhelo y declaración general ya ha sido formulado en las conferencias panamericanas anteriores, debido a que nuevas circunstancias mundiales imponen, a su juicio, medidas más efectivas.

Paralelamente las delegaciones de Colombia y Santo Domingo presentaron la propuesta de constituir una Liga de Naciones Americanas.

La delegación argentina asumió la oposición al primero de ambos proyectos y, por consecuencia, al segundo, que fué retirado, mientras que la gran mayoría de las delegaciones, exceptuadas las del Uruguay y Paraguay, participaban en el temperamento de la norteamericana. Este fué expuesto en la primera reunión plenaria por el Secretario de Estado de la Unión, Mr. Cordell Hull. Sus puntos más significativos (después de consignar que en la de Montevideo las veintiuna repúblicas americanas representadas afirmaron su amor a la paz y su condenación del recurso de la fuerza armada como instrumento para la consecución de las aspiraciones nacionales, y que en la de Buenos Aires prometieron consultarse en el caso de que la paz de cualquiera de ellas se viera amenazada desde el propio continente americano o desde afuera) fueron que "estamos frente a un mundo lleno de problemas y condiciones aun más amenazadoras y temibles que las que existían durante las reuniones de Montevideo y Buenos Aires."

"Cada una de nuestras naciones —dijo— surgió de revoluciones que tuvieron por objetivo la independencia nacional, la afirmación de los derechos del hombre y la constitución de gobiernos populares. Los hombres y mujeres de esa generación en nuestros países, pusieron en juego toda su apasionada convicción de que pueden crearse formas de gobierno que aseguren los derechos humanos...

Dentro de sus fronteras, cada una de nuestras naciones ha tratado de perfeccionar su sistema de gobierno representativo y de libertad individual...

Nuestras naciones han incorporado a su población, hombres de muchas razas, credos e idiomas... y esa asimilación ha sido instrumento de comprensión y tolerancia, sin las cuales no pueden funcionar satisfactoriamente las formas democráticas de organización social y política...

Ha habido entre nosotros desacuerdos y controversias, pero muy pocas veces han sido resueltas por la violencia de los conflictos armados o cualquiera otra clase de coerción...

Relaciones como las que en forma permanente se han desarrollado entre nosotros son imposibles, a menos que las reglas de la conducta internacional estén claramente definidas, y a menos que dichas reglas sean aceptadas y acatadas en toda su amplitud. Es la esencia del orden civilizado en la vida internacional del mundo...

Infortunadamente en los últimos años poderosas fuerzas han impugnado en diversas partes del mundo la validez de los principios básicos sobre los cuales

nosotros y el resto de la humanidad hemos estado construyendo nuestra organización social y nuestra vida internacional. Cualquiera que sea el disfraz que adopten en la actualidad, esas fuerzas no constituyen una novedad en la experiencia humana. Fundamentalmente son las mismas que por los siglos mantuvieron al hombre sometido a la esclavitud física y a la degradación espiritual, y que imprimieron a las relaciones entre estados un sello de anarquía, de sometimiento a la fuerza armada, con ausencia total de garantías y seguridades. De nuevo la humanidad se encuentra abocada a la trágica alternativa de *escoger entre la esclavitud, el retroceso de la civilización a la barbarie, y el orden y el progreso* (*). Que nadie se haga ilusiones. La alternativa es real y concreta, no sólo en aquellas partes del mundo próximas a los países donde esas fuerzas hallan su expresión organizada, sino en todas partes, pues miran amenazadoramente al resto del mundo. Su sombra ominosa se proyecta sobre nuestro continente. En vista de esta amenaza, nuestro deber para con nosotros y para con la humanidad es mantener y conservar invioladas nuestras instituciones y las creencias sobre las cuales descansan. Es imperativo que las veintiuna repúblicas del Nuevo Mundo proclamen inequívocamente la convicción de que sólo en el tipo de organización y en la forma de las relaciones internacionales que laboriosa y persistentemente hemos construido nosotros y el resto de la humanidad en el curso de las últimas generaciones, será posible a las naciones lograr su progreso material y cultural, y ser libre el hombre... Es imperativo que nuestra generación halle de nuevo la clarividencia, la tenacidad de propósito y la heroica determinación que condujo a nuestros antepasados a jugarlo todo, a hacer cualquier sacrificio, para *afianzar los derechos humanos y crear y mantener gobiernos libres, emanados del pueblo*...

Todos y cada uno de nosotros deseamos apasionadamente vivir en paz con todas las naciones del mundo. Pero no debe haber sombra de duda en lo que respecta a la determinación de las naciones americanas de no permitir la invasión de este continente por las fuerzas armadas de cualquier potencia o cualquier posible combinación de potencias. Cada una de nuestras naciones, evidentemente, debe decidir por sí misma qué medidas ha de tomar para asumir su parte de nuestra responsabilidad común en este sentido. Por lo que se refiere a mi país, nadie duda por un momento que, mientras exista la posibilidad de un desafío armado, los Estados Unidos mantendrán adecuados establecimientos defensivos militares, navales y aéreos.

Al mismo tiempo, todos sabemos que la fuerza armada no es el único instrumento con el cual pueden ser conquistadas las naciones... la *diseminación de doctrinas* y la realización de muchos otros tipos de actividad pueden ser utilizados por otros estados con el propósito de minar y destruir las instituciones de gobierno establecidas y el orden social básico. Dichas actividades se basan en *teorías falaces de superioridad racial* o de clase, o en pretensiones de dominio nacional, a las que se da nuevamente vida en algunas partes del mundo. En el Nuevo Mundo no hay lugar para el renacimiento de tales doctrinas y teorías, que nuestras naciones, de acuerdo con la mayor parte de la humanidad, recha-

(*) Estas y las sucesivas bastardillas son subrayados nuestros.

zaron hace mucho tiempo. Todos y cada uno de nosotros deseamos mantener con todas las naciones del mundo relaciones amistosas basadas en el respeto mutuo por la independencia nacional, en la no intervención en las cuestiones internas de las demás y en la buena conducta en todas las fases de la convivencia internacional. Pero no debe haber sombra de duda en parte alguna en cuanto a la determinación de las naciones americanas de *no permitir la invasión de este continente por actividades* procedentes de cualquier círculo *contrarias o adversas a esta base de las relaciones entre los estados...* cada una de nuestras naciones debe decidir qué medidas debe tomar para hacer frente a estos peligros insidiosos...

Se necesita, en igual o mayor grado, un esfuerzo liberal para eliminar las causas de peligro y para abrir el camino a los procesos constructivos del progreso humano... Este programa indispensable consiste en asegurar la solidaridad y la seguridad de la independencia, prosperidad y progreso de las Américas, y aportar nuestra contribución individual y colectiva a la paz y el bienestar del mundo... Está dentro de los alcances de las naciones americanas proporcionar una demostración concluyente de que es incuestionablemente factible una paz basada en la justicia, la ley, el derecho y el esfuerzo cooperativo... Nuestra conferencia debe dedicar sus sinceros esfuerzos a descubrir los medios de fortalecer los cimientos del derecho internacional...

El derecho de que cada nación maneje sus propios asuntos, libre de toda influencia extraña; el reconocimiento de la soberanía y de la igualdad de los estados, sea cual fuere su poder y extensión; el respeto por la palabra empeñada y la santidad de las obligaciones impuestas por los tratados, son, junto con otros, los principios básicos que deben reglar la conducta internacional, si la paz debe prevalecer sobre la anarquía y si se quiere que avance la civilización...

Las *excesivas* barreras comerciales y otros obstáculos que se oponen al comercio internacional mutuamente provechoso, pesan aún sobremanera en la vida económica del mundo, tanto en nuestro continente como en otras partes. Las naciones no pueden prosperar y proporcionar en pleno una ocupación estable para su población y el aumento del tipo de vida, si el comercio internacional es *destruido por las tentativas suicidas de la autarquía* o si se ve entorpecido al ser llevado *por las vías artificiales del estrecho bilateralismo* o el *regionalismo exclusivista...* ni el comercio puede ser fomentado mediante *el retorno a las formas primitivas del trueque material*. La eliminación de las barreras comerciales *excesivas* y el restablecimiento de los procesos comerciales sobre la base de la igualdad en el tratamiento y la oportunidad comercial, es hoy una tarea de máxima importancia. A menos de cumplirla, las perspectivas de mejoras económicas y sociales y la estabilidad dentro de las naciones continuarán siendo muy oscuras...

Los estados americanos, *con la cooperación de algunos estados del viejo mundo*, llevan fielmente adelante el programa de principios en que se basan el orden, la paz y el restablecimiento económico mundial que he relatado. El buen éxito de este programa es indispensable para el bienestar y el progreso de la civilización y de la especie humana... así como cualquiera otra política basada en la fuerza debe traer el desastre para todas y cada una de las naciones...

La mayor necesidad del mundo en la actualidad es la creación y mantenimiento de condiciones que den a las naciones y a los individuos *la paz de la mente y del espíritu*. Para producir estas condiciones, debemos esforzarnos con todos los medios a nuestro alcance y en todos los campos — político, social, económico y moral. Sólo cuando se desarrollen condiciones favorables en todos estos campos quedará abierto el camino *para abandonar la actual tendencia de los armamentos militares*, que impone tan aplastante carga sobre las vidas de las naciones e individuos, y abre a la vista de la humanidad el horrendo espectáculo de una civilización maravillosa expuesta a desmoronarse en ruinas al impacto de una guerra destructora... Nosotros los que vivimos en América somos más afortunados de lo que pueden expresar las palabras, por estar en una situación tal que podemos hacer de nuestro ejemplo y nuestra influencia un factor potente para promover las condiciones en que puede haber paz con justicia y con seguridad. No estamos solos. En otras partes del mundo hay poderosas fuerzas que trabajan con el mismo fin.

La exposición aquí resumida del canciller norteamericano, claramente encaminada a provocar resoluciones activas en defensa de la paz y consolidación efectiva del derecho internacional, fué contestada en forma sustancialmente disidente por el canciller argentino, pues aun cuando en el orden temporal fué precedente la exposición del ministro Cantilo, no lo es así en el orden lógico, al constituir en el hecho una réplica a la posición expresada por el ministro Hull. Comenzó hablando como partícipe del mundo latinoamericano, cuya cultura arranca de las española, portuguesa y francesa.

Esa cultura greco-romana transformada, transfigurada por el Evangelio, hizo nuestra unidad espiritual al amparo de la Cruz de Cristo y del Estandarte de Castilla, y en ella podemos sentirnos hermanados con el Brasil, cuyo armonioso idioma difiere, apenas, del nuestro, y también con Haití, que si no es la única expresión del esfuerzo de Francia en América, es un milagro de la irradiación de su gente: una prueba de que la cultura importa más que la raza. Dejad que repudie *el concepto rígido de raza*, que además de ser científicamente objetable, es moralmente peligroso porque pone el acento sobre un factor material, en lugar de dar al espíritu la gravitación superior que le corresponde.

Fueron los Estados Unidos los que nos precedieron en el camino de la emancipación. Su revolución se anticipó a las nuestras. Sus ideales democráticos inspiraron a nuestros libertadores, y, en algunos casos, como ocurrió en mi país, la constitución de Filadelfia sirvió de modelo o de germen para nuestras cartas fundamentales.

Proclamemos una vez más la existencia, honda e incommovible, de una conciencia continental, de una conciencia americana...

La solidaridad americana es un hecho que nadie pone ni puede poner en duda. Todos y cada uno de nosotros estamos dispuestos a sostener y probar esa

solidaridad frente a cualquier peligro que, venga de donde viniere, amenazara la independencia o la soberanía de cualquier estado de esta parte del mundo. *No necesitamos para ello de pactos especiales.* El pacto está ya hecho en nuestra historia. Actuaríamos con un solo e idéntico impulso, borradas las fronteras y con una sola bandera para todos, la de la libertad y la justicia.

No es solamente un pedazo de tierra el que, llegado el caso, defenderíamos en sagrada unión todos nosotros. Estamos resueltos a rechazar, con el mismo tesón, ya por medio de medidas concordantes de carácter preventivo, ya por *una acción directa combinada*, todo lo que implique una amenaza *para el orden americano*, toda intromisión de hombres o de ideas que reflejen y tiendan a implantar en nuestro suelo y en nuestros espíritus conceptos ajenos a nuestra idiosincrasia, ideales en pugna con los nuestros, regímenes atentatorios a nuestras libertades, *teorías disolventes* de la paz social o moral de nuestros pueblos, fanatismos o fetichismos políticos que no pueden prosperar bajo el cielo de América. Como representante de una patria que con ser liberal y hospitalaria nunca ha dejado de ser argentina, tengo el derecho de hacer estas afirmaciones...

La historia, como la geografía, nos impone a los pueblos latinos de este continente una unidad espiritual, fundada en nuestra vinculación a la misma cultura originaria y en nuestra vecindad. Pero ésta gravita más, como es natural, entre limítrofes. También la historia, tanto como la geografía, nos solidariza con los Estados Unidos... pero la Argentina cree que cada pueblo americano, con fisonomía inconfundible, debe desarrollar su propia política sin olvidar por ello la magna solidaridad continental ni la gravitación natural de intereses recíprocos que se agrupan por razones geográficas...

Solidaridad continental, política propia. Los dos términos no son inconciliables. Si por nuestras posiciones geográficas, por nuestra producción y las características del intercambio cada uno de nosotros tiene sus intereses particulares; si no son los mismos en el Atlántico que en el Pacífico, en la cuenca del Caribe o en el estrecho de Magallanes, podemos y debemos tratar en común nuestros asuntos comunes... Podemos sobre todo y debemos perfeccionar y coordinar los instrumentos de paz ya existentes, incluyendo entre ellos el pacto Briand-Kellog... Vale decir que nuestra solidaridad continental no puede ser excluyente de la que nos une al resto del género humano y que *no podemos desinteresarnos de lo que ocurre fuera de América.*

...los intereses que *los países del Río de la Plata*, y no sólo la Argentina, tienen *en los mercados europeos*, se imponen a ellos y gravitan en su política nacional e internacional. Pero las razones económicas no son las únicas, quizá no sean siquiera las más importantes para determinar esta orientación de la política internacional argentina. Sentimosnos estrechamente solidarios con la Europa, por la inmigración que de ella recibimos... y por los capitales europeos que fomentaron nuestra producción agropecuaria, nuestros ferrocarriles y nuestras industrias. Pero pesa más en nuestro ánimo el recuerdo de los hombres que descubrieron y poblaron estas tierras, la tradición cultural que nos legaron. De España recibimos la sangre, la religión. De Francia y Gran Bretaña, igual que de los Estados Unidos, la orientación doctrinaria de nuestras instituciones

democráticas. Si a la madre patria debemos las bases de nuestra literatura, la cultura francesa contribuyó a la formación de nuestra vida intelectual, tanto como Italia y Alemania en diversos e importantes aspectos de nuestra evolución...

Queda así determinada la actitud que la delegación argentina ha de adoptar en esta conferencia, pero nada de esto ha de sumirnos en exclusivismos unilaterales y sectarios. El universalismo, el espíritu ecuménico es tradición en la patria de aquel que un día, en Washington, expuso como lema de la política internacional argentina: "La América para la Humanidad"... Opongamos a la abstención egoísta y pasiva frente al mal, un designio de colaboración efectiva, pero libre, soberana, espontánea, al servicio del bien en nuestra América y en el mundo. Hagamos nuestro el concepto formulado por Montesquieu: "Una injusticia hecha a uno solo es una amenaza hecha a todos."

Reducidos ambos discursos a la más breve expresión, podría condensarse el de Mr. Hull en lo siguiente: "*Hagamos* algo las naciones de este continente para defender la integridad de las instituciones democráticas, que están peligrosamente amenazadas por los estados europeos totalitarios." Y el del señor Cantilo: "No *hagamos* nada."

Naturalmente, en una asamblea donde la condición de todo acuerdo es la unanimidad, no podía resultar otra cosa que el triunfo de la tesis pasiva, pues a tan poco equivalen las declaraciones votadas, simple reiteración de genérica solidaridad en el amor a la paz, libertad en independencias nacionales, respeto de los tratados y repudio de la guerra, y cuya más concreta estipulación consiste en manifestar que "los ministros de Relaciones Exteriores de las repúblicas americanas celebrarán, cuando lo estimen conveniente y por iniciativa de cualquiera de ellos, reuniones en las diversas capitales, por rotación y sin carácter protocolar." Lo cual, como se ve, ni siquiera constituye compromiso de reunirse a conversar en oportunidades indeterminadas.



Salta a la vista que la posición del Poder Ejecutivo norteamericano es de índole doctrinaria. Afirma o significa que el objetivo de las instituciones políticas es conseguir y asegurar el disfrute de los derechos individuales a la libertad y pacífica prosperidad y que para ello no existe otro recurso que el sistema de gobierno democrático, fundado en la ley y la imposición de su respeto, y que entre los estados; y puesto que han surgido en Europa estados que del mismo modo cabe instaurar un efectivo régimen de derecho

ostensiblemente rechazan, desafían y de diversos modos combaten dichos principios, que son comunes a todas las naciones democráticas del mundo, éstas deben aprestarse a sostenerse en ellos por todos los medios a su alcance, incluyendo el de la fuerza, ya que es el único respetable para aquéllos, y mejor si concertada en pactos obligatorios, para mayor eficacia. La política de excesivas restricciones mercantiles crea clima bélico y empobrece a los pueblos, por lo cual es indispensable encaminarse a disminuirlas.

La posición del P. E. argentino es, por el contrario, de índole tradicionalista y mercantil. Hasta ahora se ha considerado dogmática la absoluta soberanía nacional, y no acepta suscribir pactos que delimiten de antemano determinadas acciones futuras. La solidaridad entre estados americanos para la recíproca defensa de sus independencias nacionales se manifestará espontáneamente cuando llegue el caso. Una alianza entre estados americanos significaría una hostilidad hacia naciones de otros continentes. A la Argentina no le conviene indisponerse con naciones que son compradoras de sus productos, sean ellas democráticas o totalitarias. No toma en cuenta si la situación es de peligro para las instituciones democrático-liberales, ni si ellas mejor o peor que otras pueden favorecer el disfrute y progreso de los derechos humanos en paz y justicia, ni si cabe impulsar el progreso hacia el imperio de la ley en las relaciones internacionales. No hace cuestión de que sean fundamento de solidaridad interamericana la uniformidad esencial de las respectivas instituciones políticas, graduándola tan sólo según la similitud histórica y vecindad geográfica. Las instituciones republicanas son amables y las defenderemos porque son las nuestras y porque son heredadas de nuestros padres; no porque sean mejores o peores que otras. Los principios y el porvenir nos interesan poco; lo que nos interesa es mantener nuestra omnímoda libertad de acción e independencia nacionales y nuestra clientela mercantil; especialmente conservar y ampliar las ventas de nuestras carnes, lanas y granos.



Ambos cancilleres han hablado distinto lenguaje, (pues no se trata de opiniones del pueblo norteamericano y del pueblo argentino, que son al respecto ignoradas, si es que las tienen formadas, sino de opiniones de los ministros Hull y Cantilo, representativas, sin

duda, pero en grado indeterminado). Tan distinto, que de las palabras del señor Hull se desprende que sentiría mayor afinidad, por ejemplo, con un Uruguay republicano que con un Canadá dictatorial, mientras que el señor Cantilo se consideraría mucho más amigo de un Uruguay dictatorial que de un Canadá republicano. El señor Hull ama el régimen democrático, en donde quiera que se encuentre, porque lo considera el mejor para los pueblos y quiere perfeccionarlo; mientras que Cantilo lo ama porque es el tradicional y vigente en la Argentina. Su posición autoriza a inducir que (poniendo un ejemplo extremado), si hubiéramos heredado el canibalismo, también le parecería amable y defendible; y como no hemos heredado la tradición de formar parte de ligas de naciones, debemos guardarnos de tomar parte en ellas. Desde tal posición, parece que al aeroplano y el ferrocarril para trasladarse a Lima, hubieran los delegados debido preferir la carreta, que es lo tradicional.

Independientemente de mis opiniones personales sobre ambas posiciones, trato especialmente de mostrar que su disparidad es fundamental, aun cuando ambos hablan desde posiciones republicanas y en defensa de ellas, y apuntar algunas objeciones a que se prestan, mayormente la del canciller argentino. Negarse a cooperar en la instauración de un régimen de derecho en el orden internacional es tan poco práctico y antieconómico como lo habría sido prolongar en el orden civil la situación en que cada individuo llevaba espada o facón al cinto para defender su autónoma "soberanía", y para la cual, sin duda, significó restricción la creación de superior autoridad nacional, códigos, tribunales y policía. La suposición de que bastarían, llegado el caso, sentimientos de solidaridad histórica, cultural, etc., para acudir en auxilio del gobierno de una nación pariente invadida, son excesivamente optimistas, como le consta demasiado al de la República Española.

En cuanto al punto de vista exclusivamente mercantil, no parece de más larga previsión, puesto que si el canciller argentino tiene en cuenta, supongamos, el de los ganaderos, podríamos quizá encontrarnos con que, imponiéndose militarmente Alemania a Gran Bretaña, sucediera que, haciendo base en las Malvinas, emprendiese la conquista de la Patagonia, descontando la probabilísima "no intervención" de las hermanas y "solidarias" Colombia, Venezuela, Brasil, etc.; y, si la Alemania lograra su intento, es dudoso que,

dados sus principios totalitarios, guardase muchos miramientos para los ganaderos patagónicos. ¿Es que, reservándose de contraer compromisos concretos y recíprocos, se prefiere especular sobre la protección unilateral de Estados Unidos y Gran Bretaña? Y si existe realmente la disposición a cooperar, ¿por qué resistirse a especificarla y firmarla?

Tampoco se descubre razón válida que los estados totalitarios pudieran invocar para ofenderse porque se constituyera una asociación de naciones democráticas simplemente defensiva de su integridad y de la voluntad común de vivir bajo el principio del gobierno popular y el reinado del derecho, mejor que el de la fuerza arbitraria. El agrario que tal empresa pudiera suscitar no sería distinto que el de unos pistoleros contra la policía, que no está constituida para agredir los legítimos derechos de nadie. A menos que el señor Cantilo entendiera que corresponde hacer efectivo el concepto de Montesquieu que invoca, en cuyo caso, claro es que el gobierno argentino, como todo otro, debió pedir estrecha cuenta al alemán de sus atentados contra los judíos de Alemania.

Pero, sin llevar las cosas a tal extremo, es evidente que la vinculación en un pacto afianzador de la paz no se interfiere con que los alemanes compren carnes a los argentinos y éstos maquinaria a los alemanes, si los precios les convienen. No se trataría sino de asegurar el desarrollo de los principios que forjaron la paz y prosperidad del mundo (incluso de Alemania e Italia) durante un siglo, a favor de la legalidad, respeto de la palabra empeñada, y libertad de comercio, en el grado mayor que nunca fueron alcanzadas, y que se va perdiendo aceleradamente. Parece, pues, que el verdadero conservatismo debe consistir en atajar el notorio retroceso hacia la barbarie, y no en permanecer inertes ante el pavoroso proceso. Hay ocasiones en que para conservar basta quedarse quieto, y otras en que es necesario moverse. Y este no es un problema solamente nacional ni continental sino que mundial. No sólo está planteado ante la "conciencia americana" sino ante la conciencia "democrática." Puede haber intereses más ingentes que el de conseguir que los norteamericanos consuman asado de novillos rioplatenses y el de obstinarse en que estos países permanezcan por más tiempo preferentemente ganaderos, más allá de lo que la demanda naturalmente requiera.

Coinciden ambos expositores en repudiar las discriminaciones raciales y en que no se debe consentir en este continente la diseminación de doctrinas que puedan minar las instituciones de gobierno establecidas, dijo el uno, o toda intromisión de ideas que reflejen y tiendan a implantar en nuestro suelo y en nuestros espíritus conceptos ajenos "a nuestra idiosincrasia", regímenes atentatorios a nuestras libertades, teorías disolventes o fetichismos políticos. Pero si hay algo opuesto al genio de nuestras instituciones es el rechazo material a la inmigración de ideas políticas, cualesquiera que ellas sean, ni aun siendo tan erróneas y perniciosas, a mi ver, como lo son las totalitarias y bolcheviques. ¿Tan débiles se encuentran las ideas democráticas ante ellas, que necesitan el refugio dialéctico de la censura policial? Ante la abierta impugnación que los gobiernos dictatoriales y sus corifeos hacen de la doctrina democrática ¿no disponen los gobiernos democráticos de argumentos y amplísimos medios de propalación, mejores que oponer aduanas a las ideas, si es que de algún modo es posible impedir el paso de ellas? ¿Tan poco valen nuestras instituciones y la experiencia de las mismas que se carece de razones para defenderlas, única arma que positivamente las puede defender? Contra las delicias de las fronteras ribeteadas de cañones y cemento, ¿no es posible argüir con el ejemplo de las innúmeras fronteras americanas cuyas líneas sólo son visibles en los mapas, salvo los puestos aduaneros en los caminos? (1). Y si el menú de todos los habitantes de América no es superior al usual en los países dictatoriales, ¿es que nuestras instituciones no son aptas para que pueda conseguírsele? Y si lo puede, ¿a qué se espera para hacer efectivo ese argumento especialmente inteligible y convincente? Por otra parte, si el régimen totalitario o comunista fuesen más ventajosos al bienestar de los pueblos, ¿por qué motivos y con qué derecho habría de vedárseles oportunidad de examinarlos y adoptarlos, si así lo encontrasen conveniente? ¿Serían tan exiguas la inteligencia y aptitud docente de los intelectuales americanos y

(1) A propósito de esto, hemos de tomar como mero eufemismo la expresión de Mr. Hull sobre el pesado lastre que oponen las "excesivas" barreras aduaneras a la prosperidad y concordia de los pueblos, pues nadie podría determinar el punto en que una barrera aduanera deja de ser excesiva; pudiéndose tan sólo afirmar que son perniciosas en proporción a su altura y exclusivismo, y que la única consecuencia lógica es eliminarlas.

los recursos de propaganda oficiales y privados, que no fueran capaces de iluminar a la opinión pública sobre las inmensas desventajas y ominoso retroceso que sufriríamos en trocar nuestras instituciones libres por otras tiránicas, como las que han degradado a varias naciones europeas, y que algunos interesados o insensatos quieren recomendarnos?

No. A las ideas sofisticadas se las combate abiertamente con ideas bien fundadas, y el triunfo de éstas es infalible si se proveen los medios materiales de que lleguen a quienes deban conocerlas. Y a los actos de violencia arbitraria se los combate arbitrando una fuerza armada más poderosa que la de los posibles atacantes.

Y para esto resultan muy insuficientes los cuatro puntos formulados en la declaración de Lima, que no dicen más que esto:

Los gobiernos de los Estados americanos declaran:

1º Que afianzan su solidaridad continental y su propósito de colaborar en el mantenimiento de los principios en que se basa dicha solidaridad.

2º Que, fieles a los principios antes enunciados y a su soberanía absoluta, confirman su decisión de mantenerlos y defenderlos contra toda intervención o actividad extraña que pueda amenazarlos.

3º Que para el caso de que la paz, la seguridad o la integridad territorial de cualquiera de las repúblicas americanas se vean amenazadas por actos de cualquier naturaleza que puedan menoscabarlas, proclaman su interés común y su determinación de hacer efectiva su solidaridad, coordinando sus respectivas voluntades soberanas mediante el procedimiento de consulta que establecen los convenios vigentes y las declaraciones de las Conferencias Interamericanas, usando los medios que en cada caso aconsejan las circunstancias. Queda entendido que los gobiernos de las repúblicas americanas actuarán independientemente, en su capacidad individual, reconociéndose ampliamente su igualdad jurídica como Estados soberanos.

4º Que para facilitar la consulta que establecen este y otros documentos americanos de paz, los ministros de Relaciones Exteriores de las repúblicas americanas celebrarán, cuando lo estimen conveniente y por iniciativa de cualquiera de ellos, reuniones en las diversas capitales, por rotación y sin carácter protocolar. Cada gobierno puede, en circunstancias o por razones especiales, designar un representante que substituya a su ministro de Relaciones Exteriores.

Menos mal que esa Declaración no constituye impedimento para que el gobierno norteamericano, por propia cuenta, haya emprendido una política más definida y positiva, con entendimientos extracontinentales, frente a los avances totalitarios.

C. VILLALOBOS DOMÍNGUEZ.

UNA GLORIA FRANCO-ARGENTINA

PAUL GROUSSAC (*)

LA RUTA DE LINIERS.

NADA es tan grato para los franceses que aman a la Argentina como para los argentinos que adoran a Francia, como recordar de tiempo en tiempo la influencia que han ejercido en nuestra civilización los grandes hombres y las obras maestras de este país, que en materia política, filosófica, científica, artística y literaria, han contribuido a definir, desde antes de 1810, el decoro latino de nuestra cultura y el prestigio de nuestra tradición espiritual; entretanto, creo llegada la hora en que, sin olvidar a los astros mayores que han iluminado todos los caminos del mundo desde la altura universal de su genio, debemos ocuparnos un poco de otros franceses, menos gloriosos pero no menos respetables, lúcidos emigrantes del pensamiento, que han llevado más allá de los mares, con su alma y con su cuerpo, un mensaje auténtico, viviente, y a veces doloroso de esta raza redentora e inmortal. Estoy convencido de que para la mayor parte de las personas ilustres e ilustradas que me escuchan, son ignorados o poco conocidos los nombres de Aimé Bompian, Alcide d'Orbigny, Amedée Jacques, Geoffry y Emile Dai-reaux, Martin de Moussy, Charles Pellegrini, Henry Stein, Benjamín Larroque, Jean Lasserre, Charles Quentin, Paul Besson, Jules Boeuf y Paul Groussac; sin embargo, esos nombres corresponden a otras tantas figuras notables de nuestra intelectualidad nativa, misione-

(*) Este estudio crítico sobre la personalidad de Groussac fué leído en francés por el autor en el Instituto de Estudios Americanos de París el 28 de noviembre ppdo., en un acto que presidió M. León Bérard, de la Academia Francesa. El texto castellano que publicamos es inédito y envío del mismo autor.

ros abnegados del idealismo, de la ciencia, del arte y de las letras de Francia, que siguiendo la ruta de Liniers compartieron con nosotros el pan argentino en las horas de la gestación y del progreso de la República; trabajando, soñando y sufriendo con nosotros como si fueran nuestros hermanos; y muchos de los cuales, después de haber fundado su hogar en nuestra tierra, descansan para siempre en ella, de sus sueños, de sus fatigas y de sus esperanzas.

En esta ligera "causerie" sobre Paul Groussac que realizaré con toda serenidad, honestamente, —como cuadra a la cátedra que prestigia con su nombre preclaro Mr. Gabriel Hanotaux, el venerable patriarca de France-Amerique—, sin caer en el ditirambo ni rehuir la crítica, adaptándome a su propio precepto de que "mejor es la herida del que ama, que el ósculo del que aborrece", demostraré toda la razón que asistía a Ovidio al sostener que "cualquier país es patria para el fuerte, como para los peces del vasto mar"; y comprobaré, además, que si las grandes llanuras argentinas fueron siempre propicias a los inmigrantes que surcaron su suelo en pos de mieses doradas y fecundas, el espíritu abierto de los argentinos no ha sido menos sensible a los sembradores de ideas, cuando esas ideas traían en su germen los atributos inalienables de la belleza, de la justicia y de la libertad.

LA VIDA DEL HOMBRE.

Permitidme que con el laconismo de un Gotha democrático e intelectual os trace la biografía sintética de este personaje que en su infancia mereció las caricias promisorias de Lacordaire, que en su madurez suscitó la amistad leal de Alphonse Daudet y que en sus últimos años obtuvo el afecto íntimo de Georges Clemenceau, lo que significa que no sólo en su patria adoptiva sino en su propia patria, Dios le concedió en todo tiempo la preferencia cordial de los mejores, que es el único privilegio envidiable de este mundo.

Francois-Paul Groussac nació en Toulouse en 1848; a los 17 años dió examen de ingreso en la Escuela Naval de Brest; intentó efectuar un viaje alrededor del mundo, pero agotado su peculio en una primera salida hacia París, no quiso volver al hogar paterno y se embarcó para Buenos Aires en 1866. La capital argentina convulsionada por las pasiones políticas y por la guerra con el Para-

guay no resultó ambiente propicio para el joven extranjero, quien se dirigió al campo dedicándose a aprender nuestro idioma y a cuidar ovejas en San Antonio de Areco. En 1870 volvió a Buenos Aires, fué nombrado profesor de matemáticas en el Colegio Nacional donde se vinculó con los tribunos Goyena y Estrada y por intermedio de ellos con los redactores de la *Revista Argentina*, donde publicó en sorprendente español un estudio sobre el poeta Espronceda. Seducido por la palabra de su nuevo amigo, Nicolás Avellaneda, uno de los más puros talentos que ha producido nuestro país, Groussac se dirigió en 1871 a la ciudad mediterránea de Tucumán, llamada el Jardín de la República, donde vivió 11 años, se casó, desempeñó cargos importantes en la enseñanza, alternando sus tareas "con las de arriero de mulas en las provincias argentinas y bolivianas." Después de escribir un notable *Ensayo histórico sobre el Tucumán*, intervino en la política presidencial y mediante un folleto titulado *Las tres candidaturas*, auspició la de Avellaneda, que fué el vencedor. En 1882 regresó a Buenos Aires, delegado a un Congreso Pedagógico, ligándose al núcleo de liberales que propiciaban la enseñanza laica y el matrimonio civil. Al año siguiente vino a Europa, y un artículo suyo en *Le Figaro* sobre *L'Evangeliste* de Daudet lo vinculó a los cenáculos de éste, de Emile Zola, de Edmond de Goncourt y hasta al salón de Víctor Hugo. De regreso a la Argentina en 1884 fué inspector de enseñanza secundaria y redactor literario del diario *Sud América*, donde publicó en folletín su única novela *Fruto Vedado* y celebrados medallones sobre Leconte de Lisle, Labiche, Flaubert, Bacón, About, el padre Dión, el autor de *Sapho* y el genio de *Los Miserables*. Por razones políticas abandonó *Sud América*, y en 1885 designóse director de la Biblioteca Nacional, desde cuya torre de marfil, visitado por muy pocos amigos, realizó la parte más importante de su obra. Durante más de cincuenta años, llevando una vida privada intachable, más temido que amado, sin angustias económicas ni conflictos personales, en su gabinete confortable junto a las efigies de Taine y de Renan pintadas por Bonnat, concretó en más de veinte volúmenes su cosecha múltiple de historiador, crítico, polemista, erudito, dramaturgo, viajero, narrador, filólogo, ensayista, conferenciante, traductor y poeta. Escritor bilingüe, dominando con igual maestría las gramáticas castellana y francesa, ha sido el mejor prosista de la

Argentina. Realizó otros viajes a Europa en 1893, 1898, 1907, 1911 y 1925, habiendo quedado ciego en esta última fecha, lo que no impidió que se le rindiera un gran homenaje en el anfiteatro de la Sorbona, bajo la presidencia de Mr. Georges Leconte, de la Academia Francesa. Octogenario e inválido, trabajó sin cesar hasta el día de su muerte, ocurrida en Buenos Aires el 27 de junio de 1929. Al acercarse el décimo aniversario de su desaparición, se puede parafrasear su juicio sobre el autor de *Madame Bovary*, diciendo que "el crecimiento incesante de la gloria de Groussac es irresistible y lento, como el desarrollo secular de un roble en la selva, que su copa domina más y más."

EXPLICACION PROVISORIA DE SU CARACTER.

Antes de ocuparnos de su obra, proceden algunas reflexiones sobre ese mal humor desbordante que se advierte en gran parte de sus páginas escritas, que se denotaba en la pimienta epigramática de su trato privado y que explica, en cierto modo, la ocurrencia de Pascal cuando afirma que "Diseur de bons mots, mauvais caractère."

Paul Groussac fué un hombre afortunado que vivió siempre resentido con su buena estrella; sólo así se explica su disconformidad crónica con el destino y su creencia, no disimulada, de que en su condición de desterrado malogró en la Argentina una carrera que en Francia lo hubiese conducido a las más altas cumbres. Con todo el respeto a que obliga su memoria, cabe suponer que en ese optimismo se equivocó "el griego de Focea, amigo de la luz y bebedor de vino", tan convencido estoy de que si cualquiera de los que me escuchan leyese los volúmenes redactados en francés que integran sus obras completas, —*Une énigme littéraire, Le cahier des sonnets, Prosper Mérimée, Etudes hispaniques, Les Isles Malvines*—, jamás pensaría que su autor alcanzara el título de clásico o de genio, ni que mereciera la gloria de la Cúpula, ni que debiera figurar al lado de un Sainte Beuve, de un Michelet o de un Rivarol, sin menoscabar la medida de las proporciones y el concepto serio de la justicia. Ello no impide que por el resto de su producción, en el caso de ser vertida también a su lengua natal, Groussac, maestro de la juventud en cualquier parte del mundo, hubiese sido aquí, un excelente

profesor para el Colegio de Francia y tal vez un meritorio miembro de alguna de las cinco academias que integran el Instituto; pero, entre esa posibilidad harto razonable como honorable y la egolatría desmesurada del crítico mordaz, para quien Cervantes “ne manquait pas de talent”, existe la misma diferencia que separa, en la jerarquía militar, a la espada honrosísima de los coroneles, del bastón insigne de los mariscales.

Por otra parte, ahondando la psicología de este rezongador austero, que abusaba a veces de su austeridad y de quien escribió un compatriota nuestro que “en el predominio de su mandíbula inferior, en su boca desdeñosa; en sus ojos irónicos que a veces tenían melancolía; en su voz áspera, en su mismo paso si bien lento, seguro, he visto siempre su complexión anímica”; cabe señalar el contraste entre sus medios materiales con los de esa generación sibarítica de 1880, —de la que fueron prototipos Roque Sáenz Peña, Carlos Pellegrini, Miguel Cané, Eduardo Wilde, Eugenio Cambaceres y Lucio V. Mansilla—, a la que él se vinculó sin confundirse en plena juventud, ya en las redacciones de *Revista Argentina* y de *Sud América* o en otros círculos políticos y sociales de Buenos Aires.

Alfonso de Lafèrrere, comentarista ilustre y entusiasta de Groussac, ha dicho de los hombres de esa generación: “. . . cuidaban el decoro interno de su inteligencia y el decoro externo de su persona y de su ambiente. Eran viajeros, “gourmets”, humoristas y dandys. Tenían a M. Sainte Beuve por mentor del gusto y se regocijaban con las aventuras de Mr. Pickwick. No desdeñaron ningún halago de la existencia, y en sus preocupaciones se mezclaban los caballos rusos y el arte del Renacimiento, el parlamentarismo británico y la “cave” de Voisin, el frac de Poole y el agnosticismo renaniano . . .”; y yo agrego, al lado de estos gozadores de la vida, niños mimados en la política, las letras, la sociedad, los negocios, las galanterías y las aventuras de la gran aldea que comenzaba a convertirse en ciudad, el circunspecto hijo del Languedoc, que por tímido y extranjero no podía conocer los goces del triunfo espectacular ni de la bolsa llena, tenía sus motivos para no sentir la sangre dulce. Sería exigirle demasiado estoicismo a un estoico que se codeaba con tantos epicureos, no comprender que ese desequilibrio entre su real valor y las circunstancias tenía que cristalizarse en el “summum jus summa injuria”, con que al fin se definió su carácter. Sin incu-

rrir en la impertinencia de considerar que la envidia o el despecho asomaron jamás al alma superior de Paul Groussac, lo cierto es que no sólo el éxito de esos ciudadanos eminentes que antes cité —y que eran por lo menos sus pares—, si no la fácil gloriola de otros mediocres, que en ese como en todos los medios, sujetos a las tómbolas de la política, se imponían mediante la audacia, la improvisación, el servilismo y otras bajezas de la condición humana, promovieron en su espíritu que no sabían sonreír ni perdonar, esa rebeldía sistemática y esa irritabilidad a flor de labio, de los que no siendo creyentes, laceran sin arrepentirse, porque ignoran los impulsos y los consuelos de la piedad y de la misericordia.

EL HISTORIADOR DE CONCIENCIA.

Tal como él lo expresara de Michelet, “no es posible, por lo pronto, contemplar la obra multiforme de Groussac, sin un sentimiento de respeto y admiración.” La índole de este trabajo de divulgación me exime de un análisis completo de sus libros, entre los que, junto a producciones magistrales e imperecederas se alinean sus relatos de imaginación, sus comentarios científicos y sus incursiones por la música, por el teatro y por la poesía, en los que el ave sin dejar de ser ave no vuela a las alturas consagratorias del historiador de conciencia, del crítico literario que no tuvo rivales y del estilista jamás superado en nuestro país, los tres títulos que lo acreditan como maestro entre maestros y como uno de los obreros más esclarecidos de nuestra civilización.

Al iniciar Paul Groussac su concienzudo examen de nuestro pasado, el Deán Funes, Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López eran y siguieron siendo los historiadores máximos de la República, pero el joven foráneo, a la manera de aquel griego Polibio que trazó con la mayor imparcialidad la historia de Roma, traía sobre aquéllos la ventaja de no haber sido actor en las contiendas de la independencia y de la organización nacional; y de no haber participado de los prejuicios lógicos y las pasiones humanas de quienes mezclados en el tumulto, habían hecho la historia antes de escribirla. A la técnica declinante de un Thiers o de un Guizot, el fundador de la nueva escuela historiográfica del Río de la Plata opuso las severas disciplinas de la documentación prolija, del fichaje meticuloso, de

la búsqueda minuciosa en las bibliotecas y los archivos, todo ello con la conciencia fría del artesano relojero que revisa y controla, una por una, todas las piezas de su máquina antes de confiar a las agujas la misión rectora de indicar el tiempo. De acuerdo con el principio practicado por Renán, de que "sólo merece escribirse sobre lo que se ama", el autor de *Las Islas Malvinas* dedicó sus vigili-
as más puras a la investigación honesta de nuestros orígenes y de los factores individuales y colectivos determinantes de la cohesión orgánica de nuestra nacionalidad; y si bien no ha escrito bajo un mismo epígrafe y en un solo cuerpo la historia integral de nuestras instituciones, ha dejado dispersos en varios volúmenes, llenos de probidad y de elocuencia, los elementos indispensables para realizarla. Las piezas requeridas para ese definitivo y luminoso "vitral" ya fueron modeladas aisladamente por el artista; ahora falta el paciente soldador que las reuna y las ajuste en un armazón común, de suerte que esas piezas, llenas de verdad, de color y de armonía, puedan decorar mañana en la cúspide del templo embellecida por el sol, el futuro Panteón de nuestras glorias.

Todas las épocas esenciales del pasado argentino han sido registradas admirable y lapidariamente por Paul Groussac: el período colonial en el *Ensayo sobre el Tucumán* y en *Mendoza y Garay*; el movimiento de la Revolución de Mayo en *Liniers* y en sus ensayos sobre Mariano Moreno; el ciclo de Rivadavia, la crisis del caudillismo y la tiranía de Rosas, en sus *Estudios de Historia Argentina*; la égida de los constituyentes de 1853, en su análisis crítico sobre las Bases de Alberdi; y en los medallones de *Los que pasaban*, todo el panorama de la política argentina, desde 1874 hasta la muerte del presidente Sáenz Peña... ¡Lástima grande que su cargo de Director de la Biblioteca Nacional le haya impedido publicar lo que sentía y lo que pensaba sobre los hombres y los sistemas que gobernaron a la República desde 1916 hasta el día de su muerte.

Este Aristarco implacable, que como queda dicho tenía la fruición del sarcasmo, no hubiera merecido como mereció la amistad de Mitre, Sarmiento y Avellaneda, —los tres forjadores civiles de nuestra consolidación republicana, representativa y federal—, si por encima de todo no hubiese amado de veras a su patria adoptiva, a esa patria nuestra a cuyos héroes siempre respetó profundamente, no sólo porque tenía que respetarlos como huésped bien nacido, sino

porque al sentimiento de justicia que nunca faltó en su alma, sumábase cierta ternura orgullosa e incontenible para la tierra donde sus hijos, por su amor y su voluntad, abrieron los ojos a la vida y a la esperanza.

EL JEFE DE POLICIA INTELECTUAL.

Una anécdota bastará para que comprendais hasta qué punto los juicios de Paul Groussac ejercieron en la Argentina una influencia depuradora y a veces terrible. En 1895, don Ramón J. Cárcano, que hoy ejerce en nuestro país la presidencia moral de todas las Academias, y que ya entonces por su claro y fecundo talento era una de las más brillantes promesas de la intelectualidad sudamericana, sometió privadamente al temido censor de la Biblioteca, las pruebas impresas y algunos manuscritos de un prolijo trabajo suyo sobre la Colonización de Tucumán. Como quiera que su severo confidente, sin dejar de elogiar la obra le hiciese algunos reparos de carácter metodológico, que achicaron de golpe su entusiasmo, el ilustre padre de nuestro actual embajador en Francia, desalentado y deprimido, arrojó al fuego esos originales y esas pruebas, con lo que consumó un auto de fe tan arbitrario como sensible. Por suerte el año pasado, el doctor Ramón J. Cárcano, después de muchos inviernos transcurridos, sobre los borradores de ese trabajo lo reconstruyó para el público en la Junta de Historia y Numismática, obteniendo un gran éxito.

Así como él dijo alguna vez del sabio español Marcelino Menéndez y Pelayo, que "ejerció una dictadura de treinta años sobre las letras castellanas, tan nociva a los caracteres como a los talentos", afirmemos con más justicia que Paul Groussac fué durante más de medio siglo el jefe de policía intelectual en la República Argentina, para honor de sus letras, para refinamiento de su gusto y para edificación de su juventud. En las páginas inmortales de *Crítica Literaria*, de *El viaje intelectual*, de *Del Plata al Niágara*, de los *Anales de la Biblioteca*, como asimismo en infinidad de artículos de *La Nación*, *La Prensa*, *Sud América*, *El Diario*, *Le Courrier Français* y *Le Courrier de la Plata*, está protocolizada la conciencia con que expresó alguna vez que "criticar es emitir un juicio imparcial, varonilmente, sin preocupación de agradar o de embellecer; y si

algo existe en el arte que sea más subalterno que el ciego menosprecio de lo grande, será la complacencia sin convicción ni distinción, que se derrame al acaso sobre lo grande y sobre lo pequeño.”

Las influencias de Sainte Beuve, que exalta al hombre como eje de la vida; de Taine, que no puede separar al hombre de su medio, y de Jules Lemaître, para quien se identifican siempre el hombre y el arte, han conformado sucesivamente la personalidad crítica de Groussac; y por eso, cuando escribe por ahí, “mi cabaña tiene galería abierta hacia los cuatro vientos y está construída ante un vasto horizonte, sobre un promontorio que domina al mar”, no solo asienta una vez más su egolatría incurable, sino proclama su independencia de toda escuela o doctrina filosófica o estética que menoscabe la concordancia del arte, de la naturaleza y de la vida como fundamentos eternos de la belleza humana.

No es imprescindible que el crítico literario sea justo para que sea eficaz; basta que corrija los errores ajenos y mejore el paladar del público, para que haya cumplido su misión. Paul Groussac, sin llegar al extremo de Petrarca que se jactaba de no haber leído *La Divina Comedia*, y de Voltaire, que se reía de ella, munido de su lupa inexorable, tenía la voluptuosidad de encontrar fallas de información histórica en Macaulay, Renán, Mommsen, Taine y Foustel de Coulanges; deficiencias de cultura clásica en Alfred de Musset, que por cierto no necesitaba haber leído (como lujo) a Platón para componer *Las Noches*; vicios de método en Michelet y de técnica en Paul de Saint Victor; lagunas de artista en Sarah Bernhardt; defectos de estilo en Zola, Goncourt, Bourget, Brunetière, France, y Lemaître; y por supuesto, faltas enormes de buen gusto en el inmenso e inerme Víctor Hugo. Mi distinguido colega y amigo Jorge Max Rohde, en un notable capítulo de *Las ideas estéticas en la literatura argentina*, sin rehuir el tributo a la inteligencia y a la erudición del desdeñoso comentarista de León Bloy, a quien Groussac califica de “raté”, ha documentado en páginas incontrovertibles los excesos en que incurrió este despiadado disecador de bibliotecas, para quien no fué escrito, por cierto, el aforismo de Plinio el Joven: “Nullum esse librum tan malum, ut non aliqua parte prodesset”. ¿Porqué, Señor, cuando hace muchos años Groussac le dió la bienvenida en Buenos Aires a Edmundo de Amicis, el evangélico creador de *Cuore* no le transmitió el sobrante de su torrencial y exquisita ternura?

Entretanto, la acción tenaz del viejo tolosano en el clima de nuestra literatura nativa ha sido tan saludable como la vacuna que previene e impide una epidemia. Antes de Groussac, los medios intelectuales de nuestro país sufrían, salvo pocas excepciones, la triple epidemia de la improvisación, de la frondosidad y de la irresponsabilidad en el fondo y en la forma; después de Groussac, nuevas normas técnicas y nuevos principios de disciplina creadora han regido la ética de quienes tuvieron y tienen el honor de una pluma en la mano. En su hosca función de crítico local, traducida durante más de cincuenta años, en artículos mordaces, polémicas bravas y sátiras incisivas ha dejado muchos heridos en la senda; pero la cultura argentina, como la madre del escolar a quien un monitor severo tirara un poco de las orejas para que aprendiese mejor, tiene mucho que agradecerle, ya que si no es muy humanitario el principio de que la letra con sangre entra, en materia de letras —el más noble alumbramiento del espíritu—, se requiere de sangre, para que sea feliz.

LA PATRIA CHICA Y LA PATRIA GRANDE: UNA SOLA PATRIA.

De acuerdo con mi concepto acerca de las tres manifestaciones esenciales del arte de Groussac, debería explayarme ahora respecto a sus cualidades extraordinarias de estilista, a esa maestría de sus medios de expresión bilingüe que le ha permitido cumplir su ideal literario de "alcanzar la corrección gramatical española sin perder el contorno nítido y el andar nervioso del francés." Si ésta fuera una cátedra de estudios lingüísticos y yo fuera capaz de hacerlo, valdría la pena examinar el caso no frecuente de este políglota —que conocía el latín y el griego y a quien se debe la primera traducción francesa del *If* de Rudyard Kipling— en cuanto llegó a dominar con más soltura y elegancia que la propia lengua materna, la de Cervantes, Larra y Azorín; y valdría la pena demostrar que si él aconsejaba a los argentinos el respeto religioso del idioma español como tradición viva de la raza, demostró cómo ese bello idioma, trasladado de Castilla al Rio de la Plata, podía asumir, mediante la influencia gálica, modulaciones más suaves, giros menos duros y melodías más armoniosas.

Prefiero, en cambio, retener unos instantes vuestra atención pa-

ra que comprendáis por qué motivos fundamentales consideramos a Paul Groussac como una gloria argentina, no ya en el terreno literario, sino en el de las preocupaciones profundas y el fervor sincero por el porvenir de nuestra patria. Oíd estas palabras tuyas, escritas hace unos cincuenta años y que tienen para nosotros, como para muchos países de aluvión, una actualidad impresionante: "En proporciones relativamente mayores que los Estados Unidos, la República Argentina ha venido a ser la encrucijada de las nacionalidades. Tan violenta ha sido la avenida inmigratoria que podría llegar a absorber nuestros elementos étnicos. Están sufriendo una alteración profunda todos los elementos nacionales: lengua, instituciones políticas, gusto e ideas tradicionales. A impulsos de un progreso spenceriano, que es realmente el triunfo de la heterogeneidad, debemos temer que las preocupaciones materiales desalojen gradualmente del alma argentina las puras inspiraciones, sin cuyo imperio toda prosperidad nacional se edifica sobre arena. Y es, sin embargo, esta hora suprema la que eligen algunos para ensalzar la educación utilitaria, que nos ha traído donde estamos y atajar la cultura clásica, que por sí sola constituye una escuela de patriotismo y de nobleza moral." Esta comprobación, esta protesta y esta esperanza sólo caben en el alma de un gran hombre que no se sienta adherido a la tierra en que vive por su simple envoltura carnal sino por vínculos alados e indestructibles; es la voz, el grito del nacionalismo auténtico, es la severa admonición del mentor ateniense que no quiere infecciones fenicias en el corazón amado de su pueblo.

Mas oidle por última vez: "¡Nave del porvenir! ¡Cara nave argentina que llevarás en tu cubierta algunos seres de mi nombre, algunas gotas de mi sangre francesa: Dios te conduzca y te mantenga orientada hacia esa patria mía, de la belleza risueña, de la nobleza generosa y fina, de la ciencia unida al arte como el fruto a la flor! Poco importaría que no te corrigieras de tu ligereza, de tu imprudencia, de tu prodigalidad, que son también defectos nuestros, si supieras envolverlos en una virtud, un entusiasmo artístico, un culto intelectual. Sin un símbolo y una fe que flote eternamente sobre las aguas como la brújula primitiva, de nada te valdrán tus cargamentos de riquezas, que vendrán a ser acaso una presa o una tentación. ¡Oh, nación argentina, nave del porvenir!". Este lenguaje no es el de un extranjero vulgar que se limita a cumplir las leyes,

a acatar las costumbres y a ser un testigo neutro en el país que habita; no, esa es la profesión de fe de un ciudadano digno, en cuya conciencia vibran los honores, los deberes y las responsabilidades de la verdadera ciudadanía.

Curioso contraste; mientras la mayor parte de sus contemporáneos argentinos de la generación del 80 fueron descreídos y escépticos, asumiendo una postura de elegancia fatalista frente a los graves problemas morales y sociales de la República; él, el inmigrante, sin cuna ni antepasados en el país, denunciaba los peligros del materialismo crudo y proclamaba a todos los vientos, a pesar de reservas y censuras más de forma que de fondo, su confianza en la grandeza futura de nuestro pueblo por el imperio del pensamiento, de la cultura y de la civilización. Curioso contraste: mientras en su vida y en su testamento filosófico, concretó en la oquedad del "In pulverem reverteris" su lamentable nihilismo religioso, en cambio, inspirado por una vigorosa salud interior, exaltó siempre con ímpetu juvenil, la preeminencia intangible de la moral pura, y los atributos eternos del honor, de la justicia y de la libertad.

Creo interpretar las intenciones del eminente escritor mejicano Alfonso Reyes, cuando manifestó cierta vez, en un acto académico, que Paul Groussac fué "un ciudadano del mundo a caballo sobre la geografía", si con ello quiso decir que el autor de *Liniers*, por amar a la Argentina y por amar a Francia no incurría en dualismo, pues amaba a una sola patria, y si quiso decir que para todos los hombres de pensamiento de la América latina la figura de Paul Groussac es una gloria de Francia que floreció en Buenos Aires y una gloria de Buenos Aires que no quiso irse del mundo, sin obtener de Francia, su consagración final.

DE LA SORBONA AL PARQUE 3 DE FEBRERO: CONSAGRACION Y ETERNIDAD.

No deseo concluir esta pesada exposición sin recomendar la lectura de la correspondencia que mantuvieron Paul Groussac y George Clemenceau, desde 1910 hasta su muerte, y que recogida por las manos patrióticas del gran publicista argentino Juan Pablo Echagüe, constituye junto con el brillante ensayo de Alfonso de Laferrère, el número especial de la revista NOSOTROS y el insuperado

discurso necrológico de Jorge Lavalle Cobo, la corona fúnebre más elocuente para honrar su memoria. Allí se encuentran documentados los vínculos personales e individuales que ligaron en su ancianidad, al padre de vuestra victoria con el patriarca de nuestra literatura, y allí confirmaréis por la autoridad insigne del recio hijo de la Vandée cuán cierto es todo lo que os he dicho del noble hijo del Languedoc, y cuán merecido fué el homenaje que el pensamiento francés le rindió en 1925, cuando, ciego ya, en el anfiteatro Richelieu de la Sorbona, bajo la advocación de Santa Genoveva, junto a la colina inspirada donde soñaron otrora San Ignacio de Loyola, Erasmo y Calvino, escuchó las palabras consagratorias del académico Georges Leconte y del erudito profesor Raymond Ronze, palabras magníficas de esta Francia querida, que sus ojos ya no podían ver, pero que su corazón no podía olvidar.

Por una ley del Congreso Nacional Argentino, en el parque 3 de Febrero de Buenos Aires, que equivale a vuestro Bois de Boulogne, se eruirá muy pronto un busto destinado a perpetuar el recuerdo pensativo de Paul Groussac. Las actuales y las futuras generaciones de mi patria tendrán que descubrirse siempre con cariño ante la efigie de este varón cuyas deficiencias de carácter resultan "pecata minuta", al lado de su talento creador, de su idealismo sin mancha, de su dignidad sin renunciamentos, y de esa su obra cumplida y monumental, en cuya virtud, el génesis, la formación y el progreso democrático de la República Argentina, en los siglos y los siglos, serán conocidos, respetados y tal vez amados, por todos los hombres libres de la tierra.

ENRIQUE LONCÁN.

París, noviembre 28 de 1938.

TENDENCIAS DE LA ESCULTURA MODERNA

EL ESCULTOR FIORAVANTI

SUS MONUMENTOS A SAENZ PEÑA Y A AVELLANEDA

ARTE no figurativo, ni discursivo. Arte no representativo, ni anecdótico. ¡Cuánto sueño teórico en la justa y sagrada ambición de post-guerra, tendiente a crear una plástica en relación mejor con la esencia de la vida! ¡Cuánta gana programática de echar del arte el peso muerto de módulos fallidos!

En este anhelo estético, desiguales han sido, sin duda, los resultados obtenidos en la pintura y en la escultura. Mientras la una ha traducido sus esfuerzos en elípticos ensayos, innegablemente originales, aunque raras veces coronados de plenitud, la otra ha tentado borradores larvados, sin heroísmo y, lo que es más grave, calcados en consignas emanadas del arte pictural.

Iniciada por los pintores, la experiencia cubista es, en efecto, seguida y prolongada por algunos escultores ávidos de nuevas formas, con una sumisión que es casi servidumbre. “Al practicar, —dice a este propósito Maurice Raynal—, la estética pictórica ilustrada por Picasso, Gris, Léger, Gleizes, la escultura ha demostrado, una vez más, que los procedimientos líricos explotados por estos artistas, al ser trasplantados al dominio escultórico, parecen tan fuera de lugar, que ello no hace más que probarnos que la hora de crear una estética nueva en la estatuaría no ha sonado todavía.”

¿Por qué un tal vasallaje —y vasallaje sin provecho— de un arte que en otras épocas dió a luz, sin embargo, obras de inspiración tan propia? ¿Qué falta a estos escultores para renovarse bastándose a sí mismos y apoyándose en las leyes peculiares de su arte?

Me parece que la naturaleza del arte escultórico exige del escultor un sentido de la plástica más inocente que el requerido del pintor por el lienzo. Quiero decir que el primero es o debe ser más sensitivo. El pintor, también por la naturaleza misma de su arte, es más imaginativo. Tan científica es esta distribución de facultades, según se trate de uno u otro de estos artistas, que ella aparece corroborada por un idéntico reparto en la escala zoológica en general. Así, Lehwanz buscó vanamente, en largos estudios, un instinto pictórico en los animales, mientras que, en cambio, nadie pondrá en duda que, más allá todavía de los panales de las abejas, existen nidos y madrigueras, modelados en argamasa y hasta tallados en roca, que constituyen verdaderos trozos plásticos, fruto del instinto escultórico en el reino animal. Está probado, por último, que en el origen de estas artes, primero fué la estatuaria bárbara y, sólo más tarde, fueron los colores. La primera representación que el hombre primitivo se hizo de Dios, fué, a lo que parece, modelándolo y no pintándolo.

Insuficiencia de lo que podríamos llamar sentimiento manual de la estatuaria, he aquí probablemente, una de las causas de la crisis anotada.

Las formas imaginativas concebidas por el escultor deben, en mi opinión, transmitirse a la materia por medio de una especie de hábito sensitivo o tacto reflector, cuya mecánica creadora sobre la substancia laborable, difiere, de modo equidistante, de toda función estrictamente psíquica y de todo impulso estrictamente fisiológico. La ausencia de esta potencia escultórica, —que no hay que confundir, desde luego, con la facultad del pintor cuyos poderes plásticos rozan más de cerca la órbita psíquica o intelectual;— la ausencia, digo, de esta potencia, sentimiento manual o sentido inocente (léase infra-cerebral) de la plástica, característico y decisivo en el escultor, constituye, repito, el escollo o dificultad en que se debaten actualmente quienes buscan nuevos derroteros a la estatuaria.

La explicación causal de esta laguna la encontramos en el hecho de que vivimos en el colmo y las postrimerías refinadas de una civilización, si no literaria, archi-intelectual. (En ella el deporte mismo y el progreso material, aunque parezca paradójico, son intelectualistas). En una tal cultura, es comprensible que tengan mayor desarrollo las artes de esencia más vecina al mundo cerebral. De

aquí que, siguiendo las dilucidaciones antes anotadas, la pintura, por ejemplo, se renueva con mayor frecuencia que la estatuaria, sobre todo si ésta es practicada por una vanguardia de artistas cuyo temperamento marca tal vez la última etapa —superada y espasmódica— de esta civilización y no alcanza a los primeros desperezos de la que viene o que vendrá...

Willthurng piensa que la actual impotencia revolucionaria de los escultores antes mencionados —Laurens, Lipchitz, Herzog— proviene, *en principio* (Willthurng no es en vano un esteta hegeliano), de que se trata de un arte tridimensional y, por consiguiente, más limitado que la tela pictural. Yo me permito responder al eminente exégeta de Cellini, augurándole que cuando esta civilización en que nos hemos educado, haya cedido un poco sus atributos intelectuales excesivos a los atributos sensitivos del hombre, entonces la escultura alcanzará una renovación incalculable. Porque, entendámonos: si en verdad tiene la estatuaria, como se pretende, cadenas naturales más rígidas que las otras artes plásticas ¿cómo se explica entonces que en las civilizaciones primitivas y, más cerca de nosotros todavía, en el Renacimiento, haya realizado la escultura obras de una grandeza tan propia e inmarcesible?

Por lo demás, este sentimiento manual para la estatuaria, necesario al creador, ha sido reconocido por los propios maestros del pasado. Miguel Angel solía sostener que sus mejores obras las había ejecutado por la tarde, cuando sus sentidos supeditaban, en cierto modo, a la actividad intelectual. “Entonces —afirmaba— se diría que todo mi ser estuviera dirigido y conducido por mis manos, igual que un ciego, por un par de lazarillos.”



Estas reflexiones me vienen contemplando los dos monumentos que Fioravanti acaba de terminar para ser erigidos a los estadistas argentinos Sáenz Peña y Avellaneda, en la ciudad de Buenos Aires.

Fioravanti posee, sin disputa, manos de escultor.

Alineado fuera de toda tendencia sistemática —vanguardista o académica —lejos, por igual, de los que ensayan y se equivocan, y de los que, como Despiau, Maillol y otros, prefieren marcar el paso, Fioravanti cultiva honradamente sus dones personales, y —con

toda su juventud aún por delante— se busca a sí mismo, en obras cuyos méritos prometen a su autor un evidente porvenir.

Ardua empresa la suya para arrancar al arte naturalista de los monumentos indicados, formas escultóricas realmente despojadas de las múltiples exigencias, extrañas y casi siempre contrarias a la eclosión personal y libre de las facultades creadoras del artista, características de este estilo monumental. Al mismo Bourdelle le oí quejarse, una vez, en un “vernissage” del Salón Nacional, en que se exponía una parte de su monumento a Adán Mickiewicz, del aherramientamiento que significa para el escultor puro —en la acepción helénica del vocablo— la ejecución de obras de este género. Sin duda, Rude, Carpeaux, Scharf y el propio Bourdelle han salido más o menos airoso del empeño. No es, por eso, menos cierto que todo es aquí prestado y controlado de afuera para adentro al escultor: el tema, el documento social e histórico en que aquél debe ser desenvuelto y, en fin, el gusto municipal o nacional, que quiere que el artista interprete fielmente los sentimientos, intereses e ideales colectivos encarnados en el tema. El que sea el artista quien haya concebido originariamente la composición y atmósfera plásticas de la obra, no le redime, en modo alguno, de este corset de hierro, en el que la espontaneidad de su inventiva se ve constantemente constreñida y ahogada.

De otra parte, y aunque es verdad que en cada escultor hay un cíclope (Paul Valery, *Euphalinos*), menester es convenir en que las proporciones juegan en la estética naturalista un decisivo rol diferencial. En ella la cantidad decide de la calidad y hasta del estilo de un arte. Ahora bien, un personaje “statué” tiene un tamaño que le es propio, un tamaño que podríamos llamar precisamente “natural”. Agrandada desmesuradamente y trasplantada al dominio de lo grandioso cuantitativo, la estatua pierde indudablemente una gran parte de su vibración humana. La naturalidad emocionante de sus formas es derogada por la hipérbole, imponente pero fría.

Otras y muy distintas, las leyes del arte simbólico propician, por el contrario, junto con la máxima libertad de inspiración del artista, un nuevo orden estético, entre cuyas infinitas posibilidades super-naturalistas figura principalmente la fuerza expansiva de las dimensiones o, hablando con mayor justeza, la elasticidad o ley de equivalencias. No de otra manera se explican los durables valores

universales que, a base únicamente de mito y de fantasma, de fábula y de sueño, han hecho de los monumentos pelásgicos, de los monolitos mayas y fenicios, del arte faraónico, de los bronceos chinos de la época de Tcao y del mismo gótico medioeval, arquetipos indiscutibles de belleza plástica.

Cuando a una concepción monumental naturalista de nuestros municipios burgueses se mezcla tal o cual elemento simbólico de buena ley y siquiera sea de circulación general, la obra da inmediatamente un salto a la grandeza intemporal. Esto es seguramente lo que ha salvado a ciertos monumentos modernos de este género.

Fioravanti ha utilizado este recurso señaladamente en los bajos-relieves de su obra, algunos de cuyos fragmentos, inspirados en episodios nacionales argentinos, alcanzan una gallarda factura plástica. Sin recurrir a la "ronde-bosse" artificiosa, cara a Archipenko y sus discípulos, la piedra devuelve aquí, a la luz natural y con cadencia tal vez más dinámica que en el conjunto de cada monumento, armonías escénicas intensas.

Pero, en rigor, Fioravanti prueba, de modo más convincente, poseer aquel sentimiento manual a que hemos aludido varias veces, en dos secciones de fondo de su obra: en la doble figura, cuyo nexos social y dialogado es un ramo simbólico, y en la figura femenina solitaria cuya irreprochable anatomía es casi clásica. A fuerza de pureza lineal y de mucha disciplina en el reparto y equilibrio de las masas, el artista ha podido remozar y hasta regenerar ambos motivos, sacando de desnudos, huérfanos en sí mismos de substancia evocativa y expresiva, dos composiciones de una serenidad antigua, realmente admirables.

Las figuras centrales no descuellan, sin duda, por la "pose", ni por la conjugación expositiva de ropas y ademanes. Nos parece difícil que escultor alguno pueda tratar con emoción y entusiasmo, personajes de parecida presentación suntuaria. Baudelaire decía que basta que un hombre vista la levita, para que pierda inmediatamente, no ya sólo toda forma escultural, sino toda plasticidad. Por desgracia —replicarán los estatuarios de nuestra brava sociedad burguesa—, todavía no han autorizado los gobiernos esculpir a un estadista en traje adánico.

Descúbrese en la manera anatómica de Fioravanti, particularmente en las cabezas masculinas auxiliares, un romanismo bien cerado y mejor utilizado. Su varón de la espada está magnífico.

En otro bajo-relieve, el de la Pomona, la formación griega del escultor ha encontrado manera de llenar de una gracia cálida y verdaderamente eglógica, figura, pámpanos y la brisa (de la pampa, suponemos) que no se toca, pero que se ve y se respira.

CÉSAR VALLEJO.

París, enero de 1935.

César Vallejo nació el año 1896 en la provincia de Santiago de Chuco, Perú. En 1915 surge su nombre en los corrillos literarios de Trujillo. Con la edición de su primer libro de poemas "Los heraldos negros", en 1918, coincide su traslado a la capital. Actúa en política. Es perseguido y vive en la cárcel varios meses. En 1922 publica su mejor libro, "Trilce". Después va a Europa y se establece en París. En medio de muchos viajes, uno de ellos a Rusia y otros a España, sigue escribiendo poesía, teatro y reportajes. En 1931 publica una novela "El Tungsteno" y un libro en el que colecciona sus crónicas de viaje por Rusia. Murió en París el 15 de abril de 1938. En la primera época de NOSOTROS colaboró varias veces. Este artículo lo escribió para NOSOTROS en enero de 1935, pero como la revista había cesado su aparición, no pudo publicarse. Ahora, con motivo de su muerte, de la que recién nos enteramos, lo publicamos gustosamente, en homenaje suyo y de nuestro escultor Fioravanti. — N. DE R.

LA POESIA DE GONZÁLEZ PRADA

“**E**L defecto de los poetas, —decía Manuel González Prada— lo que más los divorcia del medio social, es el no entrar de lleno en la corriente del siglo, el arrastrarse cuando el mundo vuela, el preferir las regresiones a los avances.” Prada era un poeta de su siglo y un poeta de su hora. El manto de su erudición no pesa en la belleza simple de su lirismo ágil, las imágenes flamean siempre en rimas brillantes.

Todos los críticos, al analizar su obra y su vida, atraídos por el redoble marcial de su prosa han descuidado hacer notar la valiosa aportación que como poeta trajo Prada a las letras castellanas. Cultivó la poesía no sólo por esa necesidad de expresión que tienen los artistas. Preocupado por ese juego encantador de la emoción poética, tan imprescindible en la vida del hombre cultivado, comprendió que había de seguirse la evolución de las formas de expresión, adaptándola a las nuevas condiciones psicológicas y sociales. Con ese apremio de armonía en una sociedad con la cual estaba en perenne choque, buscó refugio en la poesía, no para llorar como los amantes vulgares ni para esperar como las almas ilusas. Su verso fué dulce canción sentimental, modulado canto de ruiseñor, o fué señero reproche, chirrido áspero del águila en metáforas vivas, nunca figuradas o falsas. Marcel Proust ha dicho: “Sólo la metáfora puede dar una suerte de eternidad al estilo.” Acogiéndonos a la sentencia del novelista francés, Prada tuvo sobrados títulos para ingresar a la eternidad.

“Amador de la belleza y de las puras formas estéticas, en un mercado de bastos traficantes de ultramarinos; culto, en medio de la barbarie feudal y eclesiástica; hombre del ágora y para el ágora, conviviendo con la báquica brutalidad de una tribu de esclavos; conocedor de varias lenguas europeas y lector apasionado de los clásicos griegos y latinos en sus propios idiomas, en relación cotidiana

con una sociedad que se expresaba pobremente en una jerga chulesca, mitad española, mitad criolla; hombre de ingenio sutil y de genio creador en un pueblo dicharachero que divertíase confeccionando colmos, retruécanos y rompecabezas; renovador y enriquecedor de la expresión poética castellana, aportando de las lenguas extranjeras nuevas formas métricas, en un ambiente anquilosado de pedante preceptiva universitaria.”

Así nos presenta Antenor Orrego a este espíritu investigador, ordenado, lúcido y genial, dispuesto a revolucionar en todos los campos. Prada no se aferró a las construcciones conocidas. Buscó nuevas formas y creó y aclimató en el castellano la novena de Spencer o “spencerina.” Nadie, antes que él, intentó el uso de nueve versos de trece sílabas en oraciones ordenadas. Escapó así de crear poemas que tuvieran el viejo gusto español. Todo el polvo de Castilla lo rechazaba el alma del rebelde jacobino. Cansado de casticismos, hombre sediento de elegancia, se refugiaba con fruición en los franceses. Como poeta no le interesó la magnitud del tema. Un poema o un cuadro no dependen de la magnitud de sus proporciones y sentimientos. Se puede dar una inacabable impresión de infinito con sólo la forma de una flor. ¿Puede encerrarse en tan pocos versos de este *triolet* una mayor expresión de belleza?

*Para verme con los muertos
Yo no voy al Camposanto.
Busco plazas, no desiertos,
Para verme con los muertos.
¡Corazones hay tan yertos!
¡Almas hay que bieden tanto!
Para verme con los muertos,
Yo no voy al Camposanto.*

Poeta esencialmente plástico, siente la belleza del verso en sí mismo y tiene una percepción poco común para el matiz expresivo y la calidad del verbo. El poeta francés Paul Valery dice que “el estado de inspiración no es el estado conveniente para escribir un poema.” La inspiración de Prada era un estado de recogimiento. No aparece como dinamismo creador. A un artista como Prada no se le concibe trabajando en un estado de fiebre; para vertir sus conceptos, observa ecuanímente y sin apasionamiento peligroso

la calidad y sonoridad de la palabra. Cuando canta un sentimiento amoroso por una mujer, estiliza su galantería y erotismo hasta una cumbre inviolable. Se puede decir que tiene una sexualidad floral, que por lo delicada contrasta con la áspera vida cabría de criollo y el sentimiento llorón de la época.

*Para dar sabor y olor
A los panales de miel
Eres tú la flor mejor.
Pídenme siempre el amor
Y la constancia más fiel.
No me pidas una flor:
Eres tú la flor mejor.*

Por eso podemos hablar de dos Pradas. El Prada filósofo, batallador, prosista y reformador, y el Prada poeta, lírico, tierno, confidencial. Uno esgrime la metáfora rutilante, el otro las figuras de dicción. Y ambos se juntan en una obra eminentemente culta. Sobre su labor poética podemos agregar que enriqueció el verso castellano con formas sacadas del griego, el latín, el inglés, el italiano, el francés y el alemán, bien antes de que lo hiciera Rubén Darío. Esto no quiere decir que la influencia extranjera pese sobre su estilo. Prada es genuinamente castellano, tan castellano como lo fué Garcilaso que trajo el endecasílabo sin que por esto fuera italianizante.

Llega el año 1916. Las ranas en los lodazales comienzan a prestar oído medroso al murmullo juvenil. Lima va transformando su vida amorfa y su frivolidad. Asfalto en las calles y todavía el mismo polvo amarillento en las rejas. Y Prada bajo la madre selva florida seguía sonriendo entre sus discípulos con una más viva esperanza. Por su ventana siguen desfilando las mismas comparsas: frailes, militares y pobreza, hasta que un día, el 22 de julio de 1918, las bellas manos pálidas de Don Manuel fueron enfriándose lentamente sobre un cuaderno de notas. "Al fin en reposo la cabeza cana, ya sosegado el corazón gigante... sin retórica ni en la muerte..." Ese día, según recuerda Haya de la Torre, "unos viejos muy viejos y unos muchachos muy muchachos", se juntaron para acompañarle a su definitiva morada. Tenían la convicción de que había dejado un mandato que cumplir y recogieron la herencia.

FELIPE COSSIO DEL POMAR.

DOS CUENTOS

PRELUDIO

ECHÓ a andar por una calle del puerto. La noche, tibia, le recogió. Sobre el agua, buques, mástiles, lanchas, velas, luces turbias, todo sumido en un sopor suave, en un balanceo perezoso y cansado.

Miró largamente y sus ojos se poblaron de lejanías.

Pensó en todo aquello que jamás había visto. En los mares infinitos, en los bosques de árboles milenarios, en las calles viejas de las viejas ciudades. Pensó en los hombres y mujeres que hablaban otras lenguas y vivían otras vidas. Nuevas y no conocidas dimensiones de alegría y de paz le aherrojaron dulcemente. Afectos y ternura. Árboles y agua. Nubes veloces rumbo a la inmensidad. Ciudades de piedra y de oro, campos rubios de sol acariciando el infinito. Animales hermosos y sanos, de dulces ojos tranquilos. Y mucha pureza. Así viste la distancia.

Pensó más. Más aún. Las montañas grises en la mañana fría, azules y violetas cuando el sol no las amaba, angustiados fantasmas en la noche perfilando sus aristas de leyenda. Leyendas del hombre bueno y del hombre malo, de la mujer buena que amaba y de la triste bruja que enviaban los infiernos. Leyendas de la vida y de la muerte, dichas con canciones, con música y con bailes, o narradas apenas en un soplo de voz cuando se hacía la noche y el viento cantaba todas sus penas apretando los corazones. Música y bailes. Su pecho se expandió de vida. Sobre la tierra y el valle, sobre el agua y la montaña, sobre el amor y el dolor, música y bailes. Y risas de niños y de grandes. Tantas como él jamás había reído. Tantas como él jamás oyera. Pensó en alguna mujer buena y bella, de ojos color de mundo y senos color de tiempo. alguna mujer buena y bella que lo amase. Mucho. Hasta el dolor, caliente, suave,

armoniosamente exacto. Entonces podría caminar mirando las estrellas. No más Cruz del Sur. Sería tan hermosa la estrella polar que la seguiría hasta los "fjords" poblados de brumas y de ensueños. Seguirla hasta el cansancio y dormirse para despertar en una maravillosa aurora boreal, llena de colores y de sangre. Y seguir hasta el fin del mundo. Hasta más allá del fin del mundo. Y no volver jamás. ¿Para qué el regreso? ¿Para qué su triste vida anónima? ¿Para qué su desgaste tenaz, pesado, desvitalizante? ¿Para qué todo? ¿Por qué todo?

Allí, sobre el agua, al alcance de su vida, de su triste vida en ruinas, cansada y amarga, estaba su destino nuevo. Su destino hecho de sueños, de árboles, de agua y de montañas. Su destino hecho de vidas nuevas y de ciudades viejas y de campos rubios. Su destino hecho de estrellas lejanas y de brumas, de "fjords" y de auroras boreales. Tras ello, el fin del mundo. Tras el fin del mundo, él. Ese era su destino.

Un fuerte golpe en un hombro le sacudió. Creyó oír, como de muy lejos, una voz que era cada vez más fuerte.

—¿Qué haces aquí?

Miró. En lo alto, sobre la cabeza ruda y oscura, brillaban la chapa y el número. ¿Existía aún la autoridad? Y su sueño, su triste y bello sueño de infinitos, ¿dónde dormiría su descanso diurno, estremecido de ruidos y de vida urgente?

No contestó. Se encogió de hombros y siguió caminando. De pronto, se encontró sobre el borde mismo del muelle. Le pareció oír una dulce modulación de su nombre. Pero no había más que agua. Agua pesada y sombría, extrañamente acogedora. Más allá, los buques. Más allá, él. Tenía que ir. Rió despacio al comprobarlo y se reprochó el no haberlo pensado antes. Estaba a un paso de su vida. Solo un pequeño paso y se encontraba. Le hubiera gustado irse en aquel buque grande que dormía en la entrada del canal. Sus dormitorios serían de niebla. Lo sabía con toda certeza. Necesitaba ir. Necesitaba ir. Por eso, pensando en su vida, en el buque, en su dormitorio de nieblas, con su corazón invadido por una extraña música de violines, siguió su marcha.

Dos, veinte, cincuenta, cinco, ninguna burbuja más.

Las puertas se habían cerrado y él entraba en la vida.

Lejos, algún barco acentuó su cabeceo.

DESCENSO

Habían sido palabras agrias, definitivas. Lo comprendía muy bien. Quedó largo rato quieta, sin saber qué hacer. Luego, echó a andar por la parte alta de la ladera. Abajo, a lo lejos, la ciudad era una inmensa mole multiforme. La odió sin preguntarse el motivo. Pero sintió que en su corazón el odio había encontrado un cómodo albergue. Le pareció algo tan raro, que no pudo evitar el sentirse algo nueva, distinta. El espectáculo de sí misma la oprimió. Hasta un día antes —sólo 17 horas, recalcó con amargura— era un ser pleno. Ahora, se sentía desintegrada en sus elementos vitales, con su felicidad trunca, sin horizontes, y con aquel huésped ingrato que, para colmo, había recibido hasta con cierta alegría.

Comenzó su lento e indetenible proceso evocativo. —Mira —le había dicho él— ¡y cómo brillaban sus dulces ojos negros! —es inútil que prosigamos esta farsa. No te amo. Lo he intentado con toda mi alma, pero no he podido. ¿Para qué continuar?

A medida que él hablaba, sentía que se le oprimía el corazón y que algo sordo, pesado, la iba inundando de desesperación. No encontró qué decir. Se agitó tumultuosamente, quiso hacer algo, pero todo fué en vano. En ella, todo convergía en una realidad substancial y definitiva. Su amor. Con ese contenido lo recibía todo y, a través de él, todo lo daba.

Pero, de pronto, sin comprender cómo, se encontraba con sus dos manos llenas de ternura inútil, sin saber donde ponerlas y con todo su amor gritando al viento su gritos de desesperanza.

¡Con qué amarga dulzura se aferró al pasado! Recordó los mil recuerdos del amor trunco. Rió al pensarlo. Más de una vez, leyendo tontas novelas, había pensado en esos seres pobres, incapaces de comprender la vida más allá de su amor. Y ella lo era. Así, fría, escuetamente, ella lo era. Porque estaba sumida en su amargura sin control, porque se había cerrado a la vida para abrirse al odio estéril, porque algo se había roto y, demasiado acostumbrada a la felicidad de sentirse amada, no sabía cómo reponerlo. Todos sus contenidos afloraban ansiosos y se encontraban sin calor, desnudos, obligados al retorno.

Algo punzante, desoladamente triste, la impulsó a llorar. Se sentó en el borde de la ladera y lloró. A través de sus ojos azules —llenos de lluvia— la ciudad, porque la estaba mirando, parecía

un divertido y absurdo juego de niños. Cerca, alguien silbó. Miró y vió a un muchacho, feliz en su bicicleta nueva, con el cabello rubio bailando al viento.

Y un nuevo contenido, denso de evocaciones, se hizo presente en su espíritu. Su niño. Ese niño suyo y de él, que ya no sería. Pensó en sus grandes ojos —negros o verdes o azules, ¡qué importaba con tal de que fuesen!— y en su piel lisa como un durazno maduro. Le había parecido, siempre, que nacería así, que nunca habría de crecer. Los cuatro años eran su mundo. Lo vestía, lo desnudaba, lo llevaba a pasear, jugaba con él, lo quería, lo quería...

Acunó estas palabras y las estrechó contra su pecho. Luego las besó y las arrojó lejos. Pero el niño seguía dentro.

Cayó en una especie de sopor. Siguió caminando mecánicamente un largo trecho. La ciudad estaba cada más cerca y, al verla, todo su odio se puso de pie. Se sentó nuevamente y miró. Era la triste hora indefinible del crepúsculo. Algo vago, angustioso, lo envolvía todo. El viento hacía danzar dislocadamente al humo de las chimeneas. Lejos, un pájaro dijo algo.

El engranaje de sus recuerdos —momentáneamente detenido— retomó su hilo.

Comprendió que sufría. ¿Era esto perder al hombre que se ama? Porque lo que ella sentía era un deseo inmenso de darse. Pero no tenía a quien. Antes, a él. ¿Y ahora? El interrogante quedó flotando suavemente. Y ahora, ¿qué haría de su vida? Sus amigas le dirían que no fuese tonta. Había muchos hombres para amar. Como él, pensó automáticamente, ninguno. Otras le aconsejarían ser menos egoísta. Era demasiado grande el dolor del mundo para vivir el propio. Todo lo comprendía. Pero su sensibilidad no atendía a razonamientos. Sufría.

Su imaginación, nube arrojada al viento, se complacía en martirizarla.

—¿Sabes? —se imaginaba que era Margarita quien hablaba con alguien—. Juan ha roto con Irene.

Y comenzaría la ronda. Los comentarios durarían un tiempo. Luego, lentamente, todo volvería a su ritmo primitivo. Todo, menos su amor.

Siempre debía enfrentarse con este absoluto. Trató de comprenderlo una vez más y sólo logró crearse una serie de absurdos.

No había más que una síntesis. En su vida existía ya un pasado. Y ese pasado acababa de nacer. Ahora, él "era". Era. Así. En tiempo ido. No había otra alternativa. Intentó rebelarse pero no encontró fuerzas. Luego, ¿todo estaba en el pasado? ¿Se cierra tan pronto una vida? Un frío indecible entró en su alma. Había muerto una hermosa primavera y debía adaptarse a ello. Adaptarse con todo su ser. Con su inteligencia oscurecida, con su sensibilidad trunca, con su amor sin objeto. Adaptarse. Le pareció bien, necesario. Pero lo sintió como una deslealtad para su amor. Y esa deslealtad —lo comprendió con inmensa amargura— le era precisa para vivir. Con un esfuerzo decidido, trató de ubicarse en esa actitud mental. Quiso despreocuparse, reposar.

En ese mismo instante, algo la golpeó en la espalda. Se volvió vivamente. Sobre el césped, una pelota, pequeña y fresca. Y un mundo rubio que se precipitaba a su encuentro, corriendo gozoso y dando pequeños gritos de alegría. Sólo podía tener cuatro años. La miró con sus ojos rientes y ella vió que tenían todos los colores —verdes o negros o azules, ¡qué importaba con tal de que fuesen!— y que la miraban con felicidad. La nodriza se acercó corriendo, le reprendió y se lo llevó. Los vió alejarse, alta y gruesa ella, pequeña morbidez maravillosa él, intentando resistirse y tratando de escapar, a tiempo que expresaba su descontento con gritos agudos, interrumpidos de tanto en tanto por el cansancio de la lucha.

Entonces, sólo entonces, comprendió que algo muerto vivía en su vida. Un miedo espantoso invadió sus huesos y su sangre. Sintió la necesidad de huir, de todos y de sí misma. Y echó a correr desesperadamente, ladera abajo, hacia la ciudad, donde la bruma ya entraba.

Así, corriendo, siempre corriendo, huyendo siempre de su muerte viva, ella también entró en la ciudad.

Hasta que la bruma la absorbió.

PABLO PALANT.

ROMANCE DE LAS MADRES

... VA la rueda de esperanza
por laberintos del tiempo...

La impulsan las dadivosas
del amor-renunciamento.

Son las madres que aposentan
en el hijo sus anhelos.

¡Claror de lumbre en las manos
para caricia y sosiego!

¡Temblor que riza los labios
para besar al pequeño!

¡Soles de aurora en el alma
para en cariño verterlos!

Todas tienen en el rostro
la misma gloria del cielo.

Todas muestran florecidos
de suavidad los cabellos.

¿Quién les puso en la sonrisa
idealizado reflejo?

¿Por qué la voz es arrullo
para el hijo que mecieron?

¿Dónde encuentra la mirada
tan inefable contento
que se dijera uno solo
el corazón del cortejo?

En ovillo palpitante
que madejan los deseos,
copón de la vida fresca
niño que trajo el silencio.
Oprime el gozo la tierra,
caramillo finge el viento,
el sol desposa las flores
y la noche es un espejo,
cuando sonríe el infante
o se duerme placentero.
¿Cómo no dar a las madres
celestial deslumbramiento?
Una ha pasado que lleva
al hijo contra su pecho,
estremecida, gloriosa
de ternura y de embeleso.
¡Toda la fiesta del mundo
apretujada en el seno!
Las estrellas no latían
igual en el firmamento
que su amor sobre la carne
recogida para el beso.
—Dadme, Señor, la ventura
para el hijo de mi sueño,
habló medio temblorosa,
desnudando el pensamiento.
—Yo quisiera que los años
interrumpieran el vuelo,
exclamó la que seguía
tras el destino perplejo.
¡Palabras de los amores
como cálices abiertos
en la cuna que descubre

su milagroso secreto!
El minuto que se escapa
se las llevó con su ruego,
y trajo la que está en vísperas
del carnal advenimiento.
Leyendas en las pupilas,
arrebol en los ensueños,
el palpar suspendido
del bienhadado misterio.
¡La ilusión como madrina
del nacido primigenio!
Después siguieron las otras
que ven al hijo creciendo,
y también las que repiten
desvelares con el nieto.
Caravanas de mujeres
desabrochando los rezos
y las voces alhajadas
para cántico materno.
¡Pasionarias de la vida,
hilanderas de universo!
El existir para un hijo
y su dicha de trofeo.
... Remontando la esperanza
por laberintos del tiempo...

MARÍA TERESA OROSCO.

ESCRITORES VIEJOS DE ESPAÑA

VER para creer, como dice el adagio. Jamás hubiese imaginado que la realidad se marcara tan nítidamente ante mis ojos de viajero de España. Aquellos escritores jóvenes, o medianamente jóvenes, que habíamos vivido una existencia de reflejo, admirando y siguiendo a figuras que hasta ayer no más, las creíamos dentro de la periferia de la fama; que tendríamos que encontrarlas enteradas en vida, en ocasiones por el olvido total de su obra y otras por la revolución y la guerra desencadenada en estas hidalgas tierras...

Muchas personas, como el que esto escribe, han tenido y tienen sus afectos literarios. Entre esas pasiones del cerebro, la literatura española y sus hombres, llegaban a conseguir sus afectos más puros, debido principalmente a ser factores esenciales la sangre y encontrar en los recobecos del corazón, pasiones idénticas, gustos afines, tradiciones inolvidables.

Soñaba uno con la tierra natal, como algo grandioso, donde todo resplandecía, siendo en vano las prédicas libertarias que uno anotaba sobre la patria del mundo, repleto de lecturas individualistas; pero que apenas si lograban aminorar la euforia de lo racial, que se enseñoreaba de todas nuestras determinaciones subconscientes...

Al llegar a la tierra prometida, lo primero que se nota es la diversidad de emociones, lo distinto del clima y del ambiente, la forma individual de los caracteres, las comidas, los gustos estéticos, el habla, el ropaje; todo tan distinto a ese sueño de treinta años atrás.

Recorre uno los lugares de su niñez y adolescencia, encontrando apenas un motivo evocador que no esté cambiado de su

base añorada y que en torno de él exista otra leyenda más contemporánea, anulando el suceso clásico, por uno vivido o soñado.

Inquiere entre los restos de familiares, sobre la vida y la acción de los que fuimos de una misma edad y se repite la extraña historia que uno no podido vivir, porque las grandes distancias surcadas por los emigrantes, verdaderos argonautas de la civilización, fueron amortiguando las fechas, las edades, los pueblos; rodeándolo todo de una aureola persistente, que sólo vivió en perenne quietud en las vigilias añoradoras.



Ya está en España, y luego de las visitas familiares, para aquietar el recuerdo romántico, traspone grandes cerros y distancias, llega a las ciudades que fueron amoroso recuerdo, faro de pasiones y de gustos soñados, a fin de empaparse de la vida y milagros de los hombres que amó, a través de sus libros.

Lo primero que encuentra es la ciudad convulsionada. La revolución, con su aire provocador y destructivo, había alterado la meridiana luz de la atmósfera intelectual madrileña.

Una sorda agitación dominaba todo, el hombre se había desprendido de su apacible gesto ciudadano y con la mirada dura que el semblante toma cuando se empuñan armas de guerra, determinan en la calle, en las aceras, con las mismas violencias autoritarias que en una trinchera frente al enemigo.

¡Oh, Madrid de agosto de 1936! No sabe uno dónde meterse. Los cafés, antes tan acogedores, con tanta vida íntima, con ese ambiente de tertulia casera, apenas si eran ya un conglomerado de gentes extrañas, atronadoras, que invadían la serenidad filosófica de los viejos camareros. En los cafés de Levante y Correos, de la Puerta del Sol, apenas si se podía encontrar asiento. Se busca con ansiedad un rostro conocido divulgado por los fotograbados de la prensa y las revistas populares, rostros, naturalmente, de juventud, retratos conocidos de los primeros éxitos; pero, ni remotamente da con alguno de ellos.

Al fin se logra con la gentileza de un amigo la orientación en esta clave de la vida madrileña, pero no se da una exacta cuenta de que en Madrid, como en cualquiera gran ciudad de España, ya los hombres de ayer apenas si vivían otra vida que la de sus hote-

litos o pisos confortables o modestísimos, manteniéndose de las piltrafas de un pasado literario, que todavía en ultramar lograba determinados reflejos...

Bien es cierto que los trágicos acontecimientos acaecidos han llevado en una forma violenta a estas figuras a la sepultura del olvido, que es mucho peor —para un escritor—, que la de la misma madre tierra.

¡Felices aquellos que en un momento oportuno traspusieron la frontera, y en tierras de América tratan, todavía, de hacer vivir una obra muerta!

Según he podido ir captando entre los elementos tratados, muchos por cierto, sobre la vida de esos escritores, que sin ser primeras figuras, todavía tenían un cierto aliciente entre los lectores de la clase media, las informaciones recogidas, no pudieron ser peores.

Sí, personas que año tras año editaban sus libros, sus novelas, sus versos, sus ensayitos, sólo hacían tiradas reducidas, no superiores a dos mil ejemplares, que de inmediato eran remitidas por intermedio de las agencias o los representantes, a todas las librerías americanas. Se ha dado el caso en las librerías de Madrid, Valencia y Barcelona, de no encontrarse ejemplares de libros impresos en los años del 1934 al 1936. ¡Y, cosa curiosísima, de las ediciones de escritores jóvenes —rechazadas por los corresponsales de ultramar—, como Altolaguirre, Bergamín, Prados, Arauz, Arredondo, Cernuda, Arconada, Abril y Sender, encontrar obras en cantidades, siendo tan escasas en América!

Quiere ello decir que esos autores, populares en todos los continentes, como Marquina, José Francés, Martínez Sierra, Hernández Catá, Insúa, González Blanco, Cansinos Assens, Villaespesa, Aguilar Catena, Ricardo León, Salaverría, Carrere, Gómez de la Serna, Répide, de Castro, Ramírez Angel, Guardiola, Camín y muchísimos más, hacían —de acuerdo con las empresas editoriales y agencias exportadoras—, ediciones pequeñas, destinadas tan sólo al público de las Américas...

Pero lo que es una realidad firme, categórica, es que esos autores, o por lo menos la mayoría de ellos, hacía ya muchísimo tiempo que estaban muertos para el público español...

Me decía en Madrid el pasado mes de noviembre, el editor Fernando Calleja, que a él le habían ofrecido muchos escritores de

cierto renombre, asegurando que en todo el continente americano se venderían grandes cantidades, las ediciones de sus obras completas, con las cuales ganaría más dinero, le decían, que con esos libros tan diversos y extraños de las ediciones de "La Nave".

Lo mismo me repitió el editor Monturiol, de las ediciones "Apolo", de Barcelona, pero que felizmente ninguno de ellos picó el anzuelo.

Les aseguré yo que, en parte, algo de razón tenían esos escritores, pero que lentamente, con toda felicidad, se estaba ya creando en *las* Américas una industria de altos vuelos, a fin de poder intensificar en grande la producción de los valores americanos, y que también el público pronto se adaptaría a su propia literatura, pues los viejos escritores hispánicos llegaban ya con sus manidas exposiciones de temas agotadísimos, completamente exóticos para la España actual, viviendo esas almas cándidas una vida literaria y social, muy ajena a la idiosincrasia del pueblo español.

El escritor viejo llevaba existencia muy mediocre. Se desprendía de los pocos miles de ejemplares de obras escritas tan sólo para la exportación, a fin de mantener el ilusionado recuerdo de viejas democracias emigratorias, y como aliciente a un pasado, buscaban en esas relaciones literarias, el recuerdo de la vida pasada en los años mociles...

Grande ha sido también el asombro en los lectores de periódicos, al enterarse del fallecimiento del escritor tal, pues estaban en la creencia de que ya hacía largo tiempo había muerto, a pesar de seguir publicando libros, que casi nada circulaban en la península.

Claro que los acontecimientos revolucionarios, la guerra desencadenada, todo ello apresuró más rápidamente la descomposición del viejo escritor español, que todavía tenía lectores en América.

A muchos de estos escritores, conocidos a través de sus obras y la propaganda que unos y otros se hacían por intermedio de la prensa, he podido verlos, y hablar con ellos, en los lugares donde estaban refugiados, al tomar la capital de España tan penosa transcendencia. Recuerdo haber encontrado a seres muy viejos enfermísimos, que parecían realmente que habían salido de sus tumbas.

De pronto, esa fama se les ha terminado y se encuentran en completo alejamiento del pueblo que antes les había rendido pleitesía.

¿Qué harán ahora? Escribir, imposible. Las editoriales actuales, las pocas que quedaron en pie, sólo editan propaganda de guerra, alguna que otra obra literaria, pero enteramente ajena a la estilística de ellos. La novela, el cuento, la poesía, contienen en la actualidad algo muy distinto a la capacidad de esos pobres imagineros. Literatura de parapeto, pero para eso se requiere tener buenos pies firmes, la mirada amplia, el gesto bonachón, y saber, más que todo, convivir con los soldados, gente medio bárbara, despreocupada y poco respetuosa con las glorias literarias...

El único —¡rara avis!— es Eduardo Zamacois, que desde el comienzo de la revolución se calzó las botas, se puso una zamarra, empuñó la pistola, por si las moscas... y marchó a los frentes a vivir una nueva novela, plena de verdad y de sangre. Es, después de todo, un espíritu consecuente con su prédica y con su estilística de novelista buceador. Realmente, siempre ha sido un disconforme trotamundos con alma de bohemio, que ha preferido la casa al aire libre, al cómodo gabinete de los novelistas de su generación. Alegre, alto, optimista, siempre juvenil, a pesar de su cabellera blanca, frente tersa, con unos ojos alegres, retozones, que alejan la maldad, tan común en los hombres de letras...

¡Los otros, los otros pobres viejos, arrinconados, temerosos, viviendo la tragedia espantosa de una nueva vida, a la cual jamás imaginaron conformar sus ambiciones! ¡Ya no podrán escribir esas novelas cursilonas, de majas y toreros, hampones y marqueses, caudillos y niñas cloróticas de la rancia nobleza; montañas de lugares comunes, clásicos paisajes de tarjetas postales, reseñando una España antigua, gozo y deleite de unos españoles o escritorzuelos de novelas cortas, que existían —y existen— en América, desde los tiempos de Isabel II y Emilio Castelar...

¿Qué harán ahora, si no se mueren a tiempo? ¿Podrán continuar su farsa de escritores de fama, con un asunto, un tema manoseado por los unos y los otros, para exposición en los escaparates de los libreros americanos?

Lo dudo. También en el Nuevo Mundo dejaron de chuparse el dedo. Una generación de escritores jóvenes, donde los novelistas brillan con propia luz, pulsan las pasiones de esas multitudes modernas, y es difícil que recurran a los viejos moldes de la literatura barata españolista.

Ni El Caballero Audaz, Muñoz Seca, Aguilar Catena, Paco Villaespesa, Vargas Vila, Eduardo Marquina, Gregorio Martínez Sierra, Fernández Flores, José María Pemán, Fernando Mora, Díez de Tejada, José María de Acosta, Gómez de la Mata, Francisco Camba y tantos otros que tenían repletas las estanterías de los depósitos de libros, en las agencias americanas...

Casi ninguno de esa generación y de ese estilo podrá nuevamente escribir, con los ojos y bolsillo puestos en los papanatas de allende el mar... Esos mismos que se radicaron en tierras de América, en ese ambiente de sus éxitos económicos, podrán crear más ficciones impunemente, cobrando sus buenos pesos, porque a esos escritores la revolución española los ha aniquilado, a pesar de estar con vida, muchos de ellos.



Los acontecimientos de julio de 1936 dieron en tierra con más de un baluarte. La revolución que los militares imaginaron sofocar en unos días, se fué alargando meses y años. Los depósitos bancarios intervenidos por el gobierno, la vida carísima, los bombardeos en ciudades y pueblos, el traslado de un lugar para el otro, fué poco a poco desnordeando la vida del escritor sedentario, que sin plan ni visión nueva se encerraba en su biblioteca, tomando a la ventura un asunto cualquiera a fin de llenar las cuartillas reglamentarias, para las trescientas y pico de páginas...

Ahora, sin comodidad, sin cuartillas —el papel está bastante escaso—, el pobre novelista español tiene que sentarse en una plaza, ponerse en las "colas" para el avituallamiento, fumarse un pitillo abominable cuando lo encuentra y vivir su triste gloria de ayer, entre desconocidos... ¡Son los vivos muertos, los que no supieron morir en su hora, como Joaquín Belda, por ejemplo, y que arrastran su fama de cuarenta y tantos volúmenes, que de vez en cuando encontramos en las mesas de las Ramblas o en los sótanos del Barrio Gótico, de Barcelona.

Otros, los más despiertos, los que tenían relaciones o audacia, se metieron en los sindicatos obreros y lograron un puesto en las oficinas de propaganda, donde siguen el lento proceso de la guerra.

Algunos, como el poeta Pedro Ignacio Gálvez, se enrolaron a tiempo en las milicias y ostentan galones y cicatrices en sus acansinados cuerpos. Pero el resto de esa enorme cantidad de es-

critores españoles que llenaban los escaparates de las librerías de América con sus "novedades literarias", desaparecieron categóricamente del escenario intelectual, de una vez para siempre, a pesar de que muchos de ellos, sigan todavía con vida, en el viejo y en el nuevo continente.

Nada digamos de firmas prestigiosas como Pío Baroja, "Azorín", Pérez de Ayala, Gregorio Marañón y J. Ortega y Gasset, porque ya todo el mundo sabe sus posiciones y sus andanzas en esta hora única de la historia moderna de España.

El resto —¿para qué nombrarlos?—, acoplados en los ministerios o cancillerías, en Consejos o Juntas, a fin de no perder el "contacto" oficial, a cuya sombra puede decirse que casi siempre vivieron.

Antonio Machado, viejo y enfermo, recluso en un hotelito de Valencia, trabajando, a pesar de todo, con fé admirable, confiando en el destino y la justicia de una noble causa. Jacinto Benavente, andariego, chispeante siempre, en torno a la "peña" amiga, entre rueda de jóvenes uniformados, derrochando la ática sal hispana, como en sus mejores tiempos. Los hermanos Quintero, después de vivir largo tiempo en Valencia, se trasladaron a Madrid, por encontrarse Serafín enfermo de gravedad, adonde falleció, dejando solo a su hermano Joaquín, amigo y colaborador, tanto como hermano, roto ya definitivamente el ciclo de la gracia andaluza...

José Iribarne, el crítico de arte tan temido en *El Imparcial* y *Política*, evacuado en un pueblecito de la provincia de Almería (Pechina), enfermo, pobre, lanzando anatemas contra "nacionalistas" y "rojos" que lo sacaron de su centro, donde era tan agradable ser respetado y temido...

¡Pobres escritores españoles, vosotros que habíais nacido en el pasado siglo en las postrimerías de la Guerra Carlista y las revoluciones de los españoles y políticos ambiciosos y mesiánicos, habéis podido —algunos—, ver que la historia se repite, pero que otros serán los que relaten la actual tragedia del pueblo español.

Pero, después de todo, habéis llenado una fecha y también matado el tedio provinciano de tanta mocita sentimental de las maniguas y de las pampas, con esas historias de caramelo, entre mate y mate...

BRAULIO SÁNCHEZ-SÁEZ.

EXPOSICION DEL LIBRO ARGENTINO EN ITALIA

Los diarios italianos han dado un relieve excepcional a la Primera Exposición del Libro Argentino, inaugurada en los salones del Centro Italiano de Estudios Americanos, de Roma, por Antonio Aita en nombre de la Comisión Nacional de Cooperación Intelectual. Conozco las costumbres periodísticas de mi país, y sé medir, por el tono de sus noticias y comentarios, el valor que se da a un acontecimiento; y puedo decir que se ha hecho todo lo posible para dar a la Exposición un relieve de primer plano, dejándola consignada en anales más duraderos que los de la crónica diaria. Se han ocupado de ella no solamente los diarios de Roma, sino todos los de Italia, desde los grandes diarios de Milán, Turín, Nápoles, etc., hasta los menores diarios de provincias, enviando a menudo, además de los cronistas, a sus redactores bibliográficos, literarios y artísticos para examinar de cerca los libros, las ediciones, las ilustraciones, el contenido; en resumen, para medir el volumen y probar la clase de una actividad que refleja una nueva cultura, un nuevo mundo espiritual. Y fué una coincidencia feliz el hecho de que la Exposición se inaugurara el 12 de octubre, porque esta vez, en Roma, se ha podido conmemorar el descubrimiento de América con el descubrimiento de la Argentina intelectual.

Dos razones han determinado tan vivo interés periodístico: la decidida, calurosa atención de las esferas oficiales italianas; y el interés efectivo de la Exposición, pues aquí nadie sabía que en la Argentina se publicara tanto, y en forma tan decorosa.

El apoyo oficial ha sido tan manifiesto, eficaz y amistoso, que muchos han debido asombrarse. Aquí estamos en terreno político.

Yo he recogido ecos de ese asombro —muy grato, por cierto— en los ambientes de la misma Embajada Argentina. Alguien había temido que ciertas cuestiones económicas planteadas entre Italia y Argentina, y por cuya solución se trabaja, pudieran haber sido causa de una cierta reserva de parte italiana hacia la Exposición; y debo decir que en los primeros días de su llegada Aita abrigó alguna inquietud, explicable por su condición de responsable de la Muestra. Para más, llegaba él con sus pacíficos cajones de libros y su embajada de espíritu, cuando en Europa parecía que iba a desencadenarse inevitablemente la guerra. Otro se habría impresionado más que él, y quizás acobardado. Su gran fe y su temperamento activo triunfaron. Se tapó los ojos ante las perspectivas desastrosas; y fué una suerte, porque el destino lo premió: lo premió dos veces. Una, de inmediato, en cuanto inició la serie de sus entrevistas. Colegas y amigos italianos lo recibieron con los brazos abiertos. Altos funcionarios, Ministros, lo recibieron como a un embajador gratisimo, y le hicieron comprender de mil maneras que la celebración de la Muestra era una buena oportunidad para provocar una corriente de cordial inteligencia, favorable al recíproco deseo de buen acuerdo aún en otros órdenes de intereses. No se trataba de palabras, sino de una seria y convencida línea de conducta: y se vió en los hechos: movilización general de la prensa, participación oficial en la inauguración de la Exposición, detenidas visitas de Ministros a la misma —y no visitas de mera formalidad: yo he sido testigo, por ejemplo, del interés de entendedor demostrado por el Ministro de Educación Nacional, Bottai. En cuanto al Ministerio que tenía mayor atinencia con la Exposición —el de Cultura Popular— la trató con el calor con que hubiera tratado una iniciativa propia. En resumen, para no insistir mucho sobre este punto, diremos —y con buen conocimiento de causa— que la realización de la Muestra y las gestiones de Aita constituyen un factor que puede favorecer las relaciones diplomáticas generales entre Italia y Argentina. Entre tanto —como milagro de último momento— también se disipó el peligro de guerra europea: y éste fué el segundo y mayor premio a la fe de Aita. La paz consolidada dió el ambiente para la mejor comprensión de la Muestra y de las iniciativas que seguramente derivarán de ella, porque, por más éxito que la Exposición haya tenido, si no produce consecuencias positivas, no dejará de ser un hecho aislado. La ple-

nitud de su significado consiste en que sea realmente un punto de partida. Esta presentación de la Argentina intelectual ha de traducirse en un conocimiento efectivo, en una relación cultivada. De lo contrario, no valía la pena de hacerla. En este campo es donde el espíritu constructivo de Aita podrá realizar lo mejor, y yo tengo fe en que lo hará, y la seguridad de que las circunstancias son particularmente favorables para ello. Se trata de iniciar algo que, en rigor de verdad y salvo manifestaciones esporádicas o parciales, aún no existe: un verdadero intercambio intelectual entre Italia y Argentina.

Con las esferas oficiales italianas competentes, Aita ha hablado, por ejemplo, de organizar una Exposición de Arte Clásico Italiano en Buenos Aires, como las famosas que se hicieron en París y en Londres. Fácil imaginar lo que eso significaría. Exponer las manifestaciones del arte italiano, desde los primitivos hasta el siglo pasado, significaría polarizar la atención del mundo cultural y artístico en Buenos Aires, y el acontecimiento tendría ciertamente repercusiones continentales. Considerando la distancia y los riesgos del transporte, las dificultades son grandes. Pero Italia mira la cosa con gran interés, y es positivo que la iniciativa camina.

Amistosa réplica de la Exposición Argentina de Roma, será, muy probablemente, una próxima Exposición del Libro Italiano en Buenos Aires. Y asimismo la reciente fundación de un Centro de Estudios Italiano en Buenos Aires, y la visita de escritores calificados, que no dejarán de ocuparse de la realidad y de la espiritualidad argentinas: es decir, de crear en Italia algo que aún no existe: un vasto interés humano y cultural hacia la Argentina. Sobre este punto, ya hay precedentes muy halagüeños, que se pusieron mayormente de manifiesto en ocasión de la Exposición, y que Aita ha podido apreciar, por ejemplo, en la acogida que el elemento intelectual italiano le ha hecho. Lo que Bontempelli y Puccini han escrito sobre la Argentina no es cosa que pase inobservada. Las conferencias que estos dos escritores pronunciaron en la Exposición —Bontempelli sobre “La pampa y la cuadra”; Puccini sobre “Epica y lírica en la atmósfera argentina”— son dos interpretaciones serias, sin nada de piezas de ocasión.

Por otra parte, Aita ya concretó con una de las mayores casas editoras de Italia (Mondadori) la publicación de una colección de

libros argentinos, traducidos y presentados por escritores italianos de renombre y conocedores del castellano argentino. Las tres primeras obras que aparecerán son: el *Don Segundo Sombra*, una novela de Lynch y una colección de cuentos de autores diversos.

Durante la Exposición, fueron muchas las personas que pidieron noticias acerca de libros, o que deseaban comprarlos. Esto ha inducido a Aita a combinar con algunas grandes librerías de Roma y de otras ciudades para que reciban libros argentinos y los expongan y vendan. Intercambio directo de libros: he aquí la verdadera prueba de una vinculación intelectual positiva. Y no se ha de olvidar tampoco que buena parte de los libros que figuraron en la Exposición, quedarán en el Centro Italiano de Estudios Americanos; de este modo habrá en Roma una biblioteca argentina, que los estudiosos podrán frecuentar.

Esta crónica no sería completa si no entráramos ahora en un campo más personal. Ha habido un éxito de la Exposición y un éxito de Aita, un éxito personal, de hombre y de escritor. *Quadrivio*, *Meridiano di Roma*, *Circoli*, se ocuparon de las obras de Aita y publicaron páginas suyas. Puccini presentó un ensayo de Aita sobre la novela, que se ha publicado en un periódico literario y ahora *Novissima* reproduce en un pequeño volumen de lujo. La conferencia de Aita en el Teatro de las Artes (*Perfil de la literatura argentina*) tuvo un nutrido público de intelectuales. Los mejores nombres de la literatura italiana, desde Gentile a Papini, desde Bontempelli a Alvaro, desde Marinetti a Puccini, desde Govoni a Bellonci, Frateili, etc., le atestiguaron cordialidad y camaradería. Papini vino a Roma para visitar la Exposición, y después escribió a Aita una carta entusiasta que es un documento. Mucho debe el éxito de la Exposición a las vinculaciones y a la simpatía personales de Aita. La intelectualidad argentina le debe este reconocimiento.

ATILIO DABINI.

Roma, octubre de 1938.

Posteriormente, el 21 de noviembre, fué inaugurada la misma muestra, que reunió alrededor de unos 2.000 volúmenes elegidos entre los más característicos de las ediciones argentinas, en la sala Montreuil, de la Biblioteca Nacional de París, ofrecida por el di-

rector de ésta, M. Julien Cain. El discurso con que la inauguró Paul Valéry es conocido de los lectores argentinos, porque fué transmitido a Buenos Aires. La exposición fué todo un éxito, y mereció elogiosos comentarios de la prensa francesa. Los libros han sido donados a la Biblioteca Nacional de París. — N. de R.

TEATRO COLON Y TEATRO NACIONAL DE COMEDIAS

CRITERIO SOUTHAMERICANO Y CRITERIO EUROPEO

EN nuestra tierra es un axioma que el Estado carece de capacidad para regentear instituciones de arte, cuando lo que acontece es que —perdón por la perogrullada— dicha inhibición existe únicamente si los directores y colaboradores y quienes los sostienen y nombran, no poseen conocimientos, ética, moral y sentido de las responsabilidades de sus deberes y de sus cargos.

La aparcería, la tolerancia, la oculta simpatía o la indiferencia frente a todo lo que perjudica al país alcanza, entre nosotros, a límites inconcebibles para un europeo. Proclamad, ante cien personas influyentes, la inmoralidad o la incompetencia de un funcionario cualquiera y noventa y nueve contestarán: “Tiene Vd. razón, pero es tan simpático, su esposa o su amante tan linda, tan amable con la gente...” *Circunstancias atenuantes* éstas que mantendrán para siempre en su cargo a ese individuo pasible de inmediata exoneración... En cambio, exaltad las virtudes de un hombre de bien, del que lleva a la culminación y al máximo beneficio para la sociedad, la tarea que realiza, y cada una de esas noventa y nueve personas os dirá: “Estamos de acuerdo con Vd., pero es un envenenado —no comulgar con ruedas de molino y querer que las cosas se hagan como Dios manda, otorga en la Argentina patente de tal—, sus corbatas son chillonas, uno de sus parientes es antipático...” y el temible *delincuente* se hallará en situación insostenible.

El régimen municipal del Colón, desde el malhadado día en que se estableció, gira en torno a esa aparcería, a esa carencia de

ética. De ahí su rotundo fracaso y el consabido axioma para justificarlo.

Por suerte dicho axioma se transforma en patraña, frente al funcionamiento del Teatro Nacional de Comedias, por la sencilla razón de que en éste impera un criterio *européo*, impuesto por su director que es español de nacimiento, en tanto que en el Colón reina un criterio *européista*, esencialmente *southamericano*.

En efecto, al fundarse en Europa una institución artística de cualquier índole, se la consagra, ante todo y por todo, (de lo contrario su mantenimiento no tendría justificativo), al servicio del arte propio, de los artistas, del estilo y de la escuela nacionales. En nuestro país, se suele proceder en forma diametralmente opuesta: "puesto que, se piensa, en Alemania, Francia o Italia se hace arte alemán, francés e italiano, aquí debe cultivarse el arte que florece en Berlín, París o Roma."

Un amigo mío, caballero europeo perfectamente culto, que no obstante diez años de residencia en la Argentina, se asombra aún de lo que ve, porque su espíritu no concebirá nunca ciertas cosas, me decía, no ha mucho: "Si el día en que vuelva a mi tierra cuento estos hechos ¿podrá Vd. asombrarse que mis connacionales, al pisar tierra vuestra, busquen los indios con plumas?"

Humildemente tuve que confesar que tenía razón y agregué que, si exteriormente los argentinos no usamos plumas, las llevamos por dentro de la más pura esencia tehuelche, pampa o ranquel; por influencia telúrica más que racial, desde luego, puesto que en Buenos Aires pocos criollos tienen sangre india, pero son indios en su manera de encarar los problemas fundamentales del país, resueltos siempre al revés, en contra de lo que aconseja una mentalidad superiormente civilizada.

Lo que permite a Antonio Cunil Cabanellas realizar obra esencialmente argentina en el Teatro Nacional de Comedias, es la maravillosa mentalidad europea formada en él desde la infancia.

Cuando fué nombrado director hizo lo que, en caso semejante, se hace en el viejo continente: crear, continuar, perfeccionar o estimular, al grado del estado evolutivo del país, la escuela teatral vernácula en los múltiples elementos que le dan carácter, vida y significado para la nacionalidad: autores que escriben obras de ambiente, actores que las interpreten castizamente, de acuerdo con

las modalidades raciales, y escenógrafos que creen la atmósfera plástica requerida.

Para la mentalidad europea del director-fundador, el problema consistía en *adaptar* y no en *trasplantar*, justamente lo contrario de lo que suelen hacer las mentalidades criollas del Colón, que en ocho años de régimen municipal, no sólo casi nada han hecho por argentinizar el teatro —argentinizar en la acepción espiritual del vocablo— sino que han puesto coto a la adaptación que los empresarios extranjeros —¡europeos, al fin!— habían emprendido en contra de los mismos intereses de su país.

Por otra parte, debe confesarse, sin mengua para la labor de Cunil Cabanellas, que esa fecunda labor de argentinización espiritual se viene desolvando naturalmente en la actividad *privada* en los dominios de las letras, el teatro hablado, las artes plásticas y decorativas y la música sinfónica, de cámara, instrumental y vocal. Vaya un ejemplo, al respecto: sobre los 827 conciertos realizados en Buenos Aires durante el año 1938, setecientos estuvieron a cargo de directores, instrumentistas y cantantes locales, pero el 85 por ciento de audiciones que les corresponde cae al 6 por ciento en el Colón: cien por ciento de extranjeros en piano (no hay por qué mencionar la intervención, en conciertos sinfónicos, de dos pianistas nativas), violín y canto, contra 23,23 y 16 en la actividad privada, y 86 por ciento de europeos en las audiciones sinfónicas del Colón, contra la exclusión total de extranjeros de paso por el país, fuera del coliseo municipal.

Ahora establezcamos un sencillo parangón entre el Teatro Nacional de Comedias que, orgullosamente puede ostentar el título de *nacional*, y el teatro Colón, último baluarte del extranjerismo, último y vigoroso cordón umbilical que une a su país de origen a ciertas colectividades europeas que, sin él, perderían, casi, todo contacto espiritual con su tierra.

Los actores y actrices, en el primero, son argentinos por su escuela, su acento, su psicología y su carácter... Desde luego, no es posible hoy que todos los cantantes del Colón sean nativos, pero es exigible que ellos no canten el castellano en *cocoliche*, como es habitual, y que su juego escénico no recuerde, en más de un caso, al tradicional Sardetti de *Juan Moreira*. La creación de una escuela lírica propia, *en el concepto europeo*, se impone ya en un país que

en menos de cuarto de siglo estrenó cuarenta y siete óperas de dieciocho compositores; escuela que, lo repetimos, debe abarcar: la castiza pronunciación de nuestro idioma, el estilo de nuestra música y gestos y actitudes que correspondan a nuestras modalidades.

Descartadas dos obras europeas —*La discreta enamorada* de Lope de Vega, pero con música de un argentino Juan F. Giacobbe y *Cyrano de Bergerac*, en versión castellana, claro es—, el repertorio del Teatro Nacional de Comedias es argentino, habiéndose iniciado en él cuatro autores noveles: Rega Molina con *La posada del león*, Juan Zocchi, con el mencionado Giacobbe como colaborador musical, con *Martín Vega*; García Villar con *Infierno cerca del cielo* y Malena Sandor con *La mujer libre*, combatiendo así el teatro la o las camarallas que cierran el paso a los jóvenes... Tampoco pretendemos que en el Colón se representen únicamente óperas argentinas, lo que sería ridículo, pero sí que esas obras suban a escena dignamente montadas; que, conforme en los buenos tiempos del empresario se exigían dos estrenos por temporada, ese número no se reduzca a cero como en 1938, en que únicamente subió a escena *Petronio* de Gaito, en italiano, estrenada más de veinte años hace; que no se prefiera a un medianísimo extranjero nacionalizado, que sigue siendo extranjero musicalmente, sexagenario de quien nada puede esperarse, a un nativo novel: Alberto E. Ginastera, cuyo baile *Panambí* (1), escrito a la edad de 21 años, es infinitamente superior a *Judith* e inicia una carrera que el Colón estaba en el deber de estimular; que al ofrecer en Palermo, por cincuenta centavos, espectáculos operísticos y coreográficos con el concurso de cien profesores de orquesta, otros tantos coristas, más de cuarenta bailarinas y bailarines y cantantes, muchos de los cuales actúan, en invierno, en funciones a 22 pesos la platea, no se haga competencia desleal al Marconi en cuanto a repertorio y presentación general, sino que se adopte el criterio francés o italiano para las funciones al aire libre. Uno, el primero, elige las obras más aptas para el ambiente y las más significativas, como este año en el antiguo Teatro de Orange, en el que se representaron: *La copa encantada* de La Fontaine y Champmeslé, con música *para aire libre* de Darius

(1) *Panambí*, injustamente postergado en la temporada de 1938, fué elegido para este año por el correspondiente jurado.

Milhaud, *Los Troyanos* de Berlioz y *Alceste* de Gluck; otro, que excluye el repertorio extranjero en las numerosísimas temporadas a cielo descubierto... Ciertamente es que este año en Palermo se adopta casi estrictamente el criterio italiano, puesto que descartando *Siripo* de Boero en castellano y *Carmen* en italiano, se ejecutarán: *El Barbero de Sevilla*, *El Trovador*, *Madama Butterfly*, *La Bohème* y *Rigoletto*, en italiano. Ello podrá complacer a Benito Mussolini quien, con toda seguridad, de regir los destinos de la Argentina, habría elegido: *El Matrero*, *La Novia del Hereje*, *La Leyenda del Urutaí*, *Ollantay*, *La Sangre de las guitarras*, *Lázaro*, *La ciudad roja*, *Corimayo*, *Tabaré*, u otras óperas de autores nativos, de acuerdo con su mentalidad europea y su ardiente aspiración de exaltación del arte nacional.

El Teatro Nacional de Comedias pide a todos los escenógrafos argentinos, conocidos o noveles, su colaboración, habiendo respondido a ese llamado: Bernareggi, Bonomi, Butler, Guido, López Naquil y Scotti y excusado por motivos atendibles: Rodolfo Franco... En el Colón, en cambio, actúa únicamente un escenógrafo de notoria medianía, dictador que *veta* a todos sus colegas argentinos (por excepción Alfredo Guido fué tolerado en 1938) convirtiéndose así el coliseo municipal en un Bayreuth escenográfico sin... Wagner.

Que la Comuna invierta cerca de dos millones de pesos en el sostenimiento de un teatro, más del noventa por ciento de lo que cuesta el Teatro Nacional de Comedias y su magnífica labor argentina, para mantener el monopolio de un pésimo escenógrafo, resulta aberrativo. Lo cómico del caso es que el susodicho escenógrafo solicitó, después de siete años de estar en funciones, una *beca* para estudiar en Europa, caso único en los anales escenográficos del mundo; y lo triste es que, en su reemplazo, durante el año a pasar aquel en el extranjero, fué nombrado, para cerrar las puertas a los jóvenes y a los argentinos, un pintor jubilado, quien tomó como colaborador no a algunos de sus antiguos discípulos nativos, sino a un maduro profesor extranjero nacionalizado...

Cunil Cabanellas, que conoce a fondo la coreografía indoamericana y que, debido a su espíritu europeo, está convencido de que es posible crear con los elementos plásticos indígenas y criollos un gran arte coreográfico nuestro, no pudo, debido a que en esta tierra

se considera delito hacer más de lo que está estipulado, iniciar esa obra en el Teatro Nacional de Comedias, obra que realizará algún día... En el Colón, en cambio, después de las finas y elegantes estilizaciones de *gato y zamba* de Boris Romanoff, para *La flor del Irupé* de Gaito, obra que, no obstante su éxito, desapareció del repertorio por razones que es mejor no mencionar y que, siendo en aquel entonces el único baile argentino existente, no fué representado en Lima cuando el cuerpo de baile del teatro visitó la capital del Perú; después de esas estilizaciones liminares de nuestra coreografía artística, repetimos, por incapacidad de los coreógrafos o por *órdenes superiores*, nada se hizo por continuar la fecunda iniciativa de Romanoff.

En el Colón se bailan, más de una vez en caricatura capaz de hacer reír a un muerto, danzas españolas, rusas, húngaras, italianas, holandesas, orientales, inglesas, escandinavas, etc., con prescindencia de las indoamericanas; y es conocida la triste odisea de dos bailarinas que, después de estudiar baile criollo, estilizaron *La Chacarera* y *La Firmeza*, sobre la colorida y sabrosa música de Gilardo Gilardi y con trajes de Enrique de Larrañaga, y que de tres años a esta parte no pudieron conseguir el permiso de estrenarlas. La fuerza oculta, antiargentinista, que, a sabiendas de las autoridades municipales, maneja el Colón, es más fuerte, y en mucho, que los mandatos del deber que tiene el teatro de realizar obra constructivamente argentinista, obra similar para nuestra personalidad colectiva a la que realizan, *sin excepción de ningún género*, todos los teatros líricos oficiales del mundo civilizado para la de su pueblo.

Habría que convenir que si el teatro lírico sólo es agradable pasatiempo, propicio a digestiones laboriosas y al grato cosquilleo que producen al sentido auditivo las voces canoras y las bellas melodías, su misión social resultaría nula, sería simple sucedáneo de los digestivos o placer sensual equivalente a lo que son un perfume y un manjar a otros sentidos físicos: el olfato y el paladar.

Pero no, el arte en cualquiera de sus medios de expresión es algo más elevado y más noble, más trascendente para la nacionalidad; es la actividad más original y más noble de un pueblo, y todo lo que no tienda a encauzar las instituciones artísticas hacia esa finalidad única, las lleva al fracaso, las priva de acción constructiva y duradera.

Son esos problemas subjetivos del arte que los directores generales del Colón deben contemplar y resolver: formación de la originalidad espiritual colectiva, base de toda nacionalidad vigorosa; anulación, en los países cosmopolitas, como lo es el nuestro, de la influencia ancestral exótica en los nativos de reciente data, cuya persistencia se opone a la existencia de cultura propia... Para ello hay que formar el repertorio, no de acuerdo con los gustos auditivos personales sino en concordancia con las exigencias de la nacionalidad y de las escuelas lírica, coreográfica y sinfónicas argentinas, lo único que interesa a la cultura vernácula y al país... ¿Surgirá algún día el hombre capaz de realizar esa obra constructivamente argentinista? Mucho lo dudamos.

GASTÓN O. TALAMÓN.

LETRAS HISPANO - AMERICANAS

EMILIA BERNAL

TRES de sus libros, entre los muchos que ha publicado, nos llegaron hace poco. Y tras ellos su visita. La escala de Buenos Aires faltaba en su "Diario de a bordo" de mujer inquieta y viajera. Ha venido a cumplirla. Para hallarse, una vez más, proyectando la nueva ruta.

Sonetos (selección), *América*, poesías, y *Sentido*, prosas, son los tres libros aludidos. Hay en ellos efervescencia de caminos. Cada página es un paisaje diferente: Interior y exterior. Inútil será buscar la unidad formal. La espiritual es igualmente vaga, huidiza. Hay temas que toman cierto carácter de "leit motiv". De ellos, apenas, puede formarse la fisonomía literaria de Emilia Bernal: el amor, un amor protéico que alcanza toda suerte de gradaciones; en seguida cierta desesperanza, cierto disconformismo sin color preciso, algo desolado; y, tal vez más que nada, el dolor, el pesimismo.

Sonetos constituye una selección hecha de sus libros *Alma Errante*, *Como los pájaros*, *Vida*, *Los nuevos motivos*, *Exaltación*, *Negro*, *Mallorca* (inédito) y *América*. Puede seguirse, entonces, a través de esta selección, la trayectoria de la autora en el mundo de sus creaciones. Hay en *Sonetos*, a los comienzos, una marca post-romántica, de cuando el modernismo aun no dominaba plenamente, y tras ella influencias variadas de autores posteriores, empezando por Rubén Darío. "El Indiferente" es un soneto que no nos dejará mentir. Se abre así:

*Señor Indiferente, figura del Triánón,
que salió bailarín de Watteau en el pincel,
eres, antes que nadie, el Vizconde de Urgel,
frío malabarista de Diana de Aragón.*

Esto por lo que atañe a la expresión que, dicho sea de paso, no se ajusta en algunos momentos a la arquitectura clásica del soneto, guardando únicamente, de ella, el número de versos. Corren los sonetos seleccionados desde 1916 a 1937. Es apreciable la evolución temática y formal. Sin embargo, la hubiéramos querido más precisa y evidente. Hay todavía muchos altibajos en las últimas composiciones de *Sonetos*.

Al lado de "Misterio", que dice así:

*... y el hombre y la mujer se conocieron
con fatal sencillez. En ello había
más que placer, abdicación. Sintieron
que un doliente misterio los unía.
¿Palabras? Ni las hubo. No tuvieron
necesidad de hablar. Si los fundía
la esencia muda. Y se confundieron
en un eterno soplo de armonía.
Después, él se alejó a paso lento,
sin volver la cabeza. Ni un momento
tuvo de duda ni vacilación...
Ella quedó en silencio contemplando
la lejanía. Y aun espera cuando
vuelva, con feliz resignación...*

Encontramos estos dos tercetos de "Madre":

*Madre, te llamo porque a ti reclina
mi mente atormentada la cintura
y de cuitada se transforma en fina
y ágil muchacha que se halaga
de ti, y te ama, y en tu vaso apura
el jugo escaso en que la sed apaga.*

América, sus poesías más recientes, ofrece otros horizontes. Veamos cómo Emilia Bernal desenvuelve su inspiración. Viaja. Desde el Hudson hasta el Mapocho. Acariciando las costas de América. Allí donde le tienta la aventura se detiene. Y trata de extraer del lugar la esencia que lo defina, el rasgo característico. Siempre, claro está, a través de su persona. Es como una confrontación espiritual, la que va haciendo. ¿Descubre? ¿Glosa? En New York fecha "Hierro", 1923.

Aun no estalló el cataclismo financiero de 1929. Broadway vive el sueño magnífico de la *prosperity*. Emilia Bernal canta a la civilización del hierro, al nuevo rey Midas rugiente y envanecido. Adapta al tema y a la época su técnica: renglones de vario tamaño cargados de términos que rezuman la nueva retórica. Enseguida México. El paisaje, el indio. Aquél escasamente sentido. Este, entrevisto, en verso onomatopéyico. Cuba es un tríptico para Emilia Bernal: "Secreto", "Silencio", "Soledad". Variaciones de un idéntico tema: amor. Lo mismo allí que en otro lugar cualquiera. A la isla tropical, una sensibilidad, la romántica, la definía como amparadora inevitable, como Celestina florecida. Ahora tiene un nuevo eco: ingenio, cañaveral. ¡Retóricas! Y así, con variaciones métricas que quieren recoger en sí algo de la geografía física y humana del paisaje, va sucediéndose *América*: Leyendas y evocaciones indias —tan ausentes de nosotros y que, sin embargo, la tendenciosidad política quiere entroncar a la fuerza en el espíritu de Hispano-América—, reconstrucciones en verso de lecturas; algunas situaciones subjetivas. En éstas, evidentemente, se halla lo mejor de la capacidad poética de Emilia Bernal. Las poetisas de Hispano-América, siguen todavía, salvo excepciones escasas, uncidas al tema único que las absorbe: el amor. "Tímida" ejemplifica nuestra opinión. Hay en sus estrofas una calidez de sentimiento y emoción logrados felizmente.

En *Sentido*, prosas fragmentarias, que tienen de diario íntimo y de meditación poética o filosófica, encontramos densidad de pensamiento, lenguaje más sobrio, —salvo pequeñas detonancias reflejo de modas o ambientes— y, en general, nivel literario más elevado. Revela este libro la conformación espiritual de su autora en forma plena de evidencias: "Mi mundo está, dice, donde las formas absurdas de lo limitado se rompieron." Define así ese estado de semiinconsciencia, de subconsciente, mejor, en que escribe. Desnuda su pensamiento de literatura para vestirlo de sinceridad. Y esto siempre es interesante, si ese desvestirse y vestirse no encierra un estado de narcisismo agudo que todo lo refiere a sí. Tal estado existe en realidad, aunque no tiene caracteres exagerados. Hállase en el justo límite y de él surge el interés de *Sentido*.

Dice: "Si me atrae algo, y lo procuro, ese algo se me aleja. Si algo cuido, ese algo se me rompe. Si algo es mi todo, ese algo se

me vuelve nada." Ya hemos señalado al principio esta particularidad del espíritu de Emilia Bernal que ahora concretamos.

Amor, desesperanza, pesimismo, humorismo, mezcla rara y curiosa de un espíritu de mujer. Esta es la suma de *Sentido*. Un grande afán por "no caer jamás en ninguna de las formas de la deselegancia con que la vida me fuerza", es ya impedimento para el brotar auténtico de la sinceridad. El empaña su lógica, en ocasiones, con el preconcepto que significa la posición adoptada. Así, amor, desesperanza, pesimismo, humorismo, si por momentos alcanzan expresión auténticamente espontánea, también fluyen cargados de "niego", "distingo", etc., por prurito de originalidad.

De todas maneras un libro curioso e interesante, ya sea por lo que tiene de confesión, como por lo que ostenta de "profesión", a pesar de, y por aquel desnudarse y vestirse ya comentado.

DON DIEGO PORTALES (EL HOMBRE SIN CONCUPISCENCIA). Biografía novelada, por *Magdalena Petit*. Ediciones Ercilla, Santiago de Chile.

Magdalena Petit, que tuvo una feliz iniciación en la novela con *La Quintrala*, construída en torno a la inquieta mujer de la colonia cuya vida ha suscitado la atracción de tantos escritores chilenos, después de haber desviado hacia el teatro sus actividades, vuelve al terreno que le fué propicio. Es, ahora, don Diego Portales quien ocupa su pluma.

Magdalena Petit ha debido sentir la sugestión de *Alone*, el fuerte y profundo crítico chileno, que decía en 1930 en su *Portales íntimo*, al terminar la consideración de la correspondencia de éste: "¡Gran personaje para una biografía novelada!"

Y lo es, en efecto. Cada día más, porque su figura se engrandece con el tiempo y los acontecimientos, como la de todos los hombres fuertes. Y buenos al mismo tiempo.

¿Ha logrado Magdalena Petit, al realizar el pensamiento de *Alone*, concretar eficazmente la figura de Portales?

La empresa no es fácil. Portales tuvo una vida densa de acontecimientos y de contenido espiritual. Los primeros fluyen de un relato que puede ser más o menos diestro, pero siempre da la pauta de lo sucedido. En cuanto al segundo ya es más difícil ponerlo en evidencia. El relieve lo da el claroscuro de las fuerzas opuestas al

protagonista, mediante las cuales despierta en él la urgencia de realizar su yo.

La biografía novelada, según Lytton Strachey, debe reunir dos condiciones esenciales: "conservar una adecuada brevedad —una brevedad que excluya todo lo redundante y nada de lo significativo"— y que el biógrafo muestre "desnudos los hechos del caso, según los comprende". En otras palabras: poder de síntesis y de comprensión.

Magdalena Petit ha comprendido e interpretado a Portales. En cambio no ha conservado la brevedad, el poder eliminatorio consiguiente. Y ocupada en la figura principal no ha pensado, tal vez, que hubiera convenido iluminar más algunas de las secundarias, si no por los méritos de ellas, al menos por su papel de agentes de reacción en Portales.

La figura del dinámico hombre chileno, tan digna por su textura espiritual, —un hallazgo el subtítulo de la biografía: Portales fué realmente el hombre sin concupiscencia— necesita algo más, para ser puesta en evidencia, que una exposición sintética y comprensiva, al decir de Lytton Strachey. Un soplo de lirismo. El novelista crea con materiales comunes a él y al historiador: los hechos y su agente; a sus creaciones las diferencia la salsa: la imaginación; el biógrafo también opera sobre el mismo cuerpo. Y tiene otro camino distinto. El novelista, concentrando en el personaje cuanto la lógica preestablecida admite, hace de varios hechos y varios hombres, un hombre y su vida. El biógrafo, que no puede librar a su poder imaginativo sino los hilos conductores de lo sucedido, en una intuición artística, y ello dentro de proporciones limitadas, sólo tiene el recurso de llevar al máximum el potencial de su biografiado para, con esta carga, darle a su figura la densidad que el novelista logra mediante el esfuerzo de su imaginación y acumulando personalidades homogéneas en su héroe.

En otros términos: es una tarea de introversión la del novelista con sus héroes; y la del biógrafo, de extraversión, sujeta a la pauta de los hechos, lo que la convierte, por momentos, en deporte de solucionar *puzzles*.

Toma la señorita Petit a Diego Portales en 1822, cuando contaba 29 años. Toda su vida anterior queda en la sombra. La más interesante, por ser de formación. Los sillares entonces fundados traje-

ron la conducta posterior. Sólo quince años, los de su vida pública, transcurren dentro de las páginas de la biografía que comentamos.

Ni su crisis amorosa, ni la que lo llevó a las puertas de un convento —producto de aquélla—, ni el período dilatado de su educación, de su vida en el ambiente familiar; ni el que supone la reciente formación nacional, aparecen a los ojos del lector. Del mismo modo las intrigas de quienes combaten y asesinan a Portales no están expuestas en profundidad ni en dramaticidad. La preocupación de la verdad histórica prima. Todo puede, empero, aliarse.

Desfilan los acontecimientos. Las causas debemos intuirlos.

Esa figura de Constanza Nordenflycht, superior personaje de romance, luce vagamente entre la niebla de sus fugaces apariciones. Y, sin embargo, con su capacidad emotiva, su aptitud adivinatoria fortalecida por el profundo amor que tenía para Portales, pudo ser uno de los peones de batalla en la obra de la señorita Petit, aun cuando, preveo la objeción, dentro de la vida real de su ídolo no alcanzara predicamento. Lo alcanzó, hasta después de muerta, Josefa Portales Larraín, la esposa tempranamente desaparecida, aunque Portales “jamás aludía a ella”. Magdalena Petit —y es raro siendo mujer— hurta en su biografía las muestras del gran amor.

Las luchas tenidas con su conciencia por don Diego, en el terreno de la pasión, nuestra autora nos las hace conocer por el método discursivo, dando la espalda a su novelación, lo que hubiera tenido más realce y contribuido a agilizar la obra.

La transcripción de un documento quita flexibilidad. Favorécela en cambio el que sobre aquél se desenvuelvan las escenas esenciales productoras del mismo.

Dejamos señaladas así las fallas constructivas que se le han escapado a Magdalena Petit, familiarizada ya con las letras de largo tiempo.

Y los méritos —no son pocos— debemos evidenciarlos igualmente, a comenzar por el de haber llevado al reconocimiento del lector medio, no familiarizado con la historia, la figura de Diego Portales, que está cobrando en Chile relieve personal y evidente de precursor.

Si puede pensarse que la historia no se repite, también debe admitirse afirmar el encadenamiento de los sucesos. Ejemplificar con ellos es otro de los valores del *Don Diego Portales*, de Magdalena Petit.

La parte puramente política adquiere en este libro papel protagónico. Cuando alude la biógrafa al Portales comerciante, por ejemplo, lo hace muy de paso. Toda su preocupación consiste en aclarar los móviles del hombre de gobierno, —y por consiguiente de orden, que la esencia de ambos vocablos es consustancial— de sus métodos. Y de evidenciar cuán necesarios eran para la vida de Chile.

El clima de nuestros días es característicamente político. Lógico, pues, si se sacrifica en los altares de este Moloch. Que se haga con la limpieza y dignidad literarias de Magdalena Petit es lo encomiable. Sin desmedro de la obra de arte.

No abundan en las letras de Hispano-América las biografías noveladas, aunque sí los hombres dignos de que se divulguen sus “vidas ejemplares”. Pero que se haga con respeto y altura. Que es cuanto pone en práctica Magdalena Petit en su *Diego Portales*.

E. SUÁREZ CALIMANO.

EL CANTO DEL CUADRANTE, por *Emilio Oribe*. Poesías. Montevideo. Casa A. Barreiro y Ramos. S. A. 1938.

POCO frecuente es la presencia de un libro de poesías edificado casi integralmente sobre ideas. En la creación poética los elementos afectivos están en su mayor vigor. Supone un momento de religiosidad, de estado extático, de entregamiento total. La dosificación de lo intelectual es menor. De ahí que, muchas veces, de un modo casi misterioso y espontáneo se llega a la creación en todos los planos artísticos. Goethe, a propósito de su novela *Werther* escribe: “La he hecho casi inconscientemente, a la manera de un sonámbulo; me asombré yo mismo cuando la recorrí.”

Por vía intelectual marcha *El canto del cuadrante*, de Emilio Oribe. Aparece como un prisma en el que la duda, el análisis, la observación, la inquietud metafísica, la preocupación filosófica, hubieran logrado cada una de sus caras. El dolor, el gozo y otros estados de emoción, son cosas pretéritas, aunque reales en la psique del escritor. Ellos, y, aún más, algún estado de gracia, de acercamiento a Dios, han sido vividos por el poeta. A posteriori se ha arquitecturado el libro.

Es evidente su carácter simbólico. Se advierte desde la composición inicial, en la que una garza blanca y una serpiente sin principio

ni fin expresan la vida del poeta y el tiempo. Es un grito de rebeldía, de disconformidad.

*La garza toda enigma y transparencia,
esclava del instante,
es mi existencia.*

Sabe el poeta que las horas huyen "con talón desnudo", y que "la serpiente trae en la boca el fuego que fundirá el mineral de la garza". Y llora por la ley del Universo que hace que los cuerpos retornen al limo.

Pero, enamorado de la Belleza, del Amor, del Heroísmo, y aun sabiendo que "el tiempo devora el fuego de la vida", deshace su verso en imprecaciones, en el alto deseo de que el Arte sea el vencedor del Tiempo. Y la composición, que ha mantenido en su trayecto el tono altisonante, languidece exquisitamente en las palabras:

*Medio día.
Infinitamente
ciegos de fulgores
la garza y yo soñamos.*

para retornar a la inquietud, a la duda, vertida en interrogantes:

*¿Por qué el ser
y sus formas
veo en el cielo lucir, y amar, y arder,
si la ley de lo creado
es el perecer?*

El mundo astral es para Oribe el mundo de los altos mitos. Con una fiesta de metáforas, muchas de ellas de absoluta belleza, el poeta se desdobra para dialogar en la alta noche del pensamiento.

Los paisajes del universo sólo viven en nuestra conciencia y por la magia de la imaginación,

*las imágenes
huyen al cielo y viven
como formas y mitos en los astros.*

Poder creativo de los sueños, del afán humano de belleza, de deseos místicos.

Los ojos

*son puertos
que ven surgir de sí supuestas naves
de fuego vertical*

y los hombres antes de morir dejan

*lámparas de sí mismos
en los cielos*

porque

*sin la frente del hombre
vacía está la frente de la noche.*

Magnífica concepción que hace del hombre el ente omnímodo.

El yo, se erige sobre el plinto de la luz cósmica para construir el gran mito estelar. Reflexiones son éstas hechas con el goce intelectual de la comprensión y en una atmósfera serena de alta moral.

La belleza es el esplendor supremo de la vida, su paroxismo. El hombre la lleva en sí, con la potencia, y sobre este andamiaje levanta las imágenes de todo cuanto existe.

Por la belleza llega el poeta a la postura ascética:

—Ay, Fray Luis de León
ya levaté los ojos!
Miré el cielo cantado
por ti! Y en sus silencios
mundos ví que eran mitos,
llamas,
tránsitos...
Las ideas del hombre en esos cálices
tornáronse visibles
y el enigma
de Dios, cuajado en luz, tomó sus formas
vivas, representables!

En "La rosa del sabio", que se abre con las palabras de San Juan de la Cruz: "Qué bien sé yo la fuente...", el poeta aparece como reflexionando después de un puro estado de gracia en el

que Dios le hubiera mostrado una rosa "que aroma y piensa." Es ésta similar a su poesía.

Intensa composición en la que se afirman postulados poéticos: "perdura la poesía pura"; "se arraiga en la música el pensamiento"; "el elemento afirmase en la idea".

Hay madurez en el pensamiento de Emilio Oribe y solidez en su sentimiento. Su poesía aparece como una cristalización perfecta "más allá de las filosofías, de los sistemas, de las geometrías", pero, no es para él sólo la rosa que aroma, sino también la que piensa.

De pocos poetas es atributo "la rosa del sabio":

*Poesía
mía,
silenciosa
y densa.
Así una
rosa
que piensa.*

Los desfallecimientos de Leopardi, las quejas de Musset, las imprecaciones de Espronceda, no la llevan como distintivo. En ellas la rosa aroma, nada más.

El romántico, con su exagerado culto del yo convierte en centro su pasión. Reservas espirituales hay altas y dignas de ser llevadas al campo poético. Dan, así, "la rosa del sabio", como el delirio ascético de Santa Teresa o la pasión amorosa de Dante: generosidad de luz que agujerea la masa de las nubes.

Otra presencia se nota en la obra de Oribe: la de las peroraciones de los filósofos griegos. Por momentos la palabra de nuestro poeta es canto cual la de aquel "que dejaba sentir su música armónica en la sombra de Academos".

Con Heráclito sostiene la energía permanente, el movimiento eterno, y vé lo Divino en la Humanidad. Con Platón, su pensamiento se concreta en sentencias y se cree libre de toda realidad. Pero un sentimiento divino le controla y comprende en "Avión de Sueños" la impotencia humana que deja en el corazón esa "inacabable avidez de absolutos". Y el poema es, según propia explicación, también un lamento por la caída. El avión de sueños, rasgándose, desciende, en un canto vacilante, hacia el abismo.

De carácter todavía más intelectual es el poema "El rosal y

la esfera". El rosal, expresión de una floración interna, constante; la esfera, el cosmos, un todo armónico y unido. Los sonetos XIII y XIV de este grandioso poema encierran el sentido primordial:

*Que el rosal de la tierra alumbra en vano
y el de mis ojos siempre está lozano.
Si aquél se mustia, el mío en cielos viste,
con su luz, astros fijos y viajantes,
y al Tiempo va a entregar tallos fragantes.
Sin perder rosas nunca, eterno existe!*

Aconseja la unidad, porque "lo múltiple en lo uno es lo divino", y lo armónico, lo simétrico: "la perfección del todo es simetría."

El principio de la eternidad está presente en "El poder de los tiempos". Desde innumerables días —dice— la divinidad ha empezado a desplegarse, revistiéndose de cuerpos humanos como un pez de escamas y un árbol de hojas.

Y el tiempo ha ido utilizando los hombres a manera de venablos. Estremecimiento letal, en este pensamiento. Pero, enseguida, el poeta se coloca (en "Milagro de existir") con ojos asombrados ante la maravilla de lo creado.

Hay una voluntad eterna que rige los destinos, y nosotros somos "los invitados felices al banquete de la vida." Lo eterno es rítmicamente mutable, y en el orden físico las cosas se abren y se cierran. Es un "no interrumpido andar". Pero hay una angustia en los interrogantes que se suceden; la inquietud perdura. Ante la magnificencia del Cosmos, el poeta es incapaz de hallar la llave del misterio, de leer en el fondo de las pupilas de la Esfinge.

Ante el Infinito, captando su eco en el parpadeo estelar, quisiera traspasar lontananzas ultracósmicas. Mientras tanto el ritmo pendular de los tiempos sigue.

Pasajero en la Alhambra, la vista del patio de los arrayanes le lleva a pensar, como Manrique, en la caducidad de las púrpuras.

No podía faltar el tema del mar en este fuerte poeta. Es sin duda "Mitología del mar" el canto más potente, más de tono mayor, manteniéndose en el afán filosófico. Metáforas majestuosas como catedrales se suceden. Ajuste perfecto de fondo y forma. Hay una melodía ideal, esa que preconizaba el gran Dario, en estos renglones que han sabido escapar del ahogo de la rima:

*El mar vuelve de las bodas.
 Su boca tritura racimos de uvas moradas,
 y su risa de borracho
 tiene una música para atraer
 la admiración
 de los cometas.*

La idea del más allá, después del terrible tránsito, "donde el hombre resplandece por siglos y siglos", presta un significativo realce al libro.

Con el misterio de "La serpiente y el Tiempo" se cierra la obra y se confirma la postura ascética.

Después del episodio de la serpiente, explica el autor, el hombre sólo recibirá la imagen del acontecer momentáneo. El misterio se desenvuelve en catorce sonetos, "a modo de procesos, experiencias personales y variaciones alrededor del mero conocimiento sensible y de la interpretación mágica del Universo."

La invocación a Dios clausura *El canto del cuadrante*. El poeta, "en un infinito goce, siente que sus músculos arden ya de incienso" y formula su ruego:

.
*y en humo y llamas hacia el sol volverme
 o en hombros de los altos astrosirme
 y en un instante en el azul perderme
 antes que en vida sin cesar morirme.*

Tiene la religiosidad de Emilio Oribe acentos de beatitud intensificada por el afán filosófico. Su interrogar constante, su optimismo tantas veces en afanes de solidez, su fe disquisitiva, convierten su obra en obra de arte fuerte, y el hálito patético de muchas de sus líneas le aumenta reciedumbre. Las palabras de gozo suenan a lo lejos como campanas de Pascua.

Tiene el poeta una aristocracia mental que le lleva hacia el terreno del simbolismo. Agregad la elaboración conceptista y culterana de algunos pasajes y resulta *El canto del cuadrante* obra destinada a minorías, para quienes lo laudable es el esfuerzo conjunto del sentir y del pensar, y la rosa mejor "la rosa del sabio que aroma y piensa". Un neblí de cetrería ha cogido para Emilio Oribe claridades astrales.

CRÓNICA

LISANDRO DE LA TORRE

EL nombre de Lisandro de la Torre sobrevivirá en la historia política argentina. Fué un tribuno elocuente y un gran parlamentario. Diputado, dos veces candidato a la presidencia de la Nación, senador, tuvo siempre detrás de sí más opinión pública que partido. Quizá no fué un político, aun en el mejor sentido de la palabra. Si buscáramos la clave de sus fracasos y renunciamentos, acaso la halláramos en su pesimismo. Lo royó una insatisfacción permanente. Anhelaba una perfección política que el país no ofrece, luchó a ratos tenazmente por ella, pero se rindió repetidas veces, no ya entregándose al adversario y a la vida muelle de los conformes, sino alejándose desdeñoso y amargado. Tenía el empuje combativo de un Sarmiento; le faltó su temple.

En los grandes debates en que intervino en su relativamente corta actuación de legislador, estuvo en muchas ocasiones a la altura de los mayores parlamentarios recordados en los fastos de nuestra vida institucional. La rica información, la palabra enérgica y concisa, la voz cálida y vibrante, el ademán tribunicio, hacían de sus discursos lecciones y espectáculos. No son frecuentes hoy, tampoco en los parlamentos europeos, los oradores como él. Conoció el arte de la exposición que es fruto de largas vigiliass de estudio, y poseía los secretos no aprendidos de la improvisación y la réplica mordaz. Acuñó frases lapidarias inolvidables. Ciertamente le complacía gozar de su triunfo sobre el adversario. Era además una personalidad recia de político liberal de la antigua escuela, no un simple espadachín de aula parlamentaria, o un pico de oro cuyo eco se extingue con la última palabra.

No sacrificó sus convicciones democráticas a la ambición del mando. En sus manos estuvo ser la primera figura del gobierno surgido de la revolución de setiembre, hecha contra su aborrecido adversario de más de un tercio de siglo, y no quiso. Pudo ser el presidente, hijo de la misma revolución, y no se prestó a serlo. Cien-tenares de miles de sus conciudadanos lo aclamaron presidente en 1931, y lo habría sido si la campaña pudiera votar como las ciudades. Yo combatí su candidatura, esgrimiendo contra ella —no contra él—, persuadido entonces como ahora, ese su pesimismo fundamental. En los últimos días de su vida tuve ocasión de tratarlo, siquiera superficialmente, y lo conocí generoso y cordial, aunque un poco áspero y naturalmente desconfiado. Consagró esos días a la ilustración del pueblo en conferencias, desde la cátedra del Colegio Libre de Estudios Superiores, y en debates polémicos. Podía no estarse de acuerdo con él, pero era imposible negarle doctrina vasta y varia en asuntos religiosos, científicos y sociales, y destreza de expositor y combatiente.

Sus artículos periodísticos y sus discursos le dan categoría de escritor político. Pudo serlo también en el campo literario. Ahora preparaba unas conferencias sobre Verlaine. De pronto resolvió quitarse la vida por razones o motivos que no es lícito pretender penetrar. Lo venció su pesimismo. Pero ha muerto con gran dignidad, como pocos varones sabrían hacerlo.

ROBERTO F. GIUSTI.

“Teatro del Pueblo”

No se ha dicho todavía, entre nosotros, la palabra justiciera respecto a la obra ya afianzada del Teatro del Pueblo. Y resulta curioso comprobar que el silencio proviene esencialmente de aquellos que por su posición de custodios intelectuales debieran prestar incondicionalmente su apoyo a toda tentativa digna de elevar el nivel de nuestro teatro.

El teatro nacional, justo es confesarlo, está situado por debajo del resto de nuestra producción literaria. No deseo herir injustificadamente a nadie, pero es necesario recalcar que las direcciones artísticas —y ya se ha señalado que el cine corre un peligro similar— están en manos de gente funcionalmente inepta para los trabajos del espíritu.

Entre nosotros, cuando se habla de dignificar, o por lo menos de intentar un comienzo de profilaxis de nuestro teatro, los que son res-

ponsables de la mineralización progresiva de la escena argentina pronuncian el nombre de Florencio Sánchez con un tono litúrgico, destinado a cerrar toda discusión eventual.

Sin embargo, nadie había emprendido una obra seria, en ese sentido, hasta que apareció el Teatro del Pueblo, en 1931. Al frente de él está Leónidas Barletta, un hombre que sabe lo que quiere y se ha propuesto alcanzarlo. Este hombre no cree que las vías del analfabetismo sean las más apropiadas para hacer buen teatro. La resolución del problema teatral, por vía de inconsciencia no entra en su programa de acción. Barletta dirige un núcleo de actores jóvenes y cultos, que ha depuesto toda intransigencia y toda vanidad, para contribuir a la obra común.

En el Teatro del Pueblo se desconoce la "claque", el aplauso y las mayúsculas. Tres materiales, ficticios como los conejos de los prestidigitadores, de que se alimenta exclusivamente la ineficacia de las malas actrices en "tourné". Ellos creen, un poco perogrullescamente, que la mejor manera de hacer una obra consiste en tratar de realizarla lo mejor posible. Y han conseguido eliminar ese proceso de autosugestión, tan común en la gente del oficio, que cree que la perpetuación de un error por muchos años puede ser una manera de consagrarse por prescripción adquisitiva.

Por otra parte, en nuestro medio teatral, donde ya se cuenta con organismos reguladores, a la manera de la Junta de Carnes, los autores están definitivamente acostumbrados a la falta de apoyo. Incluso el apoyo oficial, que no se logra representando un par de obras argentinas, en dos años. Encontrar una compañía, que no sólo está dispuesta a leer las obras, sino que las representa, respetando el texto original de los autores, es algo que ha tomado de sorpresa a muchos escritores argentinos. Especialmente a los que no ajustamos nuestras producciones al gusto de tal o cual persona, o a la insinuación de ciertas direcciones artísticas.

A veces las estadísticas sirven también para demostrar que se tiene razón: en algo más de siete años, el Teatro del Pueblo ha presentado el trabajo de *setenta y siete* escritores argentinos, nuevos para el teatro.

¿Existe otro organismo que pueda enorgullecerse de una cifra análoga? ¿Y qué compañía privada se ha propuesto realizar la mínima parte de un programa semejante?

No es un secreto, por otra parte, que quienes pontifican en búsqueda de un teatro renovado y poetizado, dirigen, inmediatamente después, temporadas cuya comercialización no debiera inhibir tan totalmente la menos exigente de las selecciones. Inútil tratar de hacer representar en ellos, obras que se han escrito en castellano. Los mismos que lloran quejumbrosamente la ausencia de un Crommelynck

argentino, rechazarán horas más tarde lo que no se haya escrito en lenguaje de germanía.

El Teatro del Pueblo, buscando la depuración de nuestro teatro por todos los caminos a la vez, rechaza sistemáticamente todas aquellas obras escritas sin dignidad literaria.

Es indudable que escribo estas líneas con una tónica de adhesión total a la obra del Teatro del Pueblo. Adhesión afectuosa que he obtenido observando por una parte la labor efectiva y continua de esa agrupación. Y por la otra, la tozuda indiferencia de aquellos que estarían obligados más que ninguno a reconocer la efectividad de su empresa.

El Teatro del Pueblo ha puesto al alcance del público argentino, en forma permanente, el inalcanzable acervo del teatro clásico.

No era muy corriente, antes de ellos, poder ver entre nosotros obras de Gogol, Cervantes o Molière. La representación de un clásico, para nuestros ignaros directores, era un mal negocio.

Justificar la propia ignorancia en razón "des bonnes affaires" es un recurso cuya falsedad ha quedado en evidencia, cada vez que Teatro del Pueblo ha representado teatro clásico. Los mil quinientos espectadores a los que he visto reirse hace poco con *La jalousie du barbouillé*, en una correctísima traducción de González Lanuza, asisten también sin previo aviso a la representación de los entremeses de Cervantes, y a obras de O'Neill o de Roberto Arlt.

A poco más de siete años de su creación, el Teatro del Pueblo ha ido ampliando cada vez más su zona de influencia.

Así es como cuenta actualmente con una revista mensual, *Conducta*, que figura a justo título entre las más ágiles del género.

El teatro polémico, modalidad impuesta hace varios años, ha impulsado, en forma dinámica, el sentido crítico del público que concurre a sus sesiones. Y constituye una gimnasia mental de primer orden para sus frequentadores, que se acostumbran a pensar por su cuenta, libres de los cómodos lugares comunes de gacetilla.

Además todos los años se organiza un ciclo de conferencias sobre temas de actualizado interés.

Este último año, el trabajo de expansión cultural se amplió con las muestras de pintura, con los conciertos y las exposiciones de libros.

También se han ofrecido funciones gratuitas para estudiantes, habiendo concurrido, en el año, doce establecimientos docentes a su sala.

Otras funciones gratuitas se realizaron fuera del teatro y se ha dado libre acceso a diez instituciones, entre las que figura la Sociedad Argentina de Escritores. Conviene recordar a este propósito que cuando se realizó el Congreso de los "Pen Clubs", los socios de la Sociedad Argentina de Escritores, para los que se podía presumir un ligero interés por sus sesiones, no gozaban de la menor franquicia para asistir a ellas.

También en 1938, el Teatro del Pueblo, juntamente con el teatro "González Castillo", el "Juan B. Justo" y el Teatro Intimo de la Peña, organizó una exposición de conjunto del trabajo de esos cuatro teatros independientes.

Fué penoso comprobar la total indiferencia de la prensa ante esa exposición. Nos imaginamos que los mismos diarios hubieran dedicado columnas enteras a la llegada de una actriz cinematográfica de tercer orden o a una empresa análoga, siempre que cumpliera previamente con el elegante requisito de realizarse en país extranjero.

Muchos periodistas le niegan inexplicablemente su apoyo. El Teatro del Pueblo cuenta con algo más definitivo y más duradero: la rotunda adhesión de un público que no suele equivocarse tanto como lo suponen sus detractores. A este respecto conviene recordar que, pese a la implantación del precio de entrada uniforme de *veinte centavos*, las recaudaciones del año 1938 ascendieron a más de *cincuenta y dos mil pesos*.

En definitiva: el Teatro del Pueblo ha conseguido ocupar su puesto de avanzada entre nuestras instituciones irradiadoras de cultura. Desprovisto de la acartonada solemnidad de las instituciones oficiales o del contenido tendencioso de los organismos de sugestión transatlántica, esta agrupación de origen argentino y alcance universal merecerá ser señalada cuando se pretenda estudiar algún día los factores decisivos en la formación de nuestro teatro.

MARCELO MENASCHÉ.

Luis Reyna Almandos.

UN escritor que a principios de este siglo mostró en el cultivo de la poesía, estimables dotes, que le ganaron consideración y prestigio en muchos círculos literarios, fué el Dr. Luis Reyna Almandos, fallecido el 5 de enero en La Plata, a la edad de 64 años.

Luis Reyna Almandos perteneció a la generación postromántica, que hizo de la elocuencia el nervio de la poesía. Publicó varios libros de poesías y aun solía escribir versos en sus ratos de ocio.

También publicó algunos trabajos científicos y políticos, de los cuales un libro de combate, bajo el primer gobierno radical, titulado *Hacia la anarquía*. Fué asesor de gobierno de la provincia de Buenos Aires, cargo en el cual se jubiló en 1917, y miembro en 1934 de la convención reformadora de la constitución de aquélla. Su nombre queda particularmente vinculado a los progresos de la dactiloscopia. En el Instituto de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de La Plata, trabajó por la divulgación de la obra dactiloscópica de Vucetich; fundó el museo anexo a la Facultad que lleva el nombre del creador

de este sistema de identificación, y dirigió la revista dedicada al examen y estudio de los problemas relacionados con la dactiloscopia y materias penales afines.

Una carta de Jacinto Benavente.

EL ilustre comediógrafo español, tan admirado y querido en la Argentina, residente hoy en Valencia, adicto a la causa republicana, respondiendo a una carta de felicitación de Alfredo A. Bianchi, le ha contestado en los siguientes términos que nuestros lectores sin duda conocerán con interés:

SR. ALFREDO A. BIANCHI

Mi distinguido amigo: Mucho le agradezco su carta. No crea Ud. que a pesar del tiempo, había desaparecido en mi recuerdo ni su nombre ni su persona. De todos los amigos de allá me acuerdo, aunque no de todos haya vuelto a saber. Su carta aviva muchos y gratos recuerdos. En efecto, cuando esta tragedia de España —gran tragedia y gran lección— termine, desearía ir a la Argentina, y hablar, como creo que nadie ha hablado hasta ahora, en uno u otro bando, esto es, desinteresadamente, objetivamente, con el único interés de la verdad y de la lección provechosa.

Con el más efusivo y cordial saludo lo abraza su afectuoso antiguo amigo

JACINTO BENAVENTE.

Valencia, 25 de noviembre de 1938.

s/c.: Sangre 13.

“Nosotros”, rechazada en Italia.

ITALIA es de las naciones de Europa la sola en que NOSOTROS es rechazada sistemáticamente. Alemania recibe la revista. De Rusia fueron rechazados hace años dos o tres números, por haberse emitido en uno anterior un juicio adverso al comunismo. Lo denunciarnos en su oportunidad. El correo italiano, o dígame, la censura, devuelve casi invariablemente los ejemplares que no enviamos escondidos bajo envolturas despistadoras. Esta censura se ejerce con mayor severidad en Roma y en Nápoles. La justificación de tal conducta, aún desde el punto de vista fascista, no la vemos. NOSOTROS ha mostrado siempre afecto hacia Italia, su espíritu y su arte; Italia, como Francia, o más, ocupa en sus páginas, después del mundo hispano-americano, sitio de preferencia. Si algún raro juicio o alusión, adverso al fascismo y los regímenes totalitarios, ha sido expresado en la revista, siempre fué moderado y dicho en forma culta. Tampoco han faltado los favorables, como es costumbre en las páginas libres de NOSOTROS.

Recientemente publicamos un artículo, muy elogioso, de nuestro redactor Antonio Pérez Valiente de Moctezuma, sobre la Muestra de Arte Decorativo Italiano de Buenos Aires. A raíz de él, el *Centro Italiano di Studi Americani* de Roma, institución oficial, en una comunicación firmada por su bibliotecario Umberto Fongoli, se suscribió a la revista por los años 1938 (con los números atrasados) y 1939. El facsímile de la envoltura de NOSOTROS, que publicamos, explicará al lector cuál ha sido la suerte del envío. Y notará el lector que no es por falta de sellos y leyendas en francés (*joibó!*, dirá un misogalo cien por ciento) por lo que peca la censura romana.



Bueno; estamos hartos. NOSOTROS es enviada a título gratuito a muchos escritores italianos amigos, y de canje a las más importantes instituciones y revistas literarias. Más de una crónica publicada en estas últimas, y la cordial correspondencia que mantenemos con aquellos, atestiguan el interés y la simpatía con que la revista es leída en la península por hombres cultos. Lamentamos muchísimo que tan gratas relaciones de la inteligencia se corten; pero no somos los argentinos quienes levantamos barreras al espíritu. Nos consuela saber que tampoco entran en Italia nuestros principales diarios, entre ellos *La Prensa*, orgullo del periodismo americano. NOSOTROS en adelante, no causará ya más molestias a los censores peninsulares. Este es el último número que intentaremos enviar a nuestros amigos de allá, del modo que podamos, para que se enteren de nuestra justificada determinación, y uno remitiremos a S. E. Benito Mussolini, quien, por supuesto, no lo recibirá. Como no tenemos ganas de jugar a las escondidas ni de

gastar dinero inútilmente en sellos de correo, reanudaremos las antiguas relaciones apenas se nos avise que ello se desea en las esferas de aquel gobierno. Ciertamente NOSOTROS no es necesaria en Italia; pero no es menos cierto que la Argentina, republicana y democrática, sabrá *far da se*.

Francisco P. Laplaza.

HA regresado de Europa nuestro redactor Francisco P. Laplaza, para donde partiera como delegado oficial de la República Argentina y de la Universidad Nacional de La Plata ante el Primer Congreso Internacional de Criminología, celebrado en Roma en octubre de 1938. Participó en las discusiones acerca de la delincuencia infantil. Terminado el Congreso, y después de visitar varias Universidades y Establecimientos penitenciarios italianos, se dirigió a Francia. En Tolosa fué recibido por el decano Magnol y en París por el consejero Roux, secretario de la Asociación Internacional de Derecho Penal. Logró establecer una estrecha relación científica con el Instituto de Derecho Comparado de los Países Latinos, de Tolosa, y obtuvo la publicación de una traducción francesa del proyecto de código penal argentino redactado por los profesores Coll y Gómez, así como también la de una crónica periódica de la legislación penal argentina, en la *Revista Internacional de Derecho Penal*. Luego de un viaje a Londres, que realizó con el objeto de reunir toda la documentación sobre la reforma penal inglesa, actualmente en vías de ejecución, tuvo ocasión de detenerse algún tiempo en la ciudad de San Pablo, Brasil, donde fué recibido por el Secretario de Educación, doctor Alvaro de Figueiredo Guião; por el decano interino de la Facultad de Derecho, profesor Jorge Americano; por el catedrático de Derecho Penal, profesor José Soarez de Mello; por el director del Departamento de Cultura profesor Francisco Pati; por el presidente de la Sociedad Paulista de Criminología, doctor Percival de Oliveira y por el Presidente de la Asociación Paulista de Prensa, el notable poeta Guillermo de Almeida, a quien presentó los saludos cordiales de la revista NOSOTROS para los colegas paulistas.

Una biblioteca argentina en San José de Costa Rica.

NUESTRO cónsul general en Costa Rica, Emilio de Matteis, prestigioso hombre de letras, nos pide solicitemos de nuestros escritores manden sus libros a ese Consulado General, a fin de destinarlos a una biblioteca argentina que se está fundando y que se aspira a hacer muy completa. Los remitentes deben agregar algunos datos biográficos para la ficha correspondiente, y, para evitar extravíos, si les parece bien, certificar los paquetes. San José de Costa Rica, ciudad culta y que nos conoce bastante a través de *Repertorio Americano* del infatigable y generoso Joaquín García Monge, nos honrará teniendo una biblioteca argentina.

Los nuevos colaboradores de este número

LUIS GALDAMES. — Publicista y educador chileno. Actual decano de la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación de la Universidad de Chile. Ha escrito numerosas obras, entre ellas una Historia de Chile, un libro sobre la Universidad de Chile, otro sobre la evolución constitucional de ese país, una Geografía Económica de Chile, una biografía de Vicuña Mackenna y otra de Valentín Letelier. En dos ocasiones fué en misión especial para organizar los servicios educacionales en algunos países de Centro América.

FELIPE COSSIO DEL POMAR. — Escritor, pintor y crítico de arte peruano. Ha actuado en su patria en política al lado del jefe del aprismo Víctor Haya de la Torre. Espíritu andariego, ha recorrido ambas Américas y Europa. La Argentina le ha visto aparecer y desaparecer diversas veces. Actualmente reside en Méjico, donde dirige en San Miguel de Allende un Instituto de Cultura artística. Colaboró en la primera época de NOSOTROS.

ENRIQUE LONCÁN. — Escritor argentino, ensayista y humorista. Abogado, es profesor adjunto de Derecho Político en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires. Ha sido diputado nacional y es actualmente consejero de nuestra Embajada en París. Ha publicado entre otros libros: *Aldea millonaria*, *Charlas de mi amigo*, *La Conquista de Buenos Aires*, y ha recopilado sus principales discursos en el libro *He dicho*. Colabora en *La Nación*.

JUAN B. VITAL. — Dedicado a las faenas rurales al frente de una importante explotación agrícola-ganadera, cultiva en sus ratos de ocio la poesía y el periodismo. Nació en 25 de Mayo, en 1894. Ha colaborado en *Caras y Caretas*, *P. B. T.* y *Mundo Argentino*.

PABLO PALANT. — Argentino. Nació en 1914. Estudiante de Derecho. H: escrito para el teatro *Diez horas de vida*, estrenada en el Teatro del Pueblo y *Juan es antisemita*, premiada en el Concurso del Teatro Juan B. Justo.

MARÍA TERESA OROSCO. — Argentina. Egresada de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. Autora de diversas publicaciones de orden educacional y crítico.

BRAULIO SÁNCHEZ SÁEZ. — Español, nacido en Gor, provincia de Granada, el 15 de noviembre de 1892. Radicado en la Argentina desde 1908. Ha colaborado en *Caras y Caretas*, *Plus Ultra*, *La Nota*, *Criterio* y otras revistas y diarios. Fué profesor de Literatura Brasileña e Historia de la Civilización Portuguesa en el "Instituto Nacional del Profesorado Secundario". Fué a la península, a solicitud del Ministerio de Instrucción Pública de la República Española, para la organización de un fichero bio-bibliográfico americano, para la sección americana de la Biblioteca Nacional de Madrid, sorprendiéndole la guerra civil en ese trabajo. Ha sido durante la guerra, miembro de la Junta Central del Tesoro Artístico Español, director del Archivo de la Guerra, Jefe de la Oficina de Trabajos Sud Americanos del Ministerio de Instrucción Pública y del Estado, y finalmente delegado de la Infancia evacuada en Sud América. Ha publicado las siguientes obras: *Libro Endaliiano, Para ser español, Viento del Brasil, Anteo: vida de formación y Vieja y nueva Literatura del Brasil*. Ha traducido diversas obras de autores brasileños, entre ellos de Monteiro Lobato, Graça Aranha, Mario Sette, José Lins do Rego, Rocha Ferreira, Luis da Camara Cascudo, Cruz e Souza y Angelo Gúido.

ATILIO DABINI. — Escritor y periodista italiano. Radicado en la Argentina, vivió en Rosario varios años, de cuyo diario *La Capital* fué redactor y del que sigue siendo su colaborador desde Roma, donde reside actualmente. Ha colaborado en *La Nación* y en la primera época de NOSOTROS.